POESÍAS

DE

D. IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

TOM. II.

COMPOSICIONES DRAMÁTICAS ORIGINALES.



MEJICO 1851.

IMPRESAS POR MANUEL N. DE LA VEGA.

Calle de Santa Clara Núm. 23.

LA CAPILLA.

ESCENAS DRAMÁTICAS.

En el año de 1566 el marques del Valle Don Martin Cortés, hijo del conquistador, pretendió proclamarse soberano de Méjico: al efecto tramó una conjuracion en la que estaban comprendidas muchas personas de ambos sexos y de nacimiento distinguido, siendo el principal agente Alonso de Avila, español rico. El plan era apoderarse de la audiencia (compuesta de tres magistrados) y de todas las autoridades cuando con el *pendon* pasaran frente de las casas del marques, situadas en el Empedradillo; pero fueron descubiertos y aprendidos, y Alonso de Avila y su hermano Gil Gonzalez condenados á que se les cortara la cabeza públicamente. "El dia 3 de Agosto de 1566 (dice el Dr. Mora), poco despues de haber oscurecido, los sacaron al suplicio montados en mulas con gualdrapas negras. Alonso iba vestido de negro con una turca de damasco pardo, gorra de terciopelo con pluma negra en la cabeza, y una cadena de oro al cuello; y su hermano Gil Gonzalez, simplemente vestido de pardo. Bajo las casas consistoriales ó de ayuntamiento, que se hallaban en el mismo lugar en que están ahora, se levantó un cadalso que para la ejecucion se rodeó de guardias é

iluminó artificialmente: en él fueron degollados, y sus cuerpos conducidos despues al templo de San Agustin, donde se les dió sepultura. Al dia siguiente amanecieron las cabezas de ambos sobre las casas consistoriales. . . .”—

Las escenas siguientes pasan en la capilla, y comienzan despues de haber recibido Avila la absolucion.



PERSONAS.

ALONSO DE AVILA.
JUSTINA.
FR. SISTO.
UN OFICIAL.
SOLDADOS.

I.

ALONSO DE AVILA, FR. SISTO.

Fray Sisto está sentado en un gran sillon, y Avila hincado delante de él.

SISTO.— Calmaos hijo mio:
No temais de la muerte la fiereza,
Y del pesar impío
El yugo repeled con entereza.
No os aflija dejar el triste mundo,
Donde el crímen levanta la cabeza,
Y con el pie potente y furibundo
A la santa virtud atroz oprime;
Y en calabozo horrendo,
Con pesadas cadenas agobiado,
El hombre desdichado
Entre tormentos devorantes gime.

AVILA.—¡Padre mio!
SISTO.— Valor. En vez del llanto,
Y de las penas el dolor acerbo
En que cruel os inundó el destino,
Inefable placer, gozo divino
De vuestro corazon borre el espanto.—
Escrita del humano está la suerte
En páginas eternas de diamante;
El primer rayo de la luz que baña
El rostro del infante,
Veloce graba su forzosa muerte.—
¿Y por qué la tememos? ¿el silencio,
La soledad, las sombras de la tumba
Al virtuoso aterran?....—Si distante
Oís la catarata que retumba,
Acaso os tiembla el corazon; mas luego
Que la teneis delante,
Que contemplais sus aguas espumosas,
Que las mirais bajar hasta el abismo
Sus hondas agitando estrepitosas,
¡Oh cuánto, cuánto vuestra dicha os llena
El alma pura de placer sagrado,
Y palpitando atónito, asombrado,
Embarga vuestros pies una cadena!
¡Oh cuán felize sois! al Dios potente
Vais á mirar en el inmenso espacio
Asentado en su trono radiante,
Esmaltado de estrellas su palacio,
Hollando con sus pies el sol brillante.
AVILA.—¡Padre mio! ¡Gran Dios! ¿Y tanta dicha,
Tan inefable gozo allá me espera?....
¡Mas acá la desdicha
Me seguirá do quiera

Hasta que á manos del verdugo muera!
SISTO.—Hijo mio, ¿por qué? ¿temeis acaso
La cuchilla fatal?....
AVILA.— ¡Ah! no la temo:
Jamas mi corazon tembló á la vista
De la muerte: ¡jamas! Pero contrista
A mi sensible pecho la memoria
De una hija en quien mi gloria
Cifraba, y mi contento, y mi ventura.
Apénas contará catorce abriles,
Y de virtudes la colmara el cielo
A par que de hermosura....
¡Un ángel es, un ángel de consuelo!
¡Ah! ¿cuál será tu signo,
Malhadada criatura?....
Pobre, sin padres, sin apoyo alguno;
Espuesta al importuno
Furor del hombre pérfido, maligno.
¡Oh delicada flor, abandonada
En el desierto de la amarga vida,
Mísera y marchitada
Mi postrera morada
Adornarás tú sola,
Y en océanos de dolor perdida
Vagarás de ola en ola.
SISTO.—¡Infeliz! ¡infeliz!.... ¿Mas ni un pariente
Ni un amigo tal vez....?
AVILA.— ¡Ay! ¡un amigo!
Cuando en su copa de oro me brindaba
La inconstante fortuna la riqueza,
Y favorable abrigo
El hombre ante mis puertas encontraba,
No uno, sino mil, do quier seguian

Mis pasos, y adulaban mi grandeza.
Mas ahora que triste
Me ven en la capilla sepultado,
Y que mi cuerpo viste
El sayal infamado,
Y estoy á cruda muerte condenado;
¿Quién habrá que se aflija
Al mirar mi cabeza separada
De mis hombros, y á mi hija
Huérfana, desolada
En el pérfido mundo abandonada?
Solo tengo un hermano,
Un hermano, ¡gran Dios! ¡oh dura suerte!
El destino tirano
Estiende el brazo fuerte,
Y le arrastra conmigo hasta la muerte.
SISTO.—¡Oh bondadoso cielo! ¿y es posible
Que tantas penas, y dolor, y llanto,
Con tu mano terrible
Lanzes airado al corazon del hombre,
Que de duelo le agobien y de espanto?. . . .
—Alonso, no temais: si acá en la tierra
A padecer os condenó el destino,
Nunca el cielo divino
A su débil criatura
A desesperacion deja entregada.
Que siempre la proteje
Y eternamente vela
Sobre ella, y la consuela
En el amargo trance en que la mira;
Y del piélago inmenso
De la maldad humana,
Su mano soberana

La cubre, y la defiende, y la retira.
AVILA.—Padre, es verdad, y satisfecho muero:
Al Todopoderoso
Entrego confiado mi hija tierna;
Que su bondad paterna
Del áspero sendero
La separe, y del mal tempestuoso.
—Miserable de mí, que olvidar pude
Que un ángel inocente
El cielo omnipotente
A mi existencia triste concediera.
Yo era su protector, su solo amigo:
Sin madre, sin abrigo
Queda en la tierra; ¿y yo, tan inhumano,
Hundo en su corazon la daga fiera?. . . .
(Se levanta, y despues de él Fray Sisto.)
Libertar quise de ominoso yugo
Al oprimido pueblo mejicano:
Pensé humillar en tierra á su tirano,
Mas al destino bárbaro no plugo.
Una corona la ínclita cabeza
Del hijo de Cortés ceñido habria,
Y desde entónces Méjico seria
Respetable nacion por su grandeza.
Y esa audiencia infeliz, de tres oidores
Solo compuesta, en calabozo horrendo
Su merecida muerte
Ora estuviera ¡mísera! temiendo.
Gil Gonzalez mi hermano, y yo, y. . . .
SISTO.— ¡Alonso!
¡Alonso! ¿en qué pensais?... Pocos instantes
De vida os quedan, ¿y ocupais la mente
En cosas de la tierra,

En hacer á los hombres cruda guerra?
AVILA.—Padre mio, perdon. Mi fantasía
Acometida está de fiebre impía,
Hirviendo están mis venas:
Lo que pienso no sé, ni lo que digo:
Perdida la razon do quiera sigo
A mis voraces penas.
—Hija mia, mi bien, mi alma, mi encanto:
Esta inquietud, y agitacion, y llanto
Son por tí, por tí sola:
Si no existieras tú, tranquilo iria
Al sepulcro fatal—despreciaria
La venganza española.
—Padre, escuchad el ruego que os dirige
Este infeliz á quien la suerte aflige:
Volad á mi morada,
Buscad á mi Justina presuroso,
Volved á un moribundo su reposo
Trayendo á su hija amada.
Desde que preso estoy, un solo instante
No he mirado su angélico semblante.
¿Quereis compadeceros
Del hombre que ya toca el mármol frio?
¿Os alejais llorando, padre mio?
¿Do vais?
SIXTO.— A obedeceros.

II.

Alonso de Avila.

La luz del sol ardoroso
Al mundo faltando va,
Y tambien se acerca ya
Mi suplicio y mi reposo:

En el cadalso afrentoso
La muerte recibiré,
En él alivio hallaré
A mis desgracias y penas,
Y rompiendo mis cadenas
A otro mundo volaré.
Allí al infeliz no oprime
El poder de los tiranos,
Y entre hierros inhumanos
Nunca el inocente gime:
Allí la verdad sublime
Brilla en toda su pureza,
No se ve allí la fiereza
De la maldad espantosa,
Y la virtud deliciosa
Alza la diva cabeza.
En el mundo ¿qué encontramos
Sino penas y martirios
Mezclados con los delirios
Que felicidad llamamos?
Por do quiera la buscamos
Con avidez y ansiedad;
Pero siempre la verdad
Oscuro abismo nos muestra,
Y señala con su diestra
A la triste realidad.
En el mundo ¿qué es el hombre?
Flor á quien el cierzo halaga,
Pluma que en el aire vaga,
Y en el libro eterno... ¡un nombre!
¿Y hay quien temblando se asombre
Al mirar el ataúd,
Cuando es lecho de salud

Donde reposa el mortal,
Y de la suerte fatal
Halla abrigo la virtud?
  Nuestra mísera existencia
Es una eterna tortura,
Es antorcha que fulgura
Y muere sin resistencia:
De huracan á la violencia,
Cuando se escucha bramar,
Es celaje que volar
Se ve pálido é incierto,
Es arena del desierto,
Es una gota del mar.

III.

Avila, Fr. Sisto, un oficial, soldados.

(Se oye á corta distancia la voz del pregonero.)

AVILA.—¡Padre! ¡O placer! ¡O dicha!¡Dios Eterno!
¿Al fin voy á mirar á mi Justina?
¿Dónde está? ¿dónde está? ¿por qué impaciente
A mis brazos no vuela cual solia?
¿Bajais el rostro, padre?... ¿Qué desgracias
Ese silencio y llanto pronostican?....
Hablad... Estos soldados... esos gritos
Que, destrozando mis oidos, vibran....
¿Por quién son? ¿por quién son? ¡Ah miserable!
¡Miserable de mí!....
OFIC.— Ya se aproxima
El instante fatal de vuestra muerte:
Apresuraos, traidor, á recibirla.
AVILA.—¡Muerte! ¡muerte!
OFIC.— Hombre vil ¿temes ahora

Del verdugo impaciente la cuchilla?
Valor tuviste para alzar el brazo,
De atrocidad armado y de perfidia,
Contra el rey tu señor, contra la España,
Do por primera vez miraste el dia.
¿Y al tocar el cadalso que mereces,
Pálido tiemblas; túrbase tu vista;
Suspéndese tu sangre congelada,
Y de miedo y de espanto no respiras?

AVILA.—Basta ya, basta ya, mortal perverso:
Cuando libre y potente me veias
¡Cuál sudaban tus miembros delicados
Doblándome humillado la rodilla!
Pero ahora que me hallo entre cadenas
Cebas en mí tu encono y tu perfidia.
No el temor del verdugo, miserable,
Hace bañar en llanto mis mejillas,
Que al levantar el brazo para herirme
Temblará él y yo no... ¡Pero mi hija!...
Si el corazon infame que en tu seno
Cual ponzoña letal feroz abrigas,
Acogiera un momento al amor puro
Que de un buen padre al alma vivifica,
Mi dolor, y mi llanto, y mis zozobras,
Y mi cruel penar comprenderias.

OFIC.—Pérfido, calla.—
(*A los soldados.*) Ante el feroz verdugo
Conducidle. (*Los soldados se apoderan de él.*)

AVILA.— Eso no. Si á mi Justina
Abrazar no me dejas, á pedazos
Me arrancará de aquí tu guardia impía.

OFIC.—Obedeced, soldados.

AVILA.— Un momento:

Verla, verla no mas; y adios decirla.
Ofic.—En la otra vida la verás.—Llevadle.
(*Los soldados pretenden llevarle: él se resiste.*)
Avila.—Un instante por Dios. . . .
Ofic.— Llevadle.
Avila.— ¡Mi hija!
¡Por piedad!
Ofic.— No hay piedad con los traidores.
Avila.—(*Con acento dolorido, y esforzándose por desasirse de los soldados.*)
¡Oh Dios!. . . .
Sisto.— ¿Hay por acaso ley que impida
Despedirse de su hija á un triste padre
Que ya tocando está la tumba fria?
Ofic.—Vuestro deber es auxiliar al reo;
No teneis que hacer mas.
Avila.— Suerte maldita,
Que me condenas á sufrir mil muertes,
De una vez rompe el lazo que me liga,
Y no así los tormentos del infierno
Arrojes en mi alma dolorida.
Ofic.—Llevadle al punto.
Avila.— ¡Por piedad!
Ofic.— Llevadle.
(*Los soldados arrastran á Avila*)
Avila.—Ten compasion de mí.
Justina.—(*Desde adentro*) ¡Padre!. . . .
Avila.— ¡Hija mia!

IV.

Los dichos y Justina.

(*Justina entra precipitada, penetra por entre los soldados, y se arroja en los brazos de su padre: este hace un esfuerzo, se desprende de los que le sujetan, y recibe á su hija.*)

Avila.—¡Dios mio!. . . ¡mi Señor!. . . ¡Gracias!
Justina.— ¡Oh padre!

AVILA.—(*Estrechando y besando á Justina.*)

Aquí contra mi seno, hija querida....
Tus labios deliciosos se confundan
Con los mios!....

SISTO.— ¡Gran Dios!

OFIC—(*Tirando de Justina*) Muger inicua,
Un rayo te aniquile, y del infierno
Húndete para siempre en la honda sima.

(*Los soldados arrastran á Avila y se le llevan; Justina quiere seguirle; el oficial la detiene.*)

AVILA.—¡Adios!... ¡Adios!!!

JUSTINA.— ¡Oh cielo!.. Quiero verle,
Quiero verle espirar, y la cuchilla
Nos matará á los dos....

(*Hincándose.*)

Compadeceos
De esta infeliz muger....

OFIC.— ¡Muger maldita!

JUSTINA—¡Ah! ¡por piedad!.... ¡Mi padre!.... ¡Vírgen santa....
¡Oh qué tormento atroz!.... ¡Padre!!!

AVILA—(*A lo léjos*) ¡Justina!!!....

Agosto 6 de 1837.



MUÑOZ,

VISITADOR DE MEJICO,

DRAMA

EN TRES JORNADAS Y EN VERSO.

Representado por la primera vez en el Teatro Principal de Mejico la noche del 27 de Setiembre de 1838.

Tiene de diamante el pecho,
tiene de mármol el alma;
tiene el corazon de acero.
LOPE DE VEGA.—*Por la puente Juana.*

Una página de un periódico que se publicaba en Méjico (*El Indicador*, T. III—131), me sugirió la idea de hacer este drama. Despues de haber perdido los diez y nueve primeros años de mi vida en una ignorancia completa; y, lo que es peor, sin medios de reparar aquella falta, reconocia cuan difícil era para mí poner en ejecucion la obra que habia imaginado, mayormente cuando apénas sabia distinguir la poesía de la prosa.

Erame imposible, sin embargo, sofocar aquel deseo irresistible que tenia de escribir, y de escribir para el teatro. "¡Qué dulce será, decia yo para mí, oír idea por idea, verso por verso (producciones de mi infeliz imaginacion), deslizarse de los labios de los actores á la mente de los espectadores! ¡Qué dulce será despertar simpatías en estos, conmoverlos, hacerles sentir lo que en mis horas de melancolía, de dolor y de entusiasmo ha sentido mi alma; hacerles amar ó aborrecer los personages creados por mi fantasía, tal vez arrancar de sus ojos lágrimas de ternura!. . . ." Hacíanme tales delirios sobrepujar cuantas dificultades se me presentaban, y hacíanme tambien olvidar que por mi propia voluntad iba yo á presentarme ante un tribunal terrible é irrevocable—el público.

Necesarios son al artista genio y sensibilidad, instruccion y proteccion, quietud de espíritu y atrevimiento. Poseia solamente esto último, y lancé resueltamente

mi frágil barquilla, sin mas guia que la casualidad, en el borrascoso piélago de la literatura. Fácil hubiera sido que zozobrara, ¿pero quién podria arrancarme l· gloria de ser uno de los primeros que en mi nacion tomaran á su cargo empresa tan aventurada? Tengo casi certeza de que el primer drama histórico *mejicano* escrito por un *mejicano*, es el que ahora doy á luz; y no tengo noticia de ningun drama original *mejicano* que se haya publicado despues de la independencia á la fecha. Tambien me animaba la reflexion de que todas las naciones de Europa han comenzado produciendo farsas ridículas ántes de llegar á lo que son, y que aun en nuestros dias la Francia, esa nacion tan ilustrada, nos está inundando de piececillas insípidas y torpes, toleradas por un exceso de culpable docilidad.

Sea de esto lo que fuere, el público me ha tratado con sobrada indulgencia, y creo que al presenciar la representacion de mi poema, no perdia de vista al autor —jóven y mejicano. El espíritu nacional se despertó en las almas generosas de mis compatriotas, y á él quizá debo mi triunfo.

La inesperada acogida que ha tenido este drama en la escena, me ha animado á darlo á la prensa. No se me oculta que gran copia de defectos, no notados allí, lo serán en la lectura; mas no pretendo engañar al público, sino tal como es presentarle la obra.

Pero ántes de resolverme á publicarla, he corregídola segun mis propias observaciones y las de sugetos que se han dignado favorecerme con sus consejos. Y si bien no los he seguido todos, ciertamente no es por falta de voluntad, sino porque me ha sido imposible ha-

cer desaparecer el defecto.—Hay deformidades que nacen con las obras, y que despues de escritas son de todo punto incorregibles.

Antes de concluir este prefacio, ya demasiado prolijo para tan poca cosa, debo dar gracias á los actores por el empeño que han tomado en la ejecucion de mi drama, y es justo hacer particular mencion del señor Castañeda por la animacion con que desempeñó el papel de Sotelo, estudiado en el cortísimo espacio de cuatro dias. Los otros actores hicieron mas de lo que pudieron, si se atiende al estado miserable de nuestro teatro por el lastimoso abandono en que nuestros gobiernos lo han tenido en todos tiempos y circunstancias, y por la indiferencia con que el público lo habia mirado desde la llegada de la ópera (época de funesta recordacion) indiferencia que afortunadamente va desterrando de sí, convencido quizá de que el hombre debe ser de su pais ántes que todo, y de que el pueblo que ve con desden el teatro *dramático*, desacertadamente se agrega el epíteto de ilustrado.



Al

MUY CLARO VARON MEJICANO,

E SUBLIMADO COMPONEDOR DE COMEDIAS

DOTOR

D. JUAN RUIZ DE ALARCON E MENDOZA.

Ca siempre á los sabios se debe el onor.
EL TESORO, *del rey Don Alonso.*

Ca acogerá vuestros metros asaz de grado,
Anque sean aborridos de los insipientes da-
quí—CIBDAREAL: *Centon epistolario.*

En lengua del sabio vos quiero parlar,
Maguer quen las letras non seya entendido,
Ca yago bastante e bien persuadido
Ques débil el nuesso comune fablar.
Por ome sin seso me van a tomar
Letrâdos, e prestes, e graves dotores;
Non me curo empero de los sabidores,
Ca solo pretendo, don Juan, vos loar.

¡Ah! y cuantas vegadas las obras leī
Que vos escreviades en roman polido,
E al leerlas ansioso, yocundo, embebido,
Arder las mis venas e mientes sentī;
E de arte que siempre, don Juan, yo creī
Que vos exediades al grand Calderon,

A Lope, Moreto, Martinez, Breton,
E a Tirso Molina, e a Inarco otrosí.

La prima comedia que vieron divina
Los galos sobcrbios dallende del mar,
De vuessos escriptos la vino á tomar
Corneill celebrado, que autor es de Cina.
El Cielo benino a vos os destina
A ser de las trobas el nuesso emperante,
Ca son nuessos metros, los vuessos delante,
Ansi cual pechero cabe una menina.

Entramos fablamos el mesmo sermon,
E semos entramos de Méjico fijos,
E acaso de duelos e males prolijos
Teniades fenchido, cual yo, el corazon.
Como ama el guerrero su ardido troton,
Quen montes e valles se lanza veloze,
E a fieros perigros temor non conosce,
Ansi yo vos amo, don Juan de Alarcon.

De febras doradas texervos quisiera
Garrida corona, cual sol, prefulgente,
Ca bien la meresce quien fama plasciente
Con péñola diva por sí se adquiriera.
Mas ¡guay de mí! el oro non lo conosciera
Quien solo de trovas aquista cabdal:
El oro, e diamantes, é todo lo al
Fazedor de farzas aquí non oviera.

La mia Tragedia, que a nome Muñoz,
A vuesa membranza por ende dirijo;
Muñoz, á quien amo por ser mio fijo,
Maguera tirano cruento e feroz.

Es débil, e mucho, don Juan, la mi voz,
Ca vos sois gigant, e yo peonciello;
Empero mi fabla, sin yo merescello,
Al Cielo le plazga que suba veloz.

Ca pienso que susso yacer vos debedes
Con don Jesucristo nuesso Redemptor,
E su sancta Madre, e el Padre meior,
Que delant sin dubda los oios avedes.—
Asaz vos suplico que agora roguedes
Que ayusso por siempre nos guarden de mal,
E apres al su regno feliz, celestial
Nos lieven;—e en tanto a mī no olvidedes.

AMEN.

Fecha en México, á 26 de Enero del año de salud de 1838 *años de la era de la nascencia de Nuesso Señor Jesucristo; e* 7037 *años de la era de Adam; e la era de la fundacion desta fermosa ciubdā de México* 511 *años; e la era de su conquesta por el guerreador Cortés* 317 *años; e la era de la nascencia de nuessa libertā,* 28 *años; e* 22 *años desque allegō á la praia mundanal*

Y. R.



PERSONAS.

MUÑOZ.

D. BALTASAR DE SOTELO.

GONZALO NUÑEZ.

DIEGO TRISTAN.

D. PEDRO DE QUESADA.

D. BALTASAR DE QUESADA.

D. FERNANDO DE BOCANEGRA.

CELESTINA DE ALBORNOZ.

BERTA.

CONJURADOS, SOLDADOS.

Méjico 1567.

LOS TRAGES SON Á LA ESPAÑOLA DEL SIGLO DE FELIPE II.

JORNADA PRIMERA.



Lisardo.—Dejadme libre la puerta.
pues busco la puerta sola.
Fulgencio,—A llave de una pistola
cualquiera hallareis abierta.
LOPE DE VEGA.—*El mayor imposible.*

PASO PRIMERO.

(Cámara de Muñoz, decentemente adornada.—Una puerta á la izquierda de los actores, otra pequeña y escusada á la derecha, un armero embutido en la pared del fondo; en el proscenio y á la derecha un bufete de caoba suntuosamente labrado, un sitial cubierto de relieves, y algunas sillas esparcidas en la estancia.—Noche.)

I.

MUÑOZ, *(sentado en el sitial.)*

Agitacion y pesar,
Y martirios furibundos,
Me atormentan iracundos
Sin dejarme respirar.
¡Qué no pueda yo encontrar
El reposo que deseo!....
Triste estuve en el paseo
Y en la actualidad lo estoy....
Por donde quiera que voy
Fantasmas y espectros veo.
Temo que los mejicanos
Se levanten contra mí,
Y penetren hasta aquí
Sus puñales inhumanos:
Temo se gozen ufanos
En despedazar mi pecho:

Veo mi cuerpo deshecho,
Y en sangre miro bañado
Mi aposento perfumado
Y mi suntuoso lecho.

(Entra Gonzalo Núñez, por la puerta de la izquierda, con el sombrero en la mano, y se pone detras de Muñoz.)

Temo Felipe se enoje
Por los hombres que mandé
Al cadalso, y temo que
Su voluntad á él me arroje.
Entónces otro recoge
El fruto de tanto afan:
Mis enemigos verán
Mi muerte con alegría,
Y á gozarse en mi agonía
Los que aprisioné saldrán.
Cuando se apodera el sueño
De mis sentidos cansados,
Multitud de condenados
Me miran con torvo ceño:
Con tenaz feroz empeño
Me acosan y me atormentan,
Todas mis venas revientan,
Me sacan el corazon,
Me dejan ya sin accion,
Y silenciosos se ahuyentan.

(Vase Núñez de puntillas hasta la puerta por donde entró, y allí arrastra los piés para llamar la atencion de Muñoz, el cual sigue hablando.)

Disimular deberé
Las inquietudes de mi alma,
Y que mi pecho está en calma
Que todos crean haré.
Bien mis tormentos sabré
Ante la corte ocultar.

Mandaré decapitar
A todos los sospechosos:
Con suplicios espantosos
Haré á Méjico temblar.
(*Núñez hace que cierra la puerta, y tose con fuerza.*)

II.

MUÑOZ, NUÑEZ.

MUÑ.—(*Oyendo toser á Núñez.*)
¿Ahí estás Gonzalo Núñez?
Mucho tardabas.
NUÑ. Señor,
Es tan difícil la empresa
Que vuecencia confió
A mi cuidado y afanes,
Y es el tiempo tan veloz,
Que pasan horas y dias
Para dar un paso.
MUÑ.— Estoy
En ello; pero tu astucia,
¿Por último consiguió
Seducir á los criados,
Y entrar en la habitacion
De la esposa de Sotelo?
NUÑ.—Nada he conseguido.
MUÑ.—(*Sorprendido.*) ¿No?
NUÑ.—Ya dinero les he dado,
Que es el remedio mejor
Para hacer que me ayudasen
En tan ardua comision;
Pero solos ellos nada
Harán en nuestro favor,
Si primero no arruinamos

Una fortificacion,
Que es robusta, inexpugnable,
Como el ángel del Señor.
Seducir es necesario
A Berta, porque si no
Para hablar á Celestina
Vanos los intentos son.

MUÑ.—Pues esa Berta. . . .

NUÑ.— Es muger
Que aunque ahora está en la flor
De sus años, es prudente
Como un viejo setenton;
Ademas, adora mucho
A Celestina Albornoz:
Con ella ha vivido siempre,
Con ella en fin se crió.
Berta era hija de un sargento
Que quiso con mucho ardor
Al padre de Celestina,
Y dió muestras de adhesion
Siempre á la familia toda
De su rico protector.
Cuando ya cargado de años
Al sepulcro descendió,
Dejó el triste abandonada
La niña á su bienhechor.
Esta á Celestina quiso
Con tan fervoroso amor,
Que nunca, ni un solo instante
De su lado se apartó;
De suerte que es imposible
Conseguir haga traicion
A lo que mas en el mundo,

Despues de Dios adoró.
MUÑ.—Quiere decir esa historia,
Que refrene mi pasion,
Y aparte mis pretencione
De Celestina Albornoz.
(*Levantándose.*)
Pues no será así; yo tengo
Fuerza: soy visitador:
Como la del rey Felipe
Es poderosa mi voz.
Si tú no me sirves, ciento
Ansiando están el honor
De ser confidentes fieles
Del licenciado Muñoz.
Y aun cuando estos me faltaran,
Señor Nuñez el traidor,
Del verdugo el hacha fuerte
Dividiria veloz
La cabeza de Sotelo,
La de Berta y la de vos;
Y pisando vuestra sangre,
Celestina aquí. . . .
NUÑ. Señor,
Vuecelencia me dispense,
Infiel y traidor no soy;
Os he servido con celo,
Trabajado he con teson. . . .
No es culpa mia que sea
Celestina de Albornoz
Casta, y á su esposo adore,
Y que Berta tenga honor.
Un medio de seducirla
No mas se proporcionó:

Lleno de afan y con maña
Lo puse en ejecucion.
He hablado á Berta de amores:
Ella al fin correspondió,
Y todas las noches me habla
Desde un pequeño balcon.
¿Podré hacer mas? Ella misma,
Luego que bastante amor
Me tenga, nos servirá:
Bien seguro dello estoy.

MUÑ.—(*Pensativo.*)
Es verdad, Gonzalo Nuñez,
Veo que tienes razon.
Tú me has servido. . . .Ni ménos
Jamás esperaba yo
De tu celo y tus virtudes,
Y de tu buen corazon.
Altamente satisfecho
De tus servicios estoy:
Nunca he pensado que tu alma
Se cubriera de baldon.
Sacándote de soldado
Te hizo alférez mi amor,
Y ya veo que mereces
Otro nueve galardon.

NUÑ.—Señor, de bondades tantas
Confieso que indigno soy.

MUÑ.—Bien.—Ya puedes retirarte,
Que tengo quehaceres hoy.
Guárdate de ir esta noche
A la cita del balcon.
No hagas nada por ahora;
Mañana al ponerse el sol

Ven á verme, y diré entónces
Cual es mi resolucion.
En este momento mismo
A un asunto grande voy
De estado.

NUÑ.— ¡Tantos negocios!. . . .

MUÑ.—Es verdad.—Vete con Dios.

NUÑ.—Mañana. . .

MUÑ.— A las oraciones.

NUÑ— *(aparte al irse.)*
(Nunca de amistad la voz
De un miserable tirano
Los oidos halagó.)

(Luego que se va Núñez, cierra Muñoz la puerta izquierda con una llave, y saca otra pequeña de su bolsa, con la cual abre la puertecilla escusada.)

III.

MUÑOZ, TRISTAN.

MUÑ.—Diego Tristan.
(Sale Tristan por la puerta escusada.)
¿Escuchaste

TRIS.– Todo, señor.

MUÑ.— ¿Ha mentido?

TRIS.—No, señor: en lo que he oido
Dice verdad.

MUÑ.— ¿Espiaste
Sus pasos, como te dije?

TRIS.—Sin hacerle sospechar
Que le quiero vigilar,
Le sigo á do se dirige.
Es cierto que enamorado
De Berta está; mas decir
No podré si es por servir
De vuecelencia el mandado.

Desde un balcon no muy alto,
Le habla siempre la criada:
Puede él dar una escalada
Al balcon, no mas de un salto.

MUÑ.—¿Tan bajo está?

TRIS.— Si señor;
Con un pequeño cordel
Bien podrá subir á él
Uno que tenga valor.

(Muñoz se asienta; apoya el codo en la mesa, y carga la cabeza en la mano, como en actitud de meditar.)

No es grande empresa por cierto;
Que cien veces he subido,
Del mismo medio valido,
A una torre, y no estoy muerto.
Contra mi astucia seguros,
No hay balcones, ni terrados,
Ni paredes, ni tejados,
Ni de un castillo los muros.
Cierta vez, como por broma,
Subí á un oscuro aposento:
Me sintieron, y al momento
Bajé por una maroma.
Sin duda en el cielo se halla
Un amigo que tenia:
Como gato se subia. . . .

MUÑ.—*(levantándose súbitamente, y como engolfado en sus ideas.)*
Ponme una cota de malla.

TRIS.—*(dirigiéndose al armero y sacando la cota.)*
¿Qué vais á salir, señor?

MUÑ.—Sí, que olvidarla no puedo.

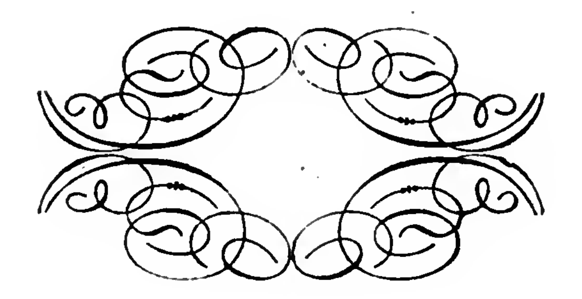
TRIS.—(Por no tener tanto miedo
No fuera visitador.)
(Poniendo la cota á Muñoz.)
Ni una bala de cañon

Podrá romper esta malla.
¡Qué tejido! una muralla
Es corta comparacion.
Si Pizarro hubiera estado
Cubierto con esta cota,
Sin duda el puñal se embota,
Y no muere asesinado.
MUÑ.—¿Crees que riesgo tengo yo
Cual Pizarro lo tenia?
TRIS.—¿Quién dice?. . . . ¡Jesus María!
Ni lo penseis. . . . eso no.
MUÑ.—Aunque yo tengo valor. . . .
TRIS.—Ciertamente.
MUÑ.— —Andarse quedo. . .
TRIS.—(Por no tener tanto miedo
No fuera visitador.)
Y ¿vais solo?
MUÑ.— No, Tristan.
TRIS.—La guardia. . . .
MUÑ.— No voy con ella.
TRIS.—Es arrojo.
MUÑ.— Lo atropella
Todo mi amor.
TRIS.— ¡Por san Juan!
¿Que esa muger no se rinda
A vuestro inmenso poder?. . . .
Ya se ve. . . . si al fin muger,
Y retrechera, y muy linda.
¿Mas cómo quereis, señor,
Que os ame una jóven bella,
Sin hablar ántes con ella,
Sin decirla vuestro amor?
Celestina, aunque muger,

Dicen que adora á su esposo:
Matarle era, pues, forzoso
Para llegarla á vencer.
  Dadme la órden que os pedí
Para que muera Sotelo,
Y yo os juro por el cielo
Que al punto os la traigo aquí.
  Nada perdeis, vive Dios,
En matar á ese malvado;
Que es un hombre acostumbrado
A maldeciros. . (*Viendo á Muñoz indeciso.*) á vos.
  Esta mañana se hallaban
En un oculto parage
Hombres de altivo linage
Que un grande corro formaban.
  Yo iba entónces disfrazado
Con un infeliz vestido,
Y, sin ser de ellos sentido,
Sus palabras he escuchado.
  Don Baltasar de Sotelo. . . .
MUÑ.—¡El esposo de mi bien!. . . .
TRIS.—Allí se hallaba tambien
Poniendo el grito en el cielo.
  Largo tiempo en maldeciros
Se ocupó su infame lengua:
Fsclamaba que era mengua
Desta colonia sufriros.
  Dijo, en medio de su saña,
Que atravesaria el mar,
E iria él propio á acusar
Al visitador á España;
  E hincado ante el soberano,
Le suplicaria ardiente

Que los librara clemente
De tan pérfido tirano.
Y si lo que iba á pedir
El rey no le concedia
Al Africa marcharia
Entre fieras á vivir;
Pues diferencia, por cierto,
No encontraba entre Muñoz
Y una pantera feroz
Habitante del desierto
MUN.—¿Hablaba ese infame así
Del que les hace temblar?
Con todos he de acabar,
A ver que dicen de mí.
Antes que lleve á su alteza
Su demanda ese Sotelo,
Separaré, vive el cielo,
De su cuello la cabeza.
Yo le haré ver á esa grey,
Aunque se exalte su saña
Que si el rey manda en España,
En Méjico soy yo rey.
Y si vengar se me pone
De mis injurias el cúmulo,
En vez de cárcel un iúmulo
Será do los aprisione.
Pero la noche se avanza
Y el tiempo pasa volando. . . .
El reino verá temblando
Lo que mi poder alcanza,
Sígueme, Tristan.
TRIS.— Señor. . . .
MUN.—Hoy solo tú me acompañas:

Entre todas tus hazañas
Esta será la mayor.
  Lleva tu puñal desnudo
Debajo del ferreruelo.
Vé con cuidado: tu celo
Será tan solo mi escudo.
  De mí no te apartarás,
Y sin preguntar su nombre,
Si se acercare algun hombre,
Muerto allí le dejarás.
TRIS.—Carro parezco de guerra:
Dos pistolas, un puñal,
Una espada sin igual:
Si ando yo, tiembla la tierra.
  Confiad en mí, señor.
(¿En qué parará este enredo?
Por no tener tanto miedo
No fuera visitador.)
(*Vanse por la puertecilla escusada.*)



PASO SEGUNDO.

(*Una alcoba de la casa de Sotelo, sencillamente adornada.—Una puerta en el fondo, otra á la izquierda, un balcon al costado opuesto; en el foro, á la izquierda, una cama con su pabellon de damasco; enfrente, y cerca del público, un taburete, una mesa pequeña con algunos libros, y una que otra silla.*)

IV.

BERTA (*Canta sentada en el taburete.*)

Es opaca linterna
De espirante fulgor;
Es profunda caverna;
Es noche sempiterna
La vida sin amor.

Es prado sin cultura;
Es marchitada flor;
Muger sin hermosura;
Es potro de tortura
La vida sin amor.

Es una ruta incierta
De un bosque en lo interior;
Es una vírgen muerta

Descolorida, yerta,
La vida sin amor.

Es un cielo sombrío;
Abismo de terror;
Es un sepulcro frio;
Es hórrido vacío
La vida sin amor.

Es deshojada planta
En desierto de horror;
Es una mar en calma;
Es un cuerpo sin alma
La vida sin amor.

Es prolongado hibierno;
Es fruta sin sabor;
Es un martirio eterno;
Es insufrible infierno
La vida sin amor.

(*Representa.*)

¡Oh qué desesperacion
Es aguardar á un amante!
¡Cómo late el corazon,
Cómo la dura afliccion
Pone lánguido el semblante!
Si yo lo hubiera sabido,
A Nuñez le digo: No,
Y no hubiera consentido;
El se hubiera entónces ido,
Y quedo tranquila yo.
¡Pero qué! No era posible:
Lo quiso el destino impío. . . .
Cuando con voz apacible

Me decia: "Sé sensible,
Siempre te amaré, bien mio,"
¿Pudiera yo resistir?
No, señor; y era forzoso
Adorarle hasta morir.
¿Pero es preciso sufrir
Para amar á un hombre hermoso?
Mi mente se ocupa en él
De la noche á la mañana.
Nunca, nunca seré infiel....
¡Es tan apuesto doncel!
Yo le amo como una hermana.
Dicen que sirve á Muñoz:
Es su page, ó no sé qué....
¿Y qué de hombre tan feroz
Constante en la casa esté?....
Esa si es maldad atroz.
¿Por qué no se vendrá aquí?
Tuviera mejor empleo,
Cerca estuviera de mí,
Que es todo lo que deseo,
Y no degradado allí.
Celestina de Albornoz
Tanto como yo le amara,
No mas con oir su voz;
Y no le viera la cara
A ese bárbaro Muñoz.
Don Baltasar de Sotelo
Tambien mucho le querria;
Y tal mi gozo seria,
Que á los ángeles del cielo
Envidia les causaria.
(*Se levanta y se asoma al balcon.*)

Mucho tarda.—No le veo.
¡Oh qué noche tan oscura!
¡Qué solo está esto! ¡qué feo!. . . .
Venir seria locura
Solo porque lo deseo.
Que no venga: se expondria
En este parage horrendo.
¿Quién, ¡ay! le socorreria
Si acaso un puñal tremendo?. . . .
Dios le libre, Vírgen mia. . . . (*Silencio.*)
Yo me fastidio. . . . ¿Qué haré?
¿Cómo mi mal calmará?
¿Bailando? Sí, bailaré. . . .
(*Bailando.*)
Tá, taralá, taralá. . . .
¡Ay! se me ha torcido un pié.
No, señor, tendré juicio:
Me pondré á leer.—¿A quién?
—A Amadis de Gaula.—Bien;
Este me saca de quicio. . . .
¡Qué viva Amadis!—Amen.
(*Buscando entre algunos libros.*)
Mas no lo hallo por aquí. . . .
(*Tomando un libro de á cuarto en pergamino.*)
¡Qué veo! ¡Orlando furioso!. . . .
Este sí es libro famoso;
Cuantas veces lo leí
Me pareció delicioso.
(*Se vuelve á sentar.*)
Aquí Angélica, y Medoro,
Su apuesto y gallardo amante;
Aquí Ferraguto el moro,
Reinaldos y Bradamante,
Y lanzas y yelmos de oro.

¿Por qué en Méjico no habrá
Cosas tan interesantes?....
Yo quisiera estar allá....
¡Pero qué!.... dicen que ya
No hay caballeros andantes.
Lo siento.—Me gustaria,
Montada en un palafren,
Andar de noche y de dia
Con un magnífico tren....
¡Ah!.... y una maga por guia.
Leamos... (*hojea el libro: se fija en una página, y dice:*)
Aquí el gigante
Orillo, con gran destreza
Batalla con Aquilante;
Le corta este la cabeza,
Y él se la pone al instante.

(*Leyendo.*)

'La cabeza le rompe, y él desciende,
Tentando siempre hasta que la halla;
Por los cabellos ó nariz la prende,
Y no sé con qué clavo veis soldalla.
El un brazo Grifon por aire tiende,
Echalo al rio, y no ha fin la batalla,
Que Orillo nada, así como un pescado,
Y sale de sus miembros reforzado."

(*Levantándose.*)

Esta octava es parecida
A un viejo que conocí:
Tenia un poco torcida
Una pierna, y encogida,
De suerte que andaba así. (*Cojeando.*)
Ha! ha! ha! Me hace reír.

(*Escuchando.*)

Parece que escucho ruido....
¡El es! voy á recibir
A mi Núñez....

(*Al correr para el balcon se detiene espantada, viendo entrar por él á un hanbre desconocido.*)

¡Qué atrevido!
¡Gran Dios!

MUÑ—(*Poniéndole un puñal al pecho.*)

Callar, ó morir.

V.

BERTA, MUÑOZ.

BER.—¡Socorro!!!
MUÑ.— Callad, arpía.
¿Está Celestina aquí?
BER.—Si, señor.—¡Vírgen María! (*Llorando.*)
MUÑ.—¿Sotelo?
BER.— No.
MUÑ.— Desde allí (*Señalando la cama.*)
Voy á ser constante espía.
Si una palabra profieres,
Juro por el alto cielo
Que con esta daga mueres,
Y Celestina y Sotelo
Tambien; tú sabrás si quieres.
Si te vas á otro aposento,
Mi vista te seguirá.
¡Tiembla! soy atroz, sangriento.
De tu labio un solo acento
Muerte á vosotros dará.

(*Escóndese tras de las cortinas de la cama.*)

VI.

BERTA, CELESTINA.

CEL.—(*Saliendo por la puerta de la izquierda.*)
¿Qué tienes?... ¿qué ha sucedido?....
¿Cómo al balcon no te veo?....
Estás llorando... ¿qué ha sido?....
Habla.... en tu semblante leo
Que un accidente has tenido.
Toda tiemblas.—Ven, mi Berta,
Descansa sobre mi seno....
(*La abraza, Berta oculta el rostro en el seno de Celestina.*)
Pálida estás.... como muerta....
¡Infeliz!... helada... yerta...
¡Oh, cuánto al mirarte peno!
BER.— No temas... no, por mi vida...
(*Con voz balbuciente.*)
Una fantasma....
CEL.— Visiones.
BER.—Es verdad, madre querida,
CEL.—Pero siempre en los balcones...
No sé allí qué te convida.
BER.—El aire....
CEL.— ¿Tanto calor
Tienes?..., Ya ves; a mi lado
Siempre estuvieras mejor;
No te hubieras asustado,
No cambiarás de color.
BER,—Perdóname, madre mia.
CEL.—Yo te perdono, mi bien;
¿Mas quién me consolaria
En mis pesares, dí, quién,
Si acaso la muerte impía?....

Berta, tu existencia cuida,
No por tí. sino por mí,
Sabes cuanto amo tu vida,
¡Cuánto, cuánto eres querida
De tu Celestina!

BER.— ¡Ah! sí.

CEL.— Eras niña todavía
Cuando tu querido padre
Descendió á la tumba fria;
Desde entónces fuí tu madre,
Y aun doce años no tenia.
Pasé yo mi juventud
Siempre á tu lado, mi Berta,
Mostrándote de virtud
La senda áspera y desierta
Que da a las almas salud.
Mucho te quise, ¿es verdad?
Y procuré libertarte
Del hombre, y de su maldad. . . . .

BER.—Solo pagué con amarte.

CEL.—¿Y me amas aún?

BER.— Tocad.

(*Llevándola su mano al corazon.*)

CEL.—(*Abrazándola.*)
Berta mia, en tu alma pura
Sé que tengo mi dosel.
Tú, con llanto de amargura,
Irás á mi sepultura
Y la regarás con él.
A visitarla contigo
Irá mi querido esposo;
Mi esposo, mi dulce amigo.
El velará cuidadoso
Sobre tí, será tu abrigo.

¿Lloras?
BER.— ¡Dios mio, Señor!
¿Tú morir, madre querida?
¿Tú morir? ¡Cielos! ¡qué horror!
CEL.—(¡Imprudente! de su herida
Yo misma aumenté el dolor.)
Sosiega. Si pude hablar
De cosas tristes, no creas
Que se puedan realizar
Tan espantosas ideas,
Cesa, cesa de llorar.
Tus fuerzas repararás
Yendo al instante á la cama:
Tranquilo sueño tendrás,
(Llevándola abrazada á la cama.)
Ven, una madre que te ama. . . .
BER.—*(apartándose con horror.)*
¿En ese lecho?. . . . ¡Jamas!
CEL.—*(conduciéndola hácia la puerta del foro.)*
En el mio te pondré:
Allí estarémos las dos:
De tu salud cuidaré,
Y mas contenta estaré
Junto de tí.—Ven. . . .
(Al entrar vuelve Berta el rostro, y ve á Muñoz que le hace señas de silencio y le muestra su puñal.)
BER.— ¡Gran Dio!

VII.

MUÑOZ.

Celestina de Albornoz
Es hermosa como un cielo,
Es dulcísima su voz. . . .
Digna amante de Muñoz. . . .
Fuerza es que muera Sotelo.

Mi poder es soberano;
En Méjico soy yo rey:
Querer resistirme, es vano.
Tengo en mi mano la ley. . . .
Tengo la muerte en mi mano
Si una palabra profiero,
Tiembla toda una nacion:
Desde el infeliz pechero,
Hasta el noble altivo y fiero,
Vienen á pedir perdon.
Pende no mas de mi aliento
La vida de miles de hombres.
¡Tiemblen!. . . que en solo un momento
Esparciendo un soplo al viento,
Desparecerán sus nombres,
Me quieren amedrentar
Con Don Felipe Segundo.
¡Necios! ¿Pueden olvidar
Que entre él y Muñoz un mar
Se interpone ancho y profundo?. . .
Mas veamos si es verdad
Que está Tristan vigilando.

(*Se asoma al balcon: toca un silbato; y Tristan entra algunos momentos despues.*)

VIII.

MUÑOZ, TRISTAN.

TRIS.—¿Hay alguna novedad?
MUÑ.—Estoy ansioso esperando
Que venga aquí mi beldad.
TRIS.—¿Y está ahí el marido?
MUÑ.— No.
TRIS.—¿Y Celestina?
MUÑ.—(*mostrando la puerta del fondo.*)

Está allí.

TRIS.—Pues bien. . . .
MUÑ.— No ha mucho que entró.
TRIS.—¿Y volverá?
MUÑ.— No sé yo.
TRIS.—Llamémosla.
MUÑ.— ¿Cómo?
TRIS.— Si;
Es preciso: el tiempo vuela,
Y el marido fantasmon
Vendrá. Si mucho la cela. . . .
MUÑ.—Siento pasos. . . .
TRIS.— ¡Por mi abuela!
(*Buscando donde esconderse.*)
MUÑ.—Escóndete en el balcon.

IX.

MUÑOZ, CELESTINA

CEL.—¿Rumor escuché?. . . . ¿Acaso ilusion?. . . .
MUÑ.—Realidad.
CEL.— ¡Oh cielos!. . . . ¿Quién sois?. . . .
MUÑ.— ¡Celestina!
CEL.—¿Quién sois?. . . ¿Quién osado aquí os encamina?
Hablad. . . .
MUÑ.— Me conduce tremenda pasion.
Dolores, tormentos mi fiel corazon
Por vos abrigara, frenético, ciego:
Ocultarlos supe; mas furioso luego,
El volcan hirviente hizo la esplosion.
CEL.— ¿Y á quién se dirige?. . . . ¡Socorro!!!
(*queriendo irse.*)
MUÑ.—(*deteniéndola de una mano.*) Esperad;
Esperad, os digo, si no, por el cielo
Os juro que hoy mismo perece Sotelo. . . .

CEL.—¡Dios mio!. . . . Mentis. . . . (*con entereza.*)
MUÑ. He dicho verdad.
CEL.— ¿Qué hablais? ¡Dios Eterno! ¡qué fiera maldad!
MUÑ.—En sangre bañado vereisle al momento
Tendido por tierra, sin voz, sin aliento,
Cubierto su rostro de horrible fealdad.
CEL.— ¡Mi esposo adorado!. . . . Jamas, hombre atroz,
Podreis á un valiente, cual es Baltasar;
En un desafio la vida quitar.
¡Temblad! que la espada maneja veloz.
MUÑ.—¿La espada?. . . . ¿la espada?. . . . Me basta la voz
Para que á tus ojos humillado espire,
Y yo ante mis plantas postrada te mire. . . .
CEL.— ¿Quién sois para tanto?. . . .
MUÑ.—(*sonriéndose.*) ¿Quién soy?
CEL.— Sí.
MUÑ.— Muñoz.
CEL.—(*cayendo en una silla, y ocultándose el rostro con las manos.*)
¡Qué escucho!
MUÑ.— ¿Os espanta mi nombre, señora?
¿Sabeis que mi pecho no abriga piedad?
¿Sabeis tan terrible, tan cierta verdad?
Si no, vuestros ojos lo verán ahora.
Cuando de una jóven, cual vos, se enamora
Un hombre que tiene poder soberano,
Querer resistirle, señora, es en vano,
Y mas si en su pecho blandura no mora.
En mi mano puso Felipe la ley:
Yo haré della el uso que mas me convenga:
Que Méjico espadas, puñales prevenga,
No importa; desprecio tan mísera grey.
El marques de Fálces no soy: ¡qué virey!
Con tiernas caricias al pueblo halagaba,

Con miel en los labios riendo le hablaba;
Así irritó presto la ira del rey.
Ya veis, Celestina, ya veis; en mi mano
Está la cabeza del fiero Sotelo;
O me amais, ó al punto tirada en el suelo
La vereis, tronchada por hierro inhumano.
Bien sé que es un hecho de crudo tirano:
Yo lo soy: no quiero deciros que no;
Lo que vos pensais, tambien pienso yo:
Si yo así lo creo, negarlo era en vano.
Teneis una niña, que amais con ternura:
Inocente, bella, divina cual vos:
Pues bien, á esa niña, lo juro por Dios,
Fatídico hierro pondrá en sepultura.
CEL.—¡Muger desgraciada! ¡fatal hermosura!
MUÑ.—¿Sabeis lo que puede la ardiente pasion?
CEL.—(*levantándose.*)
¡Perdon!. . .Ah! Mi Berta. . . mi esposo. . .¡Perdon!
MUÑ.—De tu voz depende su suerte futura.
CEL.— ¡Perverso!
MUÑ.— No extrañes en mí tal dureza,
Que yo acostumbrado ya estoy á mandar,
Y no me es posible mi estilo ablandar,
Ni á mi voz quitarle su mucha aspereza.
Rendido me tiene tu ideal belleza:
Serás mi señora, yo esclavo seré,
Hincado en el suelo tus pies besaré;
Mas aplaca, oh jóven, tu fiera crudeza.
A España despues irémos.—Gozosa
Absorta, admirada veráte Madrid;
No habrá una beldad que acepte la lid,
Y quiera la palma quitarte de hermosa.
Y aun el rey diráme con risa graciosa,

Alzando su mano que al hombro me lleva:
"Lo mejor que traes de España la Nueva
"Es esa lozana bellísima rosa."

CEL.— ¿Y pensais, infame, que amaros pudiera?....
Jamas en mi pecho cabida tendréis;
Antes con la noche reunida veréis
Del astro del dia la luz placentera.

MUÑ.—Si tu alma á la mia al fin conociera,
De mis sentimientos no hablaras así;
Aun no me conoces, ¿qué quieres de mí?....

CEL.— Que vos me dejaseis tan solo quisiera.

MUÑ.— Celestina, si hora con tanto rigor
Me muestras tan fiera, tan dura esquivez,
Mis muchas bondades y el tiempo, tal vez,
Harán que tu odio se trueque en amor,
De honores cubierta, de rico esplendor,
En esta ciudad, cual reina imperando,
¡Oh cuántas mugeres veránte, envidiando....

CEL.— Callad miserable....

MUÑ.— Temed mi furor.

CEL.— Pues bien, no lo temo: la tumba fatal
Oculte los restos de Berta y Sotelo....
¡Temblad! ya prepara sus rayos el cielo,
Que hieren y matan, sin dar la señal.

MUÑ.— ¿Pues qué, soy acaso, cual Dios inmortal?....
Soy hombre, y al cabo preciso es morir....
En tanto no puedes á mí resistir:
No tienes amparo.

CEL.— Me queda un puñal

MUÑ.— ¿Prefieres, ingrata, la muerte temible
A ser opulenta, dichosa, potente,
A tener del labio la suerte pendiente
De un pueblo rendido....

CEL.— De un pueblo invencible,
De un pueblo que presto lanzando terrible
El grito de guerra, veréisle delante,
Blandiéndoos al pecho la espada tajante,
Sacándoos el alma perversa y horrible.

MUÑ.— Celestina, ¿piensas que está Nueva-España
En poder de oidores imbéciles, necios,
Que, haciéndose dignos de viles desprecios,
Del marques del valle temian la saña?
Infamia tan ruin, deshonra tamaña,
De Muñoz el pecho jamas manchará:
Méjico de sangre regadas verá
Las calles, las plazas, la estensa campaña.
Ya gimen temblando de asombro y terror
En los calabozos oscuros, tremendos,
Sediciosos viles, que en gritos horrendos
Maldicen su suerte, su mísero error,
Muy pronto, muy pronto verán con horror
De impío verdugo la ruda cuchilla,
Y ante él humillando la débil rodilla,
Quedará vengado mi justo furor.
No hagas que fiero decrete tu ruina,
No canses, no canses mi mucha bondad:
Yo te amo, te adoro, ingrata beldad;
Tu suerte depende no mas. . . .

SOT.—(*dentro.*) ¡Celestina!

CEL.—¡Qué escucho! ¡Mi esposo! ¡Clemencia divina!
¡Oh dicha! ¡ó fortuna! ¡ó dulce consuelo!. . .
¡Temblad! hombre infame, mi amado Sotelo
á daros la muerte veloz se encamina.

MUÑ.—(*sacando la espada.*)
Su vida primero.—Tristan?. . . .

CEL.—(*viéndole.*) ¡Ah¡

TRIS.— Mandad.

CEL.—¡Un hombre! ¡Dios mio!. . . .

MUÑ.— Conoce quien soy.

—Tristan al instante de aquí yo me voy:
Saca una pistola, y atiende.

(*Tristan obedece: Celestina trata de irse; Muñoz la detiene.*)

Esperad.

CEL.—Dejadme. . .—¡Sotelo!—Dejadme. . .

MUÑ.— Callad.

(*A Tristan.*)

Te ocultas al punto tras esa cortina;
Si mienta mi nombre aquí Celestina,
á Sotelo matas. . . .

CEL.— ¡Horrenda maldad!

(*Tristan se esconde; Muñoz suelta á Celestina, y corre precipitado al balcon: Sotelo sale á la escena por la izquierda y le ve de espaldas al descolgarse por él.*)

X.

CELESTINA, TRISTAN. SOTELO.

CEL.—(*corriendo á abrazar á Sotelo.*)

¡Esposo mio. . . . ¡oh Dios!. . .

SOT.—(*yendo al balcon.*) ¡Qué es lo que miro!

No así, cobarde, las espaldas vuelvas;
Tú tienes una espada, yo tengo otra:
Ven, y probemos nuestras mútuas fuerzas.
Se fué.—¿Quién es ese hombre, Celestina?
Al venir hasta aquí, ¿qué es lo que intenta?
Háblame: ¿lloras? ¿el semblante ocultas?
¿Debilitada estás? ¿tus miembros tiemblan?. . . .
¿Qué debo yo temer?. . . . Habla, y del pecho
Arráncame esta duda atroz, horrenda. . . .

CEL.—¡Esposo mio!. . . .

SOT.— Al punto por tu vida,

Por el amor que siempre me tuvieras,

Por tu querida madre, que en sosiego
Yace feliz debajo de la tierra;
Díme, díme ¿por qué tan atrevido
Ha osado ese hombre traspasar las puertas
De esta casa? Quién es?... cuál es su nombre?
¿Por qué precipitado así se ahuyenta?....
¿Por qué ese tu penar?... ¿por qué en tu rostro
Terror y agitacion se manifiestan?.... (*silencio.*)
¿Callas?

CEL.— ¡Eterno Dios! ¿por qué delito
Mi corazon destrozas? ¡Ah!....

SOT.— Tus penas,
Tus angustias en mi alma deposita,
Ese llanto que viertes me atormenta:
Rompe el silencio: en mi sensible pecho
Consuelo encontrarás; dí, ¿qué te aqueja?
¿Ya para tí no soy tu dulce amigo?
¿Ya no eres tú mi amiga verdadera?
¿Volaron, por desgracia, aquellos dias
En que era toda mia tu existencia;
En que tu amigo un pensamiento solo
Que pasara veloz por tu cabeza
Nunca ignoraba, y éramos modelo
De constancia, virtud y amistad tierna?
¿Se ha trocado tal vez aquella vida,
Vida de amor y de placeres llena,
Con el sol de la dicha iluminada,
En tenebrosa retorcida senda?....
Apénas dejo tus amantes brazos,
Apénas las caricias y las muestras
De la pasion mas firme, cuando vuelvo
Y ya no eres la misma: ¿quién creyera
Que en tan cortos momentos se mudara

Una muger, modelo de terneza?. . . .

CEL.— ¡Ah! ten piedad de mí. . . . ¿Piensas acaso
Que extraño, impuro amor mi alma alimenta?
Si tu agitada mente se calmase,
Tan crueles palabras no dijeras.
Mi corazon conoces, ¿y te atreves
A suponerle cosas tan horrendas?
Hazme justicia: de alma tan corrupta
Por favor de los cielos no naciera.
Primero que olvidarte, esposo mio,
Un rayo ardiente mi cabeza hienda,
Y entre mortales bárbaras angustias,
Y entre tormentos hórridos perezca.

SOT.— Pues bien, querida esposa, díme el nombre
Del que salió de aquí.

CEL.— ¡Oh si pudiera!

SOT.— ¿Por qué? ¿por qué no puedes, Celestina?
¿Quién te impide alejar la copa acerba
De los labios del hombre que te adora?

CEL.— ¿Quién?. . . . Mi deber.

SOT.— ¿Y tu deber te ordena
Que desgarrando mas y mas mi herida
Aumentes el dolor que me atormenta?
Habla por compasion.

CEL.— No puedo.

SOT.— (*de rodillas.*) Hincado
El esposo que te ama te lo ruega.

(*Tomando la mano á Celestina.*)

Toca mi corazon, tócalo y mira
Cómo violento y alarmado tiembla.
¿Quién te puede impedir, jóven hermosa,
Que de un hombre infeliz te compadezcas?

CEL.— Resistir no me es dado. . . ¡Dios Eterno! . . .

—Yo todo lo diré,
(*Tristan asoma medio cuerpo y dirige la pistola á Sotelo.*)
—Bien que me cuesta
Horrible agitacion. ¡Baltasar mio!
SOT.— ¡Habla: su nombre, por piedad! . . .
CEL.— ¿Lo ordenas?
SOT.—Te lo ruego, por Dios.
CEL.— Se llama. . . (*viendo á Tristan*).
¡Cielos!
¡No lo diré jamas! . . .
(*Escóndese Tristan.*)
SOT.—(*levantándose.*) ¿No?
CEL.— No.
SOT.— ¡Perversa!
No me lo digas, ¡no!. . . . De mi desdicha
Veo una clara y evidente prueba. . .
Si ántes la duda me inquietaba, agora
La realidad mi corazon aprieta.
¡Muger infame, vil y detestable,
Bajo el velo de cándida inocencia,
Bajo de un esterior puro y risueño
Escondias el alma de una hiena!. . . .
¿Quién hubiera pensado que una jóven,
Que de ángel parecia su belleza,
Bajo un seno de nieve ocultaria
Corazon tan malvado, alma tan negra?
¿Y que tantos y tantos beneficios
Que de instante en instante yo le hiciera,
Olvidara tan presto, en solo un dia,
A par de sus caricias y promesas?. . . .
¿Mas qué debo esperar, si tú me engañas,
Tú, que amante endulzabas mi existencia?. . . .
Mis amigos. . . mi hermano. . . el cielo mismo. .

¿Qué profiero?... ¡Infeliz!...

CEL.— ¡Calla!

SOT.— ¡Blasfemias,
blasfemias son, que á mi pasar la mente
se atreve á confiarlas á la lengua!...
—Celestina, decidme presto el nombre
del que ahora salió.

CEL.— No puedo.

SOT.— ¿Piensas
Que así me has de engañar? Si con blandura
De amor y de amistad te ha dado pruebas,
Fué porque tu alma, estúpido creia,
Que era tan pura, cual tu faz es bella.
Pero ya que así rompes nuestros lazos,
Tambien los romperé: sí; te detesta
Mi atormentado corazon... ¿No miras
Que en mis ojos los celos centellean?...

CEL.— ¡Dios poderoso! ¡Celos!

SOT.— Así llaman
A esta ponzoña que mi pecho quema,
A esta rabia interior.... frio de muerte....
A esta hoguera voraz, que en mi cabeza
Se alza ardorosa, y por mis venas cunde,
Y mis entrañas sin cesar incendia;
A esta insaciable sed de sangre humana....
¡Oh! la de ese hombre con placer bebiera....
Y tambien... y tambien... la tuya...

CEL.— ¡Cielos!

SOT.—(*Empuñando involuntariamente la espada.*)
Prepárate á morir, muger perversa.

CEL.— ¡A morir!

SOT.— A morir.... ¿En mi semblante
No ves el ceño de la muerte horrenda?

¿No ves mi mano que la espada vibra,
Y por rasgar tu pecho se impacienta?
¡Oh si en lugar de derramar tu sangre
Mi angustia y mi dolor darte pudiera!

(Despues de un momento de suspension.)

—Díme, díme quién es y te perdono....
Volaré presuroso á su presencia,
Le haré empuñar su espada miserable,
Tambien la mia empuñará mi diestra,
Se chocarán veloces los aceros,
Emprenderá cada uno su defensa:
Yo ardiendo en ira, de furor temblando
Haré besar á mi rival la tierra,
Y encarnizado, con mi mano misma,
De su caliente sangre ya cubierta,
El corazon le arrancaré del pecho,
¡El corazon! do se verá mi huella.
—Habla

CEL.— No puedo, Baltasar; ya dije.
Si quieres de tu amor darme una prueba,
Si las palabras dulces, amorosas,
Que ántes me dirigias fueron ciertas
No me preguntes mas... ¡por Dios!

SOT.— Escoge
Entre la muerte y tu deber.—¿Ya tiemblas?

CEL.—*(hincándose.)*
¡Perdon! mi Baltasar, postrada pido
Que un crímen tan horrendo no cometas....
Si me arrancas la vida despechado
Porque te engañan falsas apariencias,
Porque en tu corazon diste cabida
A una infamante y bárbara sospecha,
Te seguirá sañudo y espantable

Mi sangriento cadáver por do quiera;
Y al fin entre tormentos y martirios
Acabará por grados tu existencia.

SOT.—(*levantando la espada.*)

El nombre de ese vil, ó bien ¡la muerte!....

CLE.— No lo puedo decir....

SOT.—(*en ademan de matarla.*)

¡Mujer perversa!

CEL.—*abrazando las rodillas de Sotelo.*)

¡Perdon!....

SOT. ¿Su nombre?

CEL.— ¡Por piedad!

SOT.— ¿Su nombre?

CEL.—(*presentando el pecho.*)

Rompe mi corazon....

SOT.— ¡Maldita seas!

(*Sotelo va á herir á Celestina y se detiene como quien la ama todavía y no se resuelve á tan duro sacrificio; despues arroja la espada, empuja con fiereza á su esposa, al maldecirla, y se va precipitadamente. Celestina queda tendida en el suelo; Tristan sale rápidamente por el balcon.—Este final ha de ser instantaneo.*)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.



JORNADA SEGUNDA.



Primero en mil pedazos
me verás dividida, que en tus brazos.
EL TEJEDOR DE SEGOVIA, *del mejicano Alarcon.*

Isabel.—¡Oh señora! vuestras penas
causan á todos dolor.
Angela.—Un espantoso temblor,
siento; revientan mis venas.

(Escenas inéditas de un drama mejicano, titulado *Iñigo*, que dejó sin concluir su autor *Antonio Larrañaga.*)

PASO PRIMERO.

(La plaza del Volador, sin el mercado que ahora tiene.—En el fondo se ve la acequia, por donde bogarán algunas canoas con luces; adelante una esquina del palacio antiguo, descubriéndose por los balcones la iluminacion interior. De cuando en cuando, entre el palacio y la acequia, se verán pasar apresuradamente, y en encontradas direcciones, algunas personas con farol en mano. Por el foro, á la izquierda de los actores, se oye de tiempo en tiempo el ¿Quién vive? *del centinela. Noche tempestuosa.)*

I.

DON PEDRO DE QUESADA, DON BALTASAR DE QUESADA, DON FERNANDO DE BOCANEGRA, Y TRES CONJURADOS.

(Al levantar el telon aparecen en una canoa, sin luz, estas seis personas, de las que cinco saltan en tierra.)

PED.— Dichoso el que satisfaga
Antes que otro su rencor,
Hiriendo al visitador
Con la punzadora daga.
Muy cerca está el miserable.
Valor y constancia, amigos;
Temer á los enemigos

Es infamia despreciable.
   Allí se mira una puerta
Que es la que al costado da
Del palacio: al Sur está,
Y hay un centinela alerta.
BOC.— No siempre, que á toda luz
Suele dormir; y á lo léjos,
Tendido entre arneses viejos,
Se ve el mohoso arcabuz.
BAL.— Mas no es fácil penetrar
Hasta el centro del palacio,
Que Muñoz no anda despacio,
Y se sabe asegurar.
PED.— Cerca de su alcoba tiene
Hombres que su vida guardan,
Y solo una seña aguardan
Para hacer lo que á él conviene.
   Con ciento no mas que fuéramos
Nada habria que temer,
Ni tendriamos que hacer
Mas que entrar, aunque muriéramos.
   Pero, señores, ya veis:
Querer penetrar es vano
A la estancia del tirano,
Pues no somos mas que seis.
BOC.— Fuerza es que aquí le esperemos,
Y si llegare á salir,
Bañado en sangre morir
Llenos de rabia le harémos.
PED.— No vamos á asesinar
A un hombre, no, que es perfidia:
Con fuerza digna de envidia
Al tigre hemos de matar.

Uno solo le saldrá
Al frente; y si este muriere,
El que mas cerca estuviere
Su puesto reemplazará.
No quiero que diga el mundo
Que asesinos hemos sido,
Sino hombres que hemos vencido
A un opresor furibundo
BOC.— ¡Ojalá fuera mi suerte
Tan felice, que mi mano
Diera ejemplo al mejicano
De ser libre, y de ser fuerte!
PED.— Como á esta nacion del yugo
Del visitador librara,
Aunque despues me cortara
La cabeza el vil verdugo.
¿Qué nos importa vivir,
Si entre pesadas cadenas,
Maldiciendo nuestras penas,
Nos miramos consumir?
Maldito aquel hombre sea
Que libre un brazo teniendo,
A un déspota esté sufriendo,
Y en calma su infamia vea.
Miéntras tenga pundonor
Dispuesto estará Quesada
A dar muerte con la espada
Al que nos quita el honor.
No quiero á mis hijos ver
Las rodillas humillando
A un pérfido, que abusando
Siempre está de su poder.
Calabozos inclementes

Por donde quiera se miran,
Y por donde quiera espiran
Cientos, miles de inocentes.
¿No veis gemir al valiente
Y su cabeza caer?
¿No mirais rios correr
De sangre, sangre caliente?. . . ,
BAL.— Dispuestos todos estamos
A dar la muerte al tirano:
Impaciente está la mano,
Solo el momento esperamos.
Dicen que anoche embozado
Salió el infame Muñoz.
Y que de Tristan feroz
No mas iba acompañado.
Si tan benigna la suerte
Nos le presenta, volando
Irémos todos, ansiando
Por darle espantosa muerte.
Y con impaciente afan
El corazon romperémos
De ese pérfido, que vemos
A su lado, ese Tristan.
PED.— Si vamos á perecer,
Grabarémos nuestros nombres
En la historia de los hombres
Que libres supieron ser.
Mi alma de gozo sublime
Se inundara, si al abismo
Precipitara yo mismo
Al hombre que nos oprime.
Ojalá y él admitiera
Cuerpo á cuerpo un desafio,

Y su acero con el mio
En igual campo midiera.
   Canas tengo en la cabeza;
Mas cumpliera mi deber,
Que la espada he de poder
Aun manejar con firmeza.
   Entónces decir podria:
"En Nueva-España el primero
"Fuí, que blandiera el acero
"Contra la opresion impía."
   De la gloria allá en el templo,
Gozoso alzando las manos,
Gritara á los mejicanos:
"Seguidme, yo os dí el ejemplo."
BAL.— ¿Quién de placer no palpita
Al oírte, hermano mio?....
¿A quién tu nobleza y brio
A la venganza no incita?....
BOC.— Con violencia el pecho late
Ansiando por el momento
En que llenos de contento
Nos lancemos al combate.
   Los Bocanegras odiamos
De muerte al visitador,
Y el sublime pundonor
Por la vida no trocamos.
PED.— Pues bien, vamos á buscar
La gloria con el acero.
Venturoso del primero
Que el golpe le pueda dar.
   Pero vuelvo á repetir:
Aunque es Muñoz un tirano,
Nadie levante la mano

Para en la espalda le herir;
   Que es de cobardes accion;
Y siempre infama su nombre
Aquel que mata algun hombre
Con vil y baja traicion.
   Y si no, al mayor guerrero
Que el mundo miró asombrado,
Y cuyo nombre ha sonado
En uno y otro hemisfero,
   Al Cid, á ese gran leon,
Un rebozado puñal
Pudiera haber hecho igual
A los condes de Carrion.

BAL.— Es cierto: y bien penetrados
De tus razones, jamas
Con negra traicion verás
Nuestros pechos infamados.

PED.— Pues vamos, y que se quede
En la canoa el que está,
Y que reme para allá:
Tal vez ofrecerse puede.
   La noche nos favorece:
Está pavorosa, oscura;
El huracan con bravura
De instante en instante crece.
   Matarémos sin piedad
Al cruel visitador;
Será el trueno el confesor,
Sus salmos la tempestad.

(Vanse y la canoa tambien, por la izquierda de los actores.)

II.

SOTELO, (*por la derecha.*)

¡Oh noche! ¡oh noche.... que mi dura suerte
Me recuerdas feroz! ¡yo te maldigo!
¿Por qué tu manto fúnebre de muerte,
Que solo á la maldad sirve de abrigo
No me envuelve violento y furibundo,
Y me aleja por siempre de este mundo?
Ayer, como ninguno, era dichoso,
Y hoy.... ¡oh fortuna impía y detestable!
En el centro del báratro espantoso
Se consume mi pecho miserable....
A él arrojaron por mi mal los cielos
Rabia, furor, destrozadores celos.
Muger, muger, cuyo nevado seno
Ocultaba de hiena las entrañas;
Muger, que de mortífero veneno
Mi triste corazon pérfida bañas,
¿Por qué tu pecho no rompí sañoso?
¿Por qué tu sangre no bebí rabioso?
¿Pero, adónde me arrastran las pasiones
Fuerza es obedecer á mi destino....
Volaé á recorrerr varias naciones,
Y á mi alma inundará placer divino
Otro clima buscando y otro cielo,
Y corriendo á mi mal oscuro velo.



III.

SOTELO, TRISTAN *(por la derecha.)*

TRIS.—(No es mala idea por cierto
Ordenar á un triste pobre,
Que ande exponiendo su vida
En tan negra, horrible noche,
Para saber si Sotelo
Anda por aquí ó se esconde.)
SOT.—(¿Es ilusion que me engaña
O aquí se acerca algun hombre?..
¿Si será el que á este paraje
Me escribe venga veloce?)
—¿Quién va?
TRIS.— Uno que sus pies
Atras y adelante pone.
SOT.—Tenga mas cortesanía,
Y al punto diga su nombre,
Si no, juro por el cielo
Que hablaré con el estoque.
TRIS.—(Por el salto de Alvarado,
Que este parla como noble.)
—Me llamo.... (¿Qué le diré?...)
—Ne llamo Martin Ordoñez.
SOT.—Señor don Martin...
TRIS. El don
Me viene como de molde.
SOT.—Pues Martin, ¿aquí qué busca,
Cuando ya los resplandores
Del claro sol se perdieron
Tras los elevados montes;
Cuando el cielo mas y mas

Se cubre de nubarrones;
Cuando el relámpago brilla
En el oscuro horizonte,
Y presto de agua y granizo
Caerán torrentes enormes?....
TRIS.—(Este es Sotelo.)—Es el caso
Que me saca de mi esconce
La necesidad forzosa
De ir á mis obligaciones:
Os lo diré por lo claro:
Tengo una cita esta noche.
SOT.—(¡Una cita!.... ¿Si será?....)
—Decidme cómo, y adónde.
TRIS.—Pues vuesa merced lo manda,
Preciso será le informe
De mi vida y mis virtudes,
Que pueden servir de norte
A los pasados, presentes
Y futuros pecadores;
Si bien jamas acostumbro
Imponer en mis acciones
Así al primero que llega,
No mas porque él lo dispone.
SOT. Teneis razon. Si indiscreto
Y audaz os hice cuestiones,
Que hacerlas á un hombre, solo
A un amigo permitióse,
Fué porque hoy he recibido,
Cerca de las oraciones,
Un anónimo billete
Que un desconocido envióme;
En el cual dice le espere
En este lugar, adonde

Sobre importantes asuntos
Me dirá varias razones:
Creí que era desafio,
Y por lo tanto veloce
Me encaminé á esta plazuela,
Ansiando encontrar á mi hombre.
Si sois vos, decidme al punto
Cuáles son las intenciones
Con que aquí me habeis citado,
Y si es cosa del estoque.

TRIS.—Muchas ganas de reñir
En vuestro hablar se conoce.
¿Habreis acaso tenido
Hoy crueles aflicciones,
Que el corazon y la mente
Os martiricen feroces?

SOT.—Es cierto que acá en el alma
Siento un peso atroz, enorme,
Que eternamente me oprime
Y el corazon me corroe;
Pero esto para el asunto
De que tratamos conformes,
De nada sirve, si no es
Para aumentar mis dolores.
—Decidme, ¿sois por ventura
El que á este lugar citóme?

TRIS.—No, señor, porque mi cita
Es puramente de amores:
Se ha empeñado mi beldad
En que yo su casa ronde,
Y como otra Melisendra
Me habla desde sus balcones.

(Sotelo está pensativo.)

Suele haber sus cuchilladas;
Pero esas son por otro órden
Que el de un desafio.—Viene
Alguno á quien le incomode
Verme andar de uno á otro lado,
O estar firme como un poste.
Se me acerca, y luego grita
Con voz de rinoceronte:
"Amigo, ¿qué se le ofrece
"En esta calle, y tan noche?"
Yo, sin responder palabra,
Empuño mi espada noble,
Y á él arremeto con fuerza,
Dando formidables golpes.
Ambos aceros se cruzan,
Saltan chispas á los choques,
Ya doy una cuchillada,
Y ya me quito un mandoble.
Que resistirme no puede,
Con grande afliccion conoce,
Y alza la voz tembloroso,
Y lleno de miedo entónces,
Por ver si entre los vecinos
Viene alguien y le socorre.
Se alborota todo el barrio
Con sus plañideras voces,
Salen el padre y parientes
De mi idolatrada jóven:
Nos separan y examinan
De los piés hasta el cogote,
Y luego entran á su casa
A hacer las indagaciones
De quien es el del gaban,

Y quién es el del bigote.
—¿Quereis, pues, acompañarme?...
(Pero este hombre no responde.)
—Venid, vereis que mi mano
Es robusta como un roble.

SOT.—(*pensativo.*)
Está bien... no perdais tiempo...
Id adonde os corresponde.

TRIS.—(Si yo pudiera llevarle
Hasta el palacio... ¡Oh! entónces...)
—Como yo estais impaciente
Por desnudar el estoque:
Si quereis acompañarme,
No os faltarán baladrones
De quienes con vuestro brazo
Podreis ser vos el azote.
Venid.

SOT.—(*distraido.*) (¡Gran Dios!)

TRIS.— Venid presto
A dar pruebas de ser noble.

SOT.—Dejadme en paz. Yo os suplico...

TRIS.—Venid. (*Tirándole de un brazo.*)

SOT.— Por favor....

TRIS.— Los hombres...

SOT.—(*Desprendiéndose con fuerza.*)
Los hombres se desesperan
Si hay alguien que los enoje,
Y saben dar cuchilladas,
Y los viles pechos rompen.

TRIS.—¿Soy yo acaso?....

SOT.— Idos, os ruego...

TRIS.—Me iré.—(Las paredes oyen.)

Vase por la izquierda, y aparece poco despues.)

IV.

SOTELO.

He quedado solo, sí.
Ya puedes venir, recuerdo,
A descargar sobre mí
Las penas en que me pierdo,
Pensando en lo que ántes fuí.
Amado de una muger....
No muger, ángel del cielo,
Que derramaba el placer
En mi pecho, y fué el consuelo
Que tuve en mi padecer.
Y se torna en un instante
En fiera, aleve, perjura,
Que busca un segundo amante,
Y la copa de amargura
Vierte en mi pecho constante.
¿Mas si por ventura es fiel,
Y yo, frenético, y ciego,
Lleno el corazon de hiel,
Tal vez al pesar la entrego,
Y quizá al furor con él?....

(Se va acercando por la izquierda una canoa, en la que vendrán. Nuñez y Berta, vestida de paje, quien luego salta á tierra, y registra la escena, como buscando á alguno.)

¿Qué hará sola, abandonada
Del hombre que mas amó?....
Acaso desesperada
Se arroje sobre una espada....
Y el asesino soy yo.
Volaré, sí, presuroso,
Y perdon la pediré:

La suplicaré afanoso
Que olvide que la injurié,
Y que me vuelva el reposo.
(*Yéndose.*)
¡Celestina!.... (*se detiene.*)
—¿Adónde voy?
Pues si satisfecho estoy
De que ella no es inocente,
¿Dónde me arrastra la mente?
¿Cómo intento verla hoy?
¿Tan necio de ser habia
Que á la que me hundió al abismo
De la desventura impía,
Rendido y postrado iria
A pedir perdon yo mismo?
¡Imposible! no.... ni el cielo
Tal exigiera de mí.
Correr es preciso el velo
De cuando dichoso fuí.
Yo la olvidaré....
BER.—(*tirándole del ferreruelo.*) Sotelo.

V.

SOTELO, BERTA, TRISTAN.

(*Tristan se mantendrá al paño escuchando.*)
SOT.—¿Quién sois?
BER.—(*acercándose al rostro un farol que traerá.*)
¿No me conoceis
SOT.—¡Berta!.... ¿Cómo en ese trage?
A esta hora y en tal parage?
BER.—Señor, ¿no lo comprendeis?
SOT.— Solo que ya eres un page.
BER.— Preciso era este vestido

Para conseguir mi intento.
SOT.—¿Y cuál?. . . .
BER.— ¿Habeis recibido
Una carta?
SOT.— Y al momento
A este lugar he venido.
BER.—Pues yo esa carta os mandé.
SOT.—Y ya lo que quieres pienso;
Pero en nada variaré
El partido que tomé.
BER.—¿Y es?
SOT.— Surcar el mar inmenso.
BER.— Cuando mi madre querida,
Sufriendo tormentos mil,
Supo guardar vuestra vida,
Vos pensais que es una vil,
Y la dejais abatida.
El rostro bañado en llanto,
Y el sensible corazon,
Presa del feroz quebranto,
De la duda, del espanto,
Y de la cruda afliccion.
Presto en honda sepultura
La veréis, señor, tendida,
Marchitada su hermosura,
Sin rosas su boca pura,
Sus ojos sin luz, sin vida.
Entónces maldecireis
Vuestros infundados celos;
Entónces demandaréis
Que os la devuelvan los cielos,
Y que es ya tarde veréis.
Y entónces su sombra augusta

Vuestros pasos seguirá:
Triste, silenciosa, adusta,
Tomando venganza justa
Vuestra alma destrozará.
  Y vos, huiréis desolado
Vuestra suerte maldiciendo;
En vano ¡ay! que el desdichado
Corazon os va diciendo:
"Ni el sepulcro es tu sagrado."
  Pues ni aun allí, ni aun allí;
Encontraréis el sosiego....
SOT.—Ten piedad, Berta, de mí:
Estoy delirante, ciego,
Y siento un dolor aquí... (*Señalando el corazon.*)
  Déjame, Berta, por Dios;
Vete, ya no me hables mas.
BER.—¿Pero cómo quereis vos?....
SOT.—Todo mi haber tomarás,
Y vivid con él las dos,
BER.— Yo nada os pido, señor;
Tan solo que me escuchéis:
Compadeced mi dolor;
Sofocad vuestro furor,
Y todo, todo sabréis.
SOT.— Habla, ya escucho tu voz.
BER.—Un hombre con Celestina
Estaba: un hombre feroz,
Cuya audacia se encamina.....
SOT.—¿Cuál es su nombre?...
BER.— Muñoz.
SOT.—¡Dios Eterno!
BER.— El corazon
Ardiendo de odio, de envidia,

Y cubriendo de baldon
Su pecho con vil traicion,
Comete infame perfidia.
A vuestra morada entró
Con un puñal en la mano,
Violento me sorprendió,
Y su intento consiguió,
Porque resistir fué en vano.
Tristan, de Muñoz criado,
Estaba de una cortina
De la cama resguardado,
Cuando casi, ya cegado,
Matabais á Celestina.
Si ella pronunciado hubiera
Del visitador el nombre,
Aleve balazo os diera
Por la aspalda ese vil hombre.
SOT. —¡Celestina! ¡Ah! ¿quién creyera?...
Volemos: verla deseo;
A sus pies me postraré,
Mi perdon la pediré;
Y, si al pensamiento creo,
En su pecho lo hallaré.
Y luego de ese Muñoz
Penetraré al aposento,
Y con la espada, feroz
Despedazaré y sangriento
Su pecho, su pecho atroz.
Tiempo ha que detesta mi alma
A ese perverso, á ese vil..
Basta ya de infame calma,
Y aspiremos á la palma
Del esfuerzo varonil.

Si acaso en la empresa muero,
Tengo amigos, que empuñando
Están ya el filoso acero,
Llenos de furor ansiando
Dar muerte al déspota fiero.
—Sígueme, Berta, al instante. . .
BER. —¿Pero adónde quereis ir?
SOT. —A ver á mi esposa amante:
Luego, á matar ó morir
Con pecho firme y constante.
BER. —¡Ah desdichado Sotelo!
Teneis mas que padecer,
Pedid fervoroso al cielo
Que os dé valor para ver
Lo que os cubre denso velo.
Mi labio está tembloroso
Al deciros la verdad. . . .
Ese tirano espantoso
Aun cometió otra maldad
Que referiros no oso.
SOT. —Habla; presto el corazon
Acaba de destrozar. . . .
Díme. . . .
BER. — A su propia mansion
Dió luego disposicion
De á Celestina llevar.
SOT. —¿A Celestina? !oh furor!
BER. —En el palacio encerrada
Desde anoche, su dolor
Exhala desesperada,
Y os llama á gritos, señor.
SOT. —¡Oh rabia! ó furor ardiente,
Que me destrozas el pecho!

¿Por qué una mano potente
No me deshizo en mi lecho,
Cuando aun era un inocente?. . .
BER. — Mirad como corre el llanto
Por mis mejillas, señor:
¡Ah! no aumenteis mi quebranto,
Mi agudísimo dolor. . . .
No hay fuerza en mí para tanto.
SOT. —¿Y en mi?. . . . ¿y en mí? ¡desgraciado!
En premio de la virtud,
Ordena el cielo irritado,
Que pene desesperado
En mi triste juventud.
Mas me queda la venganza:
Dulce, divina al mortal. . . .
Cuando acaba la esperanza,
Una cuchilla fatal
Es lo que la mano alcanza.
Y satisface con ella
El ardimiento feroz
Que le ha infundido su estrella. . .
—¡O mi Celestina bella!
Muerto verás á Muñoz.
—Vamos, Berta, ansiando estoy
Mas ¿dónde insensato voy?. . . .
Yo solo, nada valdré:
¿Cómo al palacio entraré?
¿Qué? ¿nada podré hacer hoy?. . . .
A mis amigos buscar;
Sí. . . . pronto. . . . Don Baltasar
Y Don Pedro de Quesada. . . .
Los Bocanegras, y. . . .
BER. — Nada

Necesitais para entrar.
SOT. — ¿Cómo?
BER. — Las puertas están
Abiertas para nosotros.
SOT. —Las guardias impedirán. . . .
BER. —No, señor; si fueran otros. . . .
Pero no resistirán.
—¿Gonzalo? (*Salta Nuñez de la canoa.*)
SOT. — ¿A quién llamas, dí?
BER. —A un hombre que me acompaña.
SOT. —¿Quién es?
BER. —(*acercando el farol al rostro de Nuñez.*)
Miradle
SOT. — Yo ví
Esta cara otra vez. . . .
BER. — Sí:
La habeis visto.
SOT. —(*al oido de Berta.*) Este te engaña

VI.

SOTELO, BERTA, TRISTAN, NUÑEZ.

(*Tristan permanece al paño. Núñez hácia el fondo.*)

BER. — No temais, que bien segura
Estoy de su corazon,
Y sé que su alma es tan pura
Que nunca será perjura
SOT. —¿Tienes dél satisfaccion?
BER. — El es quien la carta os dió,
Y además quien la escribió.
Señor, os respondo dél:
Es prudente, honrado, fiel;
Por eso le adoro yo.
Ven presto, Gonzalo mio,

Acércate pronto acá:
Habla, que apenas te oirá;
Si en mi corazon confio,
Malvado no te creerá.

NUÑ.—(*Acercándose.*)

Yo sirvo al visitador;
Pero mi alma estremecida
Siempre ha visto con horror
A ese cobarde homicida.

TRIS.—(Ya sé que eres un traidor.)

NUÑ.— De nuestra parte ya está
La guardia, y espera ansiosa
Que volemos presto allá.
Veréis luego á vuestra esposa.

TRIS.—(Todo Muñoz lo sabrá.) (*Váse.*)

SOT.— Dulce, angélica verdad
Vuestras palabras respiran.
En vos hay sinceridad.

NUÑ.—Señor. . . .

SOT.— Con velocidad
Vamos: las horas espiran.
Aligeremos el paso,
Que ver á mi esposa anhelo.

(*Al irse, se detienen repentinamente oyendo ruido de espadas por la parte izquierda.*)

TRIS.—(*dentro.*)

¡Socorro! ¡socorro!

BER.—(*Retrocediendo.*) ¡Cielo!

NUÑ.—(*á Sotelo.*)

¿Escuchais?

SOT.— El viento acaso. . . .

BER.—(*Acercándose con cautela.*)

Son unos hombres, Sotelo.

(*Aparece Tristan defendiéndose de un conjurado que lo ataca: á este último le siguen dos de sus compañeros con la espada en la mano.*)

NUÑ.—Al que socorro pedia,

Tres, en combate feroz,
Rechazan.

SOT.—(*empuñando la espada y dirigiéndose á los conjurados.*)
¡Qué villanía!

BER. —¿Dónde vais?

SOT. — Le auxiliaria
Aun cuando fuera Muñoz.

(*Sotelo se pone al lado de Tristan; Núñez le imita, y se meten acuchillando á los conjurados.*)



PASO SEGUNDO.

(*Un aposento de palacio, bellamente adornado.— Una puerta en el fondo, otra á la izquierda, cuyas hojas se abren hácia la escena.—Un estrado de almohadones al estilo oriental.—Penetra de cuando en cuando, por la puerta del fondo, la luz de los relámpagos.*)

VII.

CELESTINA, (*sentada en el estrado.*)

¡Oh muger desdichada,
A quien la suerte pérfida
Tiene aquí abandonada
Sin encontrar alivio á su dolor.
Yo que era tan dichosa,
Me encuentro sola y mísera,
Lamentando llorosa
De mi pesar indómito el furor.

¿Cuál será nuestra suerte?...
Sotelo, errante y prófugo,
Recibirá la muerte

En un pais remoto ó en el mar.
Yo de un feroz tirano,
Desventurada víctima,
Luchando, siempre en vano,
Por mis duras cadenas quebrantar.

Siento un peso en el alma,
Que me atormenta bárbaro,
Y en impotente calma
Tiene hundido mi triste corazon.
Es calma de la muerte;
Que ya mi vista el túmulo
No muy léjos advierte,
Que ha de ser mi postrera habitacion.

(Aparece Muñoz por la puerta izquierda, y se detiene escuchando á Celestina.)

¿Sumidos en espanto
Los mejicanos, tímidos,
Derramando su llanto
Primero que su sangre quieren ver?
A la señal de alarma,
Como mugeres débiles,
Si alzar pretenden su arma
Desfallecidos déjanla caer. . .

VIII.

CELESTINA, MUÑOZ.

(Al oir la voz de Munoz, Celestina se levanta despavorida, como pretendiendo huir mas luego se detiene, y permanece á cierta distancia de él.)

MUÑ.—¿Al cabo lo conoces?. . . . ¿Ya no esperas
Que á tu socorro vuele el mejicano?. . . .
¿Te convences al fin de que á mis plantas
Gime ese pueblo débil y humillado.—

¡Oh loca fantasía! En tu cabeza
Vagan y te deleitan sueños vanos;
Pero la realidad viene sañuda,
Y tu destino con furor mostrando,
"Ríndete, dice, á ese mortal potente,
"O verás á tu esposo en el cadalso."

CEL.— ¡En el cadalso!... ¡ó Dios!.. ¿y vuestro pecho
Seria tan cruel, tan inhumano,
Que en la inocencia mísera os vengaseis
Sin haber della recibido agravio?...
Eso no puede ser: aunque de fiera
El corazon tuvieseis despiadado.
Al fin conoceréis vuestra injusticia
Viendo mis ojos por el lloro hinchados,
Y oyendo mis suspiros y mis quejas
Roncos salir de mi convulso labio.
Mi dolor, mis angustias, mis martirios,
Capaces de mover al frio mármol,
Vuestra alma ablandarán, estoy segura,
Y me dareis la libertad al cabo.
Poneos en lugar de mi Sotelo,
Y suponed que sois el desdichado
A quien arrancan su querida esposa,
A quien inundan de dolor amargo.
¿Cuáles fueran las ansias, los tormentos,
Que con robusta poderosa mano,
Rompiendo vuestro pecho os despeñaran
Del negro abismo en los profundos antros?...

MUÑ.—¡Si yo fuera Sotelo! pero sabes
Que no lo soy, y suponer es vano
Cosas que de por sí son imposibles,
Pensamientos inútiles y vagos.
Solo sé que Muñoz es mi apellido,

Que una estensa nacion tengo á mi mando,
Pues represento en ella al gran Felipe,
Que es de España el potente soberano;
Que tengo harto poder, que me obedecen
Tímidos, y á mis plantas humillados,
Millares de hombres, que serian libres
Segun la ley, pero que son esclavos.
No mas de un modo quiero ser Sotelo:
como tu esposo.

CEL.— Nunca, hombre malvado...
¡Ah!... ¿qué digo?... ¡Perdon! Mi lengua solo...

MUÑ.—Tu lengua ayer estúvome insultando,
Y ora duda... ¿por qué?... ¿Dónde tu brio,
Tu arrogancia y furor se han ocultado?
¿Qué se ha hecho tu valor?... ¿Tiemblas ahora,
Y altiva ayer me estabas despreciando?
¿Qué es de tu defensor?... ¿De ese Sotelo,
¿Dónde está, dónde, el furibundo brazo?
¿Por qué no vuela á tu socorro, y vierte
La sangre de Muñoz, del que insensato
Se atreve á aprisionar á Celestina,
Y continuo de amores la está hablando?

CEL.— No insulteis mi dolor... ¡Piedad!

MUÑ— Tu esposo
Te entrega infiel á tu destino infausto.
Cuando estabas guardando su existencia
Te cubria de injurias el ingrato,
Y hasta darte la muerte pretendia
De su rabia frenética guiado.
Y quien sabe si ahora enfurecido
Maldice su piedad, y preparando
Está el cuchillo que tu pecho hienda;
Y ya mira tu cuerpo desangrado,

Y ya te ve gimiendo moribunda,
Y en tu agonía el vil se está gozando.
CEL.— No; de su corazon nunca creyera
Semejante maldad: es un engaño.
Yo le conozco bien: si olvidar pudo
Por un momento mi virtud; si tantos
Ultrajes profirió contra su esposa,
Y aun pretendió colérico, indignado,
La vida arrebatar á la que tierna
Le estrechó tantas veces en sus brazos,
Al fin su error conocerá, y violento
Volará en mi socorro...
MUÑ.— Si obstinado
Pretendiera venir á recobrarte,
¡Ay infeliz! ¡que tiemble el temerario!
Mirarias entónces con la espada
Su corazon infame traspasado.
Lleno de sangre, pálido, convulso,
Por las hondas heridas respirando,
Y diciéndote adios con voz doliente,
Y tendiendo hácia tí sus tibios brazos...
CEL.— Cesad por compasion... ¡Dios de justicia!...
¡Qué detestable y horroroso cuadro!...
¿Y seríais capaz?... ¿y del infierno
No temeis el furor?
MUÑ.— Piensa que te amo
Y deja lo demas. —La paz de mi alma
Y de la tuya, quedará á mi cargo.
CEL. —Para el hombre que al crímen se abandona,
Religion y virtud son nombres vanos.
MUÑ.—El que en su pecho una pasion abriga,
Rompe furioso lo que encuentra al paso.
Cede á mí, Celestina, y yo te juro

Que en el instante me veras trocado.
Seré modelo de virtud sublime,
Y á tí lo deberé. Mas si al contrario,
En vez de amor y de caricias tiernas,
Solo repulsas y desprecios hallo,
Hará la fuerza, lo que no han podido
Los ruegos, las ofertas, los halagos;
Y de crímen en crímen... nada importa:
¡Un crímen mas! un crímen!... y entre tantos!

CEL.— ¿Quereis ser virtuoso, cometiendo
Una maldad, indigna del humano?...
Si no temeis del cielo la venganza,
Y sus sagradas leyes despreciando,
Os arrojais del crimen detestable
En el inmenso y tenebroso caos,
A los hombres temed: del rey Felipe,
La indignacion no provoqueis cegado:
Quizá se canse, oyendo las plegarias
Del oprimido pueblo mejicano,
Y con mengua de vos, ardiendo en ira,
Os arrebate de la diestra el mando,
Os despoje de bienes y de honores,
Y en la indigencia os hunda despiadado.
¿Qué hareis entónces? Pobre, miserable,
Sin encontrar ni proteccion ni amparo,
De puerta en puerta vagareis humilde,
Y sereis por do quiera rechazado.
Como un insecto vil y despreciable
Vuestra existencia mísera arrastrando,
La muerte invocaréis, y ni la muerte
Oirá vuestro clamor desesperado.
Y el hombre que cual rey, bajo de un solio
Se asentó lleno de esplendor y fausto,

Y con sangre inocente se bañara,
La Nueva-España pérfido asolando,
Como inmundicia hedionda y asquerosa,
A un cenagal se mirará arrojado.

MUÑ.—¡Oh necias iluciones!... Si Felipe
De esta colonia me arrebata el mando,
Oro me quedará, y el opulento
Ha sido en todos tiempos apreciado.
¿Qué vale la virtud sin la riqueza?
El infeliz en triste desamparo
Gemirá siempre, aun cuando sea un ángel,
Y quien enjugue no hallará su llanto.
En vez que el hombre que en sus arcas tiene
Plata, y oro, y diamantes encerrados,
Aun cuando fuere un bárbaro asesino,
Es ante el mundo de virtud dechado.

CEL. —¿Y si la vida el rey os arrancase
Mandándoos espirar en un cadalso?

MUÑ.—Entónces moriré con el consuelo
De haber ántes gozoso descansado,
Sin descontento, sin zozobra alguna,
De Celestina en los amantes brazos.

CEL. —Eso nunca verás, hombre perverso.
Primero en polvo se hundirá el palacio.

MUÑ.—¿Y quién en este instante, infortunada,
Quién podrá libertarte de mis manos?

CEL. —(*sacando un puñal que lleva escondido en el seno.*)
Este puñal.

MUÑ.— (*sorprendido.*) ¡Muger!

CEL. — En vuestro pecho,
Si audaz os atreveis á dar un paso,
Al penetrar aquí los guardias viles,
De horror cubiertos lo verán clavado.

MUÑ.—¡Detestable muger! ¿tendrás aliento
De mancharte con sangre?....
CEL. — Adelantaos.
MUÑ.—Estás resuelta, bien lo veo: tu alma
Ya de su triunfo se estará gozando;
Empero tu placer cesará en breve:
(*Mostrándola una cota.*)
Mira: ¿no ves mi pecho resguardado?
CEL. —¡Una cota!.... ¡Gran Dios!
MUÑ.— Fuerte, robusta,
Impenetrable.
CEL. — Soy perdida....
MUÑ.— ¿Acaso
Soy loco miserable, imbécil niño?
CEL. —Pues dad un paso, y el puñal me clavo.
(*Empieza á oirse el bramido de la tempestad.*)
MUÑ. —(*despues de un instante en que ha asomado feroz sonrisa á sus labios.*)
¿Y te darás la muerte, si iracundo
En calabozo lúgubre te lanzo?....
CEL. —No lo dudeis.
MUÑ.— ¿Y si á tu Berta amada
Miras pisar las gradas de un cadalso,
A gritos demandándote la vida,
Teniendo atado á su garganta el lazo?
CEL: —¡Mi Berta!.... ¿y qué delito cometiera?....
MUÑ.—Habla: impaciente tu respuesta aguardo.
CEL. —Me mataré tambien.
MUÑ.— ¿Y si á Sotelo
Ves en la atroz tortura rebramando
De angustias y dolor, pidiendo á voces
Perdon! perdon! y del convulso labio,
Entre horrorosos penetrantes ayes,
Execrables blasfemias arrojando?

CEL. —¡Oh Dios! *(cubriéndose el rostro.)*

MUÑ.— Responde al punto, Celestina
¿Valor tendrás para mirarle?....

CEL. — ¿Acaso
Sois ángel de terror, que del abismo
Sale á oprimir mi pecho con espanto?

(Un trueno.)

¿No temeis del Eterno la venganza?
¿No oís, no oís como retumba el rayo?

MUÑ. —Nada temo. Habla pronto. ¿Qué resuelves?....

(Pausa.)

CEL. —Me mataré tambien, feroz tirano.

(Muñoz duda por un momento entre irse ó permanecer; al fin vase precipitado por la izquierda, Celestina cae en uno de los almohadones del estrado.—Algunos instantes despues aparece Berta por el fondo, mira cautelosamente á todos lados, se precipita hácia Celestina, y se sienta junto á ella.)

IX.

CELESTINA, BERTA

BER.— Aquí estoy, madre querida,
Volved gozosa á la vida:
El cielo su ardiente cólera,
Por nuestra dicha aplacó.
Ya no temas al tirano:
Sus artes serán en vano:
Las armas tu esposo intrépido
Ya generoso empuñó.
¡Mas cielos! ¿qué es lo que veo?
¡Ay! á mis ojos no creo....
Tienes el semblante pálido,
Y en tu mano está un puñal.
Abrázame, madre mia... *(la abraza y la besa.)*
Me hiela tu frente fria....
¿Por qué así te miro trémula?

¿Te ha sucedido algun mal?
  Mitiga el duro quebranto
Que baña mi rostro en llanto....
CEL. —Mi Berta, serémos víctimas
De esa serpiente cruel.
BER. —No lo temas. En la tumba
Ya su planta se derrumba:
Al pueblo verás de súbito
Que fiero acude en tropel;
  Y que al palacio se allega:
Sus puertas al fuego entrega,
Las desquicia con estrépito,
Y entra lleno de furor:
Busca hasta su alcoba misma
Al déspota, que se abisma
Desalentado y atónito
Oyendo sordo rumor.
  En torno de sí recorre
Con la vista, y luego corre
Del palacio por los ámbitos,
Al trueno del arcabuz.
En vano á sus guardias llama:
Solo mira que la flama
Do quiera se extiende rápida
Lanzando siniestra luz.
CEL. —¡Cómo te ciega el deseo!
Yo solo infortunios veo.
Huye, Berta, de ecta cámara
Y no vuelvas á ella mas.
Huye del polacio presto
Huye del signo funesto
Que nos persigue, y en Méjico
Jamas te vean....

BER.— ¡Jamas!
¿Y tú, Celestina, quieres?....
No puede ser, ó ya no eres
Como en nuestros dias prósperos,
En que unidas......
CEL.— ¡Ah!
BER.— —Las dos....
[Levantándose: Celestina hace lo mismo.]
Mas el tiempo no perdamos.
Vamos, Celestina, vamos,
Que ya tu esposo esperándote......
CEL.—Mi esposo!....
BER.— Mírale.
CEL.— ¡Oh Dios!

Sotelo aparece por la puerta del fondo; Celestina, al verle, corre, se precipita en sus brazos, y estrechados permanecen algunos instantes.]

X.

CELESTINA, BERTA, SOTELO.

[Crece la tempestad, y va en aumento hasta el fin de la jornada.]

SOT.—¡Ah Celestina mia!
¿Será verdad que tengo entre mis brazos
A mi amor, á mi bien, á mi consuelo?.....
¿Será verdad que el cielo
Aplaca la ira de la suerte impía?....
¡Oh cuánto padecí!...Mi error perdona:
Yo te ofendí, mi dueño,
Y con feroz empeño
Tu corazon despedacé insensato;
Empero el velo se rasgó, y ardiente

Tu agravio y mi baldon de vengar trato.
—Habla, por compasion; que oiga tu acento,
Que mi alma se embriague de contento
Al escuchar tu voz encantadora.....
¡Cuán feliz soy ahora!
Ya no temo perderte,
Ya no temo á la suerte,
Ya la sangre en mis venas se acalora.
—Habla....

CEL.— No puedo.... El corazon me mata....
Mi fantasía, perturbada y ciega,
Mis ideas confunde,
Y de placer me anega.
—Al opresor temia;
Pero he sabido resistir....La muerte,
Antes que verme deshonrada y triste,
Antes, Sotelo mio, que perderte.

SOT.—No morirás, mi bien. Siento en mis venas
Arder la rabia y el furor altivo.
Cesarán nuestras penas;
Romperé las cadenas
Que nuestro cuerpo oprimen,
Borraré la señal que en él imprimen.
—Visitador, venid, aquí os espero:
Arrancad de mis brazos á mi esposa;
Venid con vuestra guardia poderosa,
A todos hablaré con el acero.

CEL.—No alarmes á la fiera sanguinosa.

BER.—Nos escuchan quizá...

SOT.— [*sin atenderlas.*] De encono muero.
Rios de sangre correrán: ¡lo juro!
O moriré como hombre en la demanda.
Manda, perverso, á tus soldados, manda!

En mi cuchilla encontrarán un muro.

[*A Celestina.*]

Nos favorece el cielo:
¿Oyes tronar de Dios la voz potente?
¿Sientes temblar el suelo?
¿Del relámpago ardiente
No ves la luz veloce y reluciente?

[*Abrazando á la vez á Celestina y á Berta.*]

¡Oh noche de placer! ¡Dios poderoso!
Tú que al mísero huérfano protejes,
No á esta familia en desamparo dejes
En este mundo impío y borrascoso.
Ha estendido su mano
El Supremo Hacedor, y la luz cubre.
Su poder soberano
Nos servirá de guia
Por entre medio la tiniebla fria.
Sígueme, Celestina;
Yo volveré despues á esta morada
Empuñando frenético la espada.
A ser libertador de aqueste pueblo
El cielo bondadoso me destina.—
Síguenos, Berta, mi querida Berta:
la que abriga en su pecho un alma pura,
Modelo de virtud y de hermosura,
Mi consuelo y mi bien.

[*Al irse todos, Tristan sale por la izquierda*]

TRIS.— No hallareis puerta.



XI.

CELESTINA, BERTA, SOTELO, TRISTAN.

CEL.—¡Oh cielos! Perdidos somos.
BER.—¡Ah señor! piedad! piedad!
SOT.—[*sacando la espada.*]
Traspasando vuestro pecho
Mi espada la encontrará.
A vuestro dueño y á vos
Buscaba lleno de afan.
TRIS.—Aquí me teneis, Sotelo;
Mas vuestra rabia calmad:
No vengo como enemigo,
Sino como hombre de paz.
Del palacio ya cerradas
Todas las puertas están,
Pues Muñoz ha descubierto
Que aquí, Sotelo, os hallais.
Iban á prender á Núñez;
Pero ha podido escapar.
A vos os guardan la muerte....
SOT.—Que vengan.
TRIS.— No, no temais:
Vos me salvásteis la vida,
Y ahora os la vengo á pagar.
SOT.— ¿Yo la vida?
TRIS.— Vos; no ha mucho,
Cerca de aquí, ¿os acordais?
[*Sotelo guarda la espada.*]
—Hay una puerta escusada

En el palacio, y que da
A la calle; yo y Muñoz
La conocemos no mas.
Os conduciré; mas luego
Que del palacio salgais,
Ya no seré vuestro amigo,
Sino contrario mortal.
Os favorece la noche:
Negra, borrascosa está;
Por entre las negras sombras
Hallareis la libertad.
No hay momentos que perder;
Seguidme presto.

SOT.— ¡Jamas!

TRIS.—¿Qué decís? . . .

SOT.— ¿Quién me asegura
Que hablais con sinceridad?
¿No podrá ser este un lazo
Que tendeis para mi mal?

TRIS.—Si yo perderos quisiera,
¿Tendria necesidad
Mas que de traer soldados
Que os prendiesen? Ademas
Llevad, Sotelo, en la diestra,
Si os quereis asegurar,
Este puñal que os presento. . . . . [*La accion.*]
Vamos, Sotelo, tomad. [*Sotelo rehusa.*]
Iré delante de vos;
Y luego que conozcais
Que soy un traidor infame,
Con furia me le clavad.
Pero vamos al momento

Porque Muñoz llegará.
Tomad..... [*Dándole el puñal.*]

SOT.— ¡Nunca!..... no lo tomo,
No quiero vuestro puñal.
Confio en vuestra palabra;
Y si acaso me engañais,
La cólera del Eterno
De un traidor me vengará.

[*Se oye ruido de armas por la izquierda.*]

Marchemos, que ya las armas
Oigo allá dentro sonar:
Muñoz se acerca......

TRIS.— Marchemos.

CEL.—Vamos con velocidad,
Berta mia, y Dios permita
Que nos podamos salvar.

[*Vánse precipitados por el fondo; Berta los sigue hasta la puerta, y se vuelve sin que ellos lo noten.*]

XII.

BERTA.

[*Se escucharán hasta el fin de la jornada, truenos repetidos que produce la tempestad.—Esta escena y la siguiente deberán ser ejecutadas con la mayor rapidez posible.*]

BER.—¡Qué miro!... Soldados!... armas!

(*Pasos dentro.*)

No, por aquí no entrarán.

(*Corre á la puerta de la izquierda, la cierra, dando vuelta á la llave, y la atranca con su cuerpo.—Empujan la puerta por dentro.*)

Que se salve Celestina,
Y perezca yo.

MUÑ.—(*dentro.*) Tirad
Esa puerta.

(*Golpes dentro.*)

BER.—[*con el acento de la desesperacion.*]

¡Horrible trance!

Señor, amparo me da.

[*La chapa se rompe: Berta cae al empuje de la puerta.*]

XIII.

BERTA, MUÑOZ, SOLDADOS.

MUÑ.—[*recorre con la vista rápidamente la escena, y esclama despechado.*]

¡Se han ido! . . .

[*Saca violentamente de su cintura un puñal, y hiere á Berta, que hincada abraza sus rodillas.*]

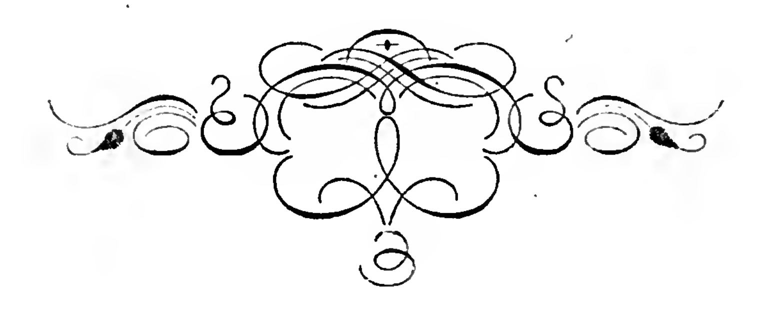
—Muere. . . .

BER.—[*cayendo exánime.*] ¡Dios mio! . . .

MUÑ.—[*yéndose por la puerta del fondo, seguido de la guardia.*]

Sigamos á los demas.

Fin de la jornada segunda.



JORNADA TERCERA.



Nunca la sombra vil vieron del miedo.
CALDERON.—El sitio de Bredá.

[*Sala pobre en una casa de la calle de los Rebeldes, junto al colegio de San Juan de Letran.—Una puerta á la izquierda de los actores, otra en el fondo; á la derecha una ventana con celosías; sillas toscas de madera labrada.—Noche.—En esta jornada aparecen vestidos de luto Sotelo, Celestina y Núñez.*]

I.

CELESTINA.

Aparece sentada, y como hundida en una profunda afliccion: sus ojos estarán aún húmedos con el llanto.]

¡Muerta! . . . muerta sin piedad!
Resonaron sus gemidos
A la par que los bramidos
De la horrible tempestad. . .
¡Oh noche de atrocidad,
Para el crímen abortada,
Y con sangre señalada!. . .
Noche fatal y siniestra,
¿Por qué del Señor la diestra
No te sepultó en la nada?
Caminabas entre flores,
Oh niña inocente y pura,
Gozando de la hermosura
De sus variados colores:

Sus apacibles olores
Tus sentidos confundieron,
Y tus ojos no advirtieron
Que bajo tapiz tan pulcro
Se ocultaba hondo sepulcro
Donde tus plantas se hundieron.
Quizá al morir pronunciaste
Mi nombre en voz apagada,
Y trémula, ensangrentada,
Quizá ansiosa me buscaste.
Oh niña, que tanto amaste
A esta infelice muger,
No me queda ni el placer
De hincarme en tu sepultura,
Y sobre la losa dura
Una lágrima verter.

[*Silencio.*]

Dentro tu seno fecundo,
Madre comun, tierra fria,
¿Cuándo de la suerte impía
Me alejarás, y del mundo?
Contra el hado furibundo
Solo la tierra es el puerto:
Allí sosegado, muerto,
Halla el hombre su fortuna...—
La mas delicada cuna
Seria el sepulcro yerto!
Desde hoy mas, cuando levante
Su faz la pálida luna,
Verá rodar una á una
Lágrimas por mi semblante;
Y vagando delirante
Entre amargura y dolor,—

De mi labio sin color
Tristes gemidos saldrán,
Y mis quejas se alzarán
Hasta el trono del Señor.

CELESTINA, NUÑEZ.

II.

[*Núñez aparece por el fondo, con los brazos cruzados y muy pensativo.*]

CEL.—[*levantándose.*]
¿Ya estais aquí, Gonzalo?
¿Dónde dejásteis á mi amado esposo?
¿Por qué sin él os veo?
No sois, á la verdad, muy cuidadoso:
No habeis cumplido bien con mi deseo.
NUÑ.—Nada temais, señora;
La vida de Sotelo está segura.
CEL.—¿Adónde se halla ahora?
NUÑ.—De sombría tristura
Su varonil semblante oscurecido,
Vaga inquieto, afanoso, convocando
A todos sus amigos, que anhelando
Dar al déspota muerte,
Ya preparan el hierro enmohecido.
Aquí deben venir, este es el punto
Que para su reunion han elegido.
CEL.—¿Cuál será nuestra suerte
Si Muñoz lo sorprende, Dios Eterno?
NUÑ.—No hay nada que temer: os lo aseguro.
Esta casa infeliz donde habitaron
Los que indefenso al mundo me arrojaron,
No es conocida del tirano impuro.

Contiguo está Letran: por él la puerta
Para escapar tendremos,
En el instante mismo que observemos
Que esta mansion ha sido descubierta.
CEL.—¿Y qué necesidad, Nuñez, habia
De tal conjuracion?—¡Murió mi Berta!...
Dejar este país mejor seria.
NUÑ.—Dejarlo, sí... ¡Dejarlo!... Yo el primero
Me alejaré del suelo mejicano...
Pero ántes en el pecho del tirano
Mil y mil veces hundiré el acero.
Deste país de execracion, de muerte,
Partir será forzoso, sí, forzoso!...
—Tierra de maldicion, ¡oh cuán dichoso
Seré cuando consiga ya no verte!
—Cien veces pude ahogar entre mis brazos
Al déspota Muñoz; de rabia lleno
Pede haber arrancado de su seno
Las pérfidas entrañas á pedazos.
Pude beber su sangre emponzoñada
Para irritar la rabia de mi pecho;
Pude bajo mis piés verle deshecho
Al rudo golpe de mi dura espada!
¿Por qué no lo hice?... imbécil! miserable!
No padeciera, no, cual hoy padezco.
El cielo me castiga: lo merezco:
Fuí de Muñoz esclavo despreciable.
Pero aun es tiempo, es tiempo todavía;
Sonará presto de su muerte la hora.
Mañana al relucir la dulce aurora,
Le verá presa de la tumba fria!
¡Cómo se alza en mi pecho la esperanza!
¡La esperanza! de Dios rayo luciente...

¡Ah! cómo se alza en mi agitada mente
Devorador deseo de venganza!
El hombre débil que la frente humilla
Bajo el látigo infame de un tirano,
Merece que de un vil la torpe mano
Imprima la deshonra en su mejilla.
CEL.—Callad, por compasion. Furor insano
Agita vuestro seno proceloso.
¿Sangre quereis verter? ¿quereis venganza?
¿Qué espíritu maligno,
Qué irresistible signo,
A difundir el esterminio os lanza?
Sois poco generoso:
Esas ideas desechad al punto
De vuestra fantasía;
No al precipicio oscuro y escabroso,
Como niño sin guia, os dejeis arrastrar.....
NUÑ.— Es imposible.
CEL.—¿Imposible? ¿por qué? ¿No son bastantes
Las penas todavía
Que nos hace sufrir la suerte impía?
NUÑ.—Escuchadme, señora,
Y me disculpareis.—Huérfano y pobre
En el mundo vivia;
Y en medio á mi dolor me figuraba
Que Dios me rechazaba
Y lleno de furor me maldecia.
Para mí no sonaba
La voz consoladora
De la amistad, que tanto apetecia;
Pues ni á vos ni á Sotelo conocia,
Que sois mi alivio, mi esperanza ahora.
CEL.—¿Qué hablais?......

NUÑ.— Pura verdad. ¿Quereis que calle?....
¿Quereis que dentro el alma
En despreciable calma
El grato bien reciba
Que me alarga una mano compasiva?
—Os dije que era huérfano, señora,
Sin amparo ni abrigo,
Sin apoyo ni amigo:
Solo, como en el árido desierto
La palma vividora,
Necesitaba un ángel inocente
Que fuera mi consuelo, mi tesoro,
Que con sus manos cándidas mi lloro
Enjugara clemente.
Que llenara el vacío de mi pecho,
Que ocupara mi ardiente fantasía,
Que al corazon volviese la alegría,
Del mortal á despecho..
Y que, con sus caricias deliciosas,
Su dulce voz y su mirar amante
Pudiera disipar de mi semblante
Las nubes tenebrosas.
Encontré esta muger: bella, sensible,
Tierna, sencilla, pura......
Era un niño inocente,
Era aurora luciente,
Destello del Señor era apacible.
No hubiera yo trocado una caverna
Por un trono en el sol, sin ella al lado;
Y un infame, un malvado
Me la arrebata todavía tierna!.....
—¡Oh mi Berta infeliz! si desde el cielo,
Donde debes estar, ves á tu amante,

Dale fuerzas, protégele: su mano
Rasgará el pecho al que te dió la muerte,
Y ahora la cabeza alza triunfante.
—Si verdinegra sierpe venenosa
Relazara mi cuello y le oprimiera,
Y con filosos dientes, rencorosa
Mi triste pecho sin cesar rompiera;
Ningun esfuerzo hiciera
Por arrancarla, y firme sufriria
El amargo dolor y la agonía;
Pero con tal de que ávidos miraran,
Saltando de sus órbitas, mis ojos,
De Muñoz desgarrados los despojos,
Y en su sangre mis miembros se bañaran.
CEL.—Esa sed de venganza, al precipicio
Os arrastra veloz.—Tambien yo amaba,
Tambien yo idolatraba
A la muger que lamentamos muerta,
A la infelice, malograda Berta.
Pero yo alivio mi dolor, llorando
Su acerba desventura,
Su muerte prematura,
Y al Dios Eterno con fervor rogando,
Conseguiré algun dia
Que de la suerte impía,
Que feroz nos persigue,
El bárbaro rigor al fin mitigue.
NUÑ.— Para llorar el infortunio adverso
Creó el Señor á la muger sensible,
Y es formado su labio
Para calmar al Dios del universo:
Empero contra un déspota temible
Que agravio sobre agravio

Al mortal infelice hace perverso,
De fuerza debe armar el hombre su alma
Para adquirir la palma
A la constancia y al honor debida:
No consuma su vida
En impotente y vergonzosa calma.

CEL.—Si la muger criada
Fué para orar, para llorar tan solo,
Es ciertamente bien desventurada!
Ver en peligro lo que mas adora,
Despues del Dios Eterno,
Y no poder volar á defenderle,
No poder, si le hieren, socorrerle,
Y sentir los martirios del infierno!
—¡Oh dolor sempiterno,
Que el corazon me rompes furibundo!
¿Cuándo me alejarás de aqueste mundo?

NUÑ.—¡Infeliz Celestina!
¡Oh cuánto vuestra suerte compadezco!
¡Cuánto al veros padezco!....
¿Por qué la ira divina
Su furor ceba en la muger hermosa?.....

[*Pasos dentro, hácia el fondo.*]

CEL.—Nuñez, ¿oís?.... ¿oís?.... Alguien se acerca....
En esta noche negra y pavorosa
Mucho temer debemos.

[*Nuñez se asoma por la puerta del fondo.*]

NUÑ.—Por fin llegó.

CEL.— ¿Quién es? Hablad, Gonzalo.
Tiemblo...... ¿Quién es?

NUÑ.— Don Baltasar.

SOT.— [*en trando por el fondo.*] ¡Esposa!

— —

III.

CELESTINA, NUÑEZ, SOTELO.

CEL.—Baltasar, ¡cuánto tardabas!
Dolores, penas agudas,
Atormentaban mi pecho
En encarnizadas luchas.
Ya me figuraba verte
Entre las garras impuras
De la fiera sanguinaria
Que nos persigue iracunda.
Mas no es así, no; ¡qué dicha!
¡Qué imcomparable fortuna!
Te estoy mirando á mi lado,
Junto de mí estás, no hay duda.
SOT.—Sí; Celestina adorada,
Contigo estoy, y se funda
Mi felicidad en verte,
En comtemplar tu hermosura,
En escuchar arrobado
Las palabras que pronuncias.
Mas presto debo dejarte:
Ya mis amigos empuñan
Las espadas, que al tirano
Sepultarán en la tumba.
Yo sus almas he movido:
Lo debí hacer, que ya es mucha
Esta servidumbre infame
Que nos consume y abruma.
Basta ya de sufrimientos,

De humillaciones injustas,
Que envilecen nuestras almas
Y el corazon nos enlutan.
Aquí mis amigos todos,
Llenos de fuerza y bravura,
Se reunirán esta noche
A la secreta consulta.
—Velad á la puerta, Nuñez,
Y esperad los de la junta:
Ya sabeis la contraseña.

NUÑ.—[*yéndose por la puerta del fondo.*]
Sí señor.

IV.

CELESTINA, SOTELO.

SOT.— Calma tu angustia.
CEL.—Teme una desgracia, esposo,
Y mis consejos escucha.
No á tu perdicion te arrojes
Con desordenada furia,
Que no solo tú pereces,
Sino tambien...... ¡Ah! cuál turba
Mi mente triste presagio
Que mis ideas ofusca.
Miseria, muerte, esterminio
Estoy mirando circundan
A Méjico desolada,
Y ya fieros la aseguran.
SOT.—¿Por qué, Celestina mia,
El corazon te atribulas
Representándote escenas

De sangre, horror, amargura?
¿Por qué con afan molesto
Empeñada siempre buscas
El modo de atormentarte
Con imágenes que asustan
Tu corazon, y que están
De toda verdad desnudas?
Está preparado el golpe:
Nuestra victoria es segura.
¿Qué temes? Presto al tirano
Verás débil, sin ayuda,
Pálido, sin voz ni aliento,
La faz llorosa y confusa,
Pedir perdon prosternado
A los que hoy altivo burla,
A los que inhumano ahora
En subterráneos sepulta.
CEL.—Y si la desgracia nuestra
Hace que triste sucumbas
Bajo su poder inmenso,
¿Qué será de mí? ..... ¿Te turbas?
SOT.—Nada temas: un hermano
Me concede la fortuna;
Será tu apoyo y defensa,
Y del Estado columna;
Sabrá vengarme valiente,
Yendo de Muñoz en busca;
Sabrá arrancar de sus garras
Al pueblo, que atroz subyuga.
Mi hermano es Diego Sotelo:
Tú conoces su bravura,
Su constancia, su firmeza,
Y sabes, cual yo, que nunca

De un déspota las infamias
Ni las bajezas adula.
CEL.—Mas no está en Méjico.
SOT.— Es cierto;
Pero vendrá con presura,
Que ya le escribí una carta
Y se la he mandado oculta;
Le digo en ella que luego
A mi llamamiento acuda;
Y lo hará, seguro estoy:
Caminará con premura
A socorrer á su amigo,
Presa del dolor y angustia.
Desde la infancia mas tierna,
Ante las aras augustas,
Juramos amor eterno,
Juramos defensa mutua.
Si á un afrentoso cadalso
Me arrastrara la fortuna,
Diego volara á vengarme
Y pereciera en la lucha.
Mas tú lloras, Celestina,
El dolor tu faz anubla:
¿Por qué desolada entregas
El alma á las penas duras?
CEL.—¡Ah! solo hallaré reposo
Bajando á la sepultura.....
Huyamos, Sotelo mio;
Mis penas, mis ansias juntas
El corazon me comprimen
Y despedazan con furia.
Este país malhadado
Entre la quietud nocturna

Dejemos, dejemos pronto,
Y no regresemos nunca.
Una vida de tormentos
Mi fantasía me anuncia,
Y veo que la desgracia
Ya se aproxima iracunda.
Desde su solio esplendente
Cuida Dios á su criatura:
El, que es sabio y justiciero,
Vengará nuestras injurias.

SOT.—¿Y en tanto, prófugo y triste,
Llena el alma de pavura,
De mi esposa acompañado
Iré por estraña ruta,
Entre cansancio y fatiga,
Y entre la pobreza ruda,
A buscar tétrico asilo
En negra, escabrosa gruta?

[*Aparecen los conjurados; Nuñez cierra la puerta del fondo.*]

¿Y en tanto al déspota fiero
Alzando la faz sañuda
Y oprimiendo al mejicano,
Veré que bárbaro triunfa?
No, jamas. Si á los perversos,
Que de la virtud se burlan
Y oprimen á la inocencia,
Dios indignado derrumba;
Si halla recompensa el justo
Allá del cielo en la altura,
Y entre ángeles relucientes
Un puesto por fin ocupa;
Tambien el hombre en la tierra,
Con diestra firme y robusta

Debe, contra los tiranos,
Alzar la espada desnuda,
Y hacer brotar de sus venas
La sangre negra y corrupta.
—Pero ya nuestros amigos
Inpacientes me circundan,
Y estoy mirando en sus rostros
Deseos de entrar en pugna.
—Vete, Celestina mia,
Nada temas.

CEL.— Dadme ayuda,
Dios Eterno y poderoso,
Para sufrir tanta angustia.

[*Váse por la puerta de la izquierda.*]

V.

SOTELO, NUÑEZ, DON PEDRO DE QUESADA, DON BALTASAR DE QUESADA, DON FERNANDO DE BOCANEGRA

Y CONJURADOS.

SOT.—¡Amigos!

[*Todos saludan á Sotelo: éste se sienta, invitando á los demas á hacerlo.*]

—La hora llegó de la prueba:
Armaos de fuerza, constancia y valor.
De Méjico débil seremos columnas,
En sangre bañado perezca Muñoz.
Cubiertos de espanto miramos encierros
Do nunca penetran los rayos del sol:
En ellos gimiendo la víctima triste
Espira entre angustias y amargo dolor.
Y vemos do quiera cadalsos horrendos,

Cobardes verdugos de rostro feroz,
Las calles y plazas regadas de sangre,
Familias cubiertas de luto y pavor.
Y en tanto en un trono, cual fiero monarca,
Se sienta orgulloso el déspota atroz,
Cercado de guardias, de viles esclavos,
De fausto y grandeza, de régio esplendor.
¿Iremos rendidos, los ojos en tierra,
Latiendo alarmado el vil corazon,
A hincar la rodilla delante del trono,
Con rostro amarillo de miedo y terror?
Jamas tal bajeza permitan los cielos.
En vez de abatidos pedirle perdon,
Su pecho destroce la espada buïda:
Muramos! empero morir con honor.

PED.—Valiente Sotelo, tu voz poderosa
Infunde en mis venas volcánico ardor;
Estoy impaciente de entrar en combate:
Entremos! entremos! delante iré yo.
Cubierta de canas mi frente rugosa
Mirais, mis amigos; mas tengo valor;
Aun fuerzas conserva la trémula mano,
Aun late sañudo mi fiel corazon.
Más quiero teñidas de sangre mis canas,
Más quiero en cadalso morir al rigor
De ruda cuchilla, que una alma cubierta
De vileza infame, de feo baldon.

SOT.—Ilustre Quesada, anciano valiente,
Que tiene de un jóven el fuego y vigor,
Sereis el caudillo: jamas hallaremos
Un hombre mas firme, mas digno que vos.

PED.—A tí pertenece, Sotelo, ese cargo,
Como á tí, á ninguno Muñoz agravió;

Tú tienes derecho de ser el que mande.
—¡Sotelo es el gefe! [*A los conjurados.*]

TODOS.—(*menos Sotelo y D. Pedro de Quesada.*) ¡Que sea!.... [*Silencio.*]

SOT.— Muñoz
Agora en los brazos de sueño apacible,
De ser sorprendido no tiene temor.
Al punto volemos; es débil su guardia,
De darle mil golpes llegó la ocasion.

BAL.—No creo prudente que váyamos ora;
El cielo está limpio, su claro fulgor
Esparce la luna: parece que brilla
En medio al espacio la llama del sol.

NUÑ.—¿Acaso tendremos que estar esperando
Que el cielo se cubra de oscuro color
Para ir valerosos, la espada en la diestra,
A dar al tirano la muerte feroz?
Que espere el cobarde, el vil asesino,
De espesas tinieblas el manto de horror;
De luna apacible la luz no es temida
Del hombre que salva la opresa nacion.

SOT.—Demas que bastantes ya somos nosotros;
Es débil la guardia, repito, y valor
No falta en los pechos para ir, cual valientes,
A hundir en la tumba al bajo Muñoz.
¿Quién puede mas tiempo sufrir vilecido
A ese hombre que infame nos roba el honor?
A ese hombre altanero, que á mengua tendria
La gorra quitarse delante de Dios.

BOC.— Do quiera que llevo la planta, señores,
Escucho las quejas del hombre infeliz,
Que al cielo elevando sus tristes clamores,
Desea del yugo librar la cerviz.
Alzando nosotros la voz de venganza,

Al punto los bravos irán en tropel,
Blandiendo el acero con firme pujanza,
Al débil palacio del monstruo cruel.
NUÑ.—Si alguno atrevido miró frente á frente
Su rostro, do el crímen el cielo marcó,
Al punto, lanzando quejido doliente,
Del potro las aspas temblando sintió.
SOT.—Parece que al cielo declara la guerra,
Y quiere al Eterno su solio usurpar,
Que altivo, soberbio, jamas á la tierra
La erguida cabeza se digna bajar.
BAL.—Aquel que á su vista desplega los labios,
Cargado de hierros en cárcel se ve.
PED.—Aquel que no llora funestos agravios,
De amigo el cadáver detiene su pié.
BOC.—¿De cándida vírgen que llora al amante,
Los hondos gemidos en vano serán?
¿Los hombres, inmobles, la espada tajante,
De orin renegrida, colgada tendrán?
PED.—¿Habremos dejado los cielos de allende,
Los campos de España, la tierra del Cid,
Para que un cobarde, un déspota aquende
Nos llene de infamia, de oprobio?.... Decid!
NUÑ.—Los que hemos nacido en este hemisfero,
¿Habremos de humildes el yugo sufrir?
¿No habrá entre nosotros un solo guerrero
Que sepa la espada con fuerza blandir?
¿Nos falta el aliento? ¿nos faltan puñales?
¿Acaso la muerte nos causa pavor?....
BOC.—Estamos resueltos, y somos leales;
Aun arde en los pechos sublime furor.
SOT.— Por cruda venganza mi pecho palpita,

Venganza mi esposa requiere tambien,
La sombra de Berta, ¡venganza! nos grita.....
NUÑ.—Venganza reclamas, ¡venganza! mi bien!
BOC.—La cárcel horrenda, ¡venganza! retumba:
Palabra que al cielo vibrando llegó.
PED.—Del íntimo seno de cóncava tumba
La voz de venganza tronando salió.
SOT.—Marchemos! que el tiempo se avanza veloce.
Hoy mismo daremos el golpe fatal.
PED.—Hoy mismo. [*Se levanta: todos le imitan.*]
TODOS.— Marchemos!
SOT.— El monstruo feroce
Espire entre sangre!
UNOS.— Sí! sí!
OTROS.— ¡La señal!
SOT.—Al punto esparcidos, silencio guardando,
Al débil palacio violentos marchad,
Y en él, á los guardias con fuerza atacando,
Al déspota fiero rabiosos buscad.
Ya os sigo: no tardo.
TODOS.—[*menos Sotelo.*] ¡Marchemos! ¡marchemos!
SOT.—De "Muera el tirano" daré yo la voz;
Y luego, cual tigres, furiosos entremos......
¡Pensad en la gloria!.....
TODOS—[*al irse, menos Sotelo.*] ¡Que muera Muñoz!

VI.

SOTELO, NUÑEZ.

(*Sotelo se queda pensativo; luego va precipitadamente hasta la puerta del fondo, toma de una mano á Nuñez, que ya se iba con los demas, y le conduce al proscenio.*]

SOT.—¿Me amais, Gonzalo?

NUÑ.— Quien lo dude, al punto
Probará el filo de mi fuerte acero.
SOT.—Esas palabras, generoso Nuñez,
De gozo llenan mi afligido pecho.
NUÑ.—¿Quereis de mi amistad alguna prueba?
SOT.—La exijo.
NUÑ.— Hablad.—¿Quereis mi vida?
SOT.— Quiero
Sacrificio mayor.
NUÑ.— ¿Cuál es? decidme:
Estoy pronto: mandad.
SOT.— Lo que pretendo
Es mucho, es mucho......
NUÑ.— Si exigís que inmoble
Sufra del potro los martirios fieros,
Estoy pronto: ni un grito, ni un gemido
Se escapará de mi angustiado seno.
Por Dios potente y por mi honor lo juro;
Y yo sabré cumplir lo que prometo.—
Aquí teneis mi mano.
SOT.—[*tomándola con afecto.*] Jóven digno
De mas benigna suerte, yo agradezco
Tu buena voluntad: viertes en mi alma
El bálsamo suave de consuelo.
—Celestina infeliz, mi cara esposa,
Queda entregada á su letal tormento,
Sin que una mano generosa y pía
Venga á aliviar su corazon opreso.
¿Qué será della en tan amargo trance,
Sin mas apoyo que el benigno cielo?
Sola, y hundida en el profundo abismo
De zozobras, temores y recelos,
Por los pesares comprimida el alma,

Cederá del dolor al duro peso.—
Tú la acompañarás, mi fiel Gonzalo:
De tu amistad esto es lo que pretendo.
NUÑ.—¿Y pretendeis que cual muger, cual niño,
En calma permanezca en este encierro,
En tanto que los otros, mas felices,
Vuelan, la espada con furor blandiendo,
Al palacio del déspota feroce
A matar ó morir como guerreros?
SOT.—Idos.—Ya sé que un solo, un solo amigo
En este mundo de dolor no tengo.
NUÑ.—¡Ah!...¿qué dije? ¡Perdon! Mi fantasía
Es un mar agitado por los vientos.....
Volad, don Baltasar; yo á vuestra esposa
Serviré de defensa y de consuelo.
SOT.—[*estrechándole la mano.*]
¡Caro amigo! mi hermano! si en la lucha
Que por mi honor y la virtud emprendo,
Una cuchilla ó ardorosa bala
Rompen con furia mi agitado pecho,
Y entre el horror de la tremenda pugna
Quedo por tierra desangrado y muerto,
Tú serás el sosten de Celestina.
En compañía de mi hermano Diego
A otras naciones partireis, en donde
La tiranía atroz no tenga imperio.
Allí felices vivireis.....
NUÑ.— ¡Felices!
¿Felices, Baltasar?... [*Aparece Celestina.*]
SOT.—[*abrazándole.*] Gonzalo, siento
Que lágrimas descienden de mis ojos.....
¡Debilidad! ¡debilidad!...—El tiempo
Rápido vuela. Adios, hermano mio!
Tal vez por siempre: adios!......

NUÑ.— ¡Adios!
SOT.— ¡Oh cielos!

[*Al irse Sotelo apresuradamente por el fondo, ve á Celestina que está inmóvil y con los ojos clavados en él.*]

VII.

SOTELO, NUÑEZ, CELESTINA.

[*Nuñez se retira hácia el fondo, se sienta, inclina la cabeza pensativo.*]

CEL.—[*despues de un momento de silencio.*]
¿Y así te vas á recibir la muerte?.....
¿Y así precipitado, ardiente, ciego
Te vas de esta mansion? ¿No habrá siquiera
Un adios para mí?
SOT.— Grandes tormentos
Desgarran ya tu corazon, esposa,
Para afligirte mas. El hado adverso
Nos condena á sufrir duros martirios,
Nosotros aumentarlos no debemos.
Hoy los gemidos de virtud opresa
Me están llamando á combatir cual bueno:
Siento en mis venas el ardor terrible
Que anima en los combates al guerrero.
Miro de libertad los fuertes hijos
De la gloria sentados en el templo:
Yo los quiero imitar: oigo sus voces,
Y en ellas percibir mi nombre creo.....
Me llaman, sí, me llaman! ¡Celestina!....
¡Cómo palpita de placer mi pecho!
Suda mi frente, se estremece mi alma,
Lanzan mis ojos devorante fuego......
¡Oh dulce, oh dulce, indefinible gozo!
Me mata ¡oh Dios! me mata este contento!

Mañana, al relucir la luz del dia,
No soy un hombre, no, soy héroe excelso.
CEL.—¡Oh loca fantasía! ¡Dios! mañana
Mis ojos te verán tendido y yerto:
¡Mañana! no: tal vez dentro de una hora;
Mi angustia y mi dolor lo están diciendo.
SOT.—¿Por qué, mi Celestina, buscas siempre
De los pesares el fatal estremo?
¡Muerte! muerte! ¿y por qué? Los que pelean
Por fuerza han de tener un fin sangriento?
¿Tan cierta estás de que enemiga bala,
Venida de arcabuz firme y certero,
Mi corazon ha de rasgar? ¿Acaso
Carezco de valor, de noble esfuerzo,
Para impedir que rompan mi cabeza
Los cortantes fatídicos aceros?
Y aun cuando fuere así: gloria es y grande
Morir en los combates truculentos.
Morir por la inocencia perseguida,
Por la sublime libertad!—Yo mesmo
A Gil Gonzalez y á su hermano Alonso
Ví perecer en el cadalso horrendo:
Yo los miré, yo los miré! el verdugo
Sus cabezas tronchó con duro hierro,
Y de mis ojos lágrimas ardientes,
Quemando mis mejillas descendieron.
Odio, venganza atroz juré de entónces
A la audiencia y al rey. Cuando el empleo
De virey ocupó el marqués de Falces,
Se mitigó mi encono y mi despecho.
Yo le amé, le adoré. . . mas fué lanzado
Por vil calumnia de su infirme puesto;
Y cual tigre, cual peste asoladora,

Gigantesco se alzó Muñoz el fiero.
Yo le supe sufrir, bajé la frente,
Y toleré de esclavitud el peso.
Desde mi hogar pacífico y aislado,
Solo, y en triste oscuridad envuelto,
Ví levantar al monstruo la cabeza,
Ví de sus ojos el ardor sangriento,
Y ví el país temblando desplomarse
Al fuerte impulso de su soplo infecto.
Fué egoísmo, maldad! De mí apatía,
De mi necia apatía me avergüenzo:
Mas voy á reparar ora mi falta:
De libertar á Méjico aun es tiempo.
El déspota mi honor amancillando,
Súbitamente me arrancó del sueño,
Y afiló la cuchilla que esta noche
Ha de romper su envenenado seno.
CEL.—¡Fatal honor, que al hondo precipicio
Te arrastra, tu razon oscureciendo!
¡Fatal honor! que desolada y triste
Me abandona en el árido sendero
De una vida infeliz, que me arrebata
A mi bien, á mi esposo, á mi universo.
SOT.—No te aflijas así, querida mia;
Tu suerte entrega en brazos del Eterno:
El es el defensor de la inocencia,
De la virtud y la orfandad consuelo.
Si el crímen alza la orgullosa frente,
Su triunfo, Celestina, es pasagero,
Que cae al fin en el inmundo polvo
Cuando el potente Dios estiende el dedo.
El aire que respiro es una carga
Insoportable para mí. . . . . En el cielo

Busco del sol la magnitud sublime,
Y un helado cadáver solo veo:
Miro velados de funéreo luto
Los campos, la ciudad, el firmamento:
Todo es horrible para mí, y amarga,
Amarga como hiel la agua que bebo.
—¡Adios! ¡adios! mi cara Celestina:
O vencedor me encontrarás ó muerto!

CEL.—[*como saliendo de un ligero estupor, fijando en Sotelo sus ojos atónitos y llenos de lágrimas.*
¿Te vas, por fin?....

SOT.— Esperan mis amigos,
Empuñando impacientes el acero.
[*Abrazando á Celestina.*]
Dame los brazos..... ¡Ah! gozo divino
circula por mis venas cuando siento
junto á mi amante corazon el tuyo,
Y entrambos laten á la par..... ¿Qué veo?
¿Tú lloras, Celestina? ¿tú? ¡Dios mio!
¿Serán mis males en el mundo eternos?

CEL.—[*enjugándose las lágrimas.*]
Este martirio despedaza mi alma.
Dame, Dios de bondad, dulce consuelo!
Una voz se levanta aterradora
Del interior de mi agitado pecho,
Y mi desgracia atroz me pronostica,
Entre aullidos horribles y siniestros.

SOT.—Gran Dios! ¿qué debo hacer? honor me llama,
Amor liga mis piés..... ¡amor funesto!....
No, no..... Partamos, sí; partamos pronto!
Te esperan, Baltasar, tus compañeros,
Que mas firmes que tú..... No, la firmeza
Aun se abriga en el alma de Sotelo.....
Soy hombre, sí..... debilidad de niño,

De muger delicada, huye, huye presto.....
—Celestina, valor, en Dios confia....
El protege la causa de los buenos!
[*Abrazándola otra vez.*]
¡Adios, mi bien, adios!
CEL.— ¡Esposo mio!
SOT.—¡Una faja de luz miro en el cielo!

[*Separándose de Celestina con dignidad, alza Sotelo los ojos y manos al cielo, y se va precipitadamente por el fondo: Celestina cae en un sillon, cubriéndose el rostro; Nuñez permanece inmóvil, con los ojos en tierra, y cruzados los brazos.*]

VIII.

CELESTINA, NUÑEZ.

CEL.—[*Despues de un momento de silencio, y como teniendo la imaginacion estraviada, haciendo dilatadas pausas en su discurso, como lo indican los puntos.*]
Por fin se fué, se fué..... ¡Dios poderoso!....
¿Ya en mis brazos jamas volveré á verlo?...
Sí.... lo veré, pero tendido en tierra
Vertiendo sangre del llagado seno,
Lanzar de muerte el postrimer suspiro
Entre gemidos tristes, lastimeros.
Y su lívido rostro contemplando,
Y atronando los aires con lamentos,
Apresurada buscaré el sepulcro,
Como de salvacion único puerto......
¡Ah!... mi cabeza es un volcán ardiente....
Tiemblan y sudan á la par mis miembros,
Mi vista ofusca opacidad estraña,
Bajo mis piés volar la tierra siento.....
¡Todo es horror! todo es horror!.....
[*Levantándose despavorida y fijando los ojos en tierra.*]
—¡Dios mio!....
¡Qué ensangrentado y espantoso espectro

Ante mí se levanta formidable,
Una cuchilla con furor blandiendo!....

[*Temblando y con voz terrible.*]

¡Socorro!!!

[*Juntando las manos y en tono suplicante.*]

Por piedad no le asesines!
No asesines, cruel, á mi Sotelo!.....

NUÑ.—¡Celestina! [*mirándola espantado, y acercándose á ella.*]

CEL.—¡Qué voz!....

[*Mirándole con ojos inmóviles.*]

¿Qué es lo que quieres?.....
¿Vienes tú compasivo á socorrerlo,
O á hundirle otro puñal?....

[*Separándolo con dulzura.*]

Dejadle, amigo;
No interrumpais su apetecible sueño.....
Apartaos, dejadle!..... Su alma pura
Gozando está del eternal sosiego!....

NUÑ.—[*tomando una mano de Celestina.*]
¡Celestina! ¡oh dolor!.... ¿Habrás perdido
Acaso la razon?.... Signo funesto
Nos persigue tenaz..... Mírame: ¿acaso
No me conoces ya?.... Tu amigo tierno,
El que llora contigo tus desgracias,
Gonzalo Nuñez.....

CEL.— ¿De verdad?

NUÑ.— Yo mesmo:
¿No me conoces ya?....

CEL.—[*llorando.*] Sí; te conozco:
Tú eres mi solo, mi único consuelo.

NUÑ.—Te engañas, Celestina, existe un hombre
Que te idolatra delirante, ciego,

Que si morir acaso le mandaras,
La muerte se daria en el momento.
CEL.—¿Quién es? ¿quién es? ....
NUÑ.— Don Baltasar.
CEL.— ¡Mi esposo!....
Tienes razon, no me acordaba..... es cierto.....
[*Con acento dolorido.*]
¡Mi esposo! .... ¡cielos! ....
NUÑ.— Por piedad!
CEL.— —Habita
Acaso ya el palacio del Eterno.....
NUÑ.—Cálmate, Celestina: no así apartes
Tu fantasía del camino recto.
Tu esposo ante el palacio del tirano
Ora está como bravo combatiendo:
Dentro de presto le verás gozoso,
Entre los vivas del alegre pueblo,
Venir á colocar ante tus plantas
De la noble batalla los trofeos.—
¡Oh si yo tan feliz!....
CEL.— ¿Qué te detiene?
¿Por qué no vas como leal guerrero
A combatir junto á mi esposo amado?.....
Vuela, por compasion, vuela.....
NUÑ. No puedo.
CEL.—¿Tienes temor tal vez? Sígueme al punto:
Una débil muger te dará ejemplo.
NUÑ.—¿Yo temer, yo temer al enemigo?....
Te juro por mi espada que no temo;
Que de estar como estúpido encerrado,
Cuando llama el honor, estoy inquieto;
Que por alzar las armas enconoso
Y entrar en el combate estoy ardiendo;

Pero he empeñado mi palabra, y nunca
La pueden quebrantar honrados pechos.
Acompañarte prometí á tu esposo:
Mi deber es cumplir lo que prometo.
CEL.—¿Y qué puedo temer?.... Este parage
Parece un largo y tétrico desierto,
Nadie podrá venir. ¿Sabe el tirano
Que en esta triste habitacion me albergo?
Y aun cuando fuera así, ¿de visitarme
Tendria ahora por ventura tiempo?
NUÑ.—He dado mi palabra.
CEL.— La levanto!
Por la amistad y por tu honor te ruego
Que veloz te reunas á mi esposo,
Y que le auxilies en tan noble empeño.
NUÑ.—¿Y si vuelve otra vez tu fantasía
A perder la razon, el buen sendero?
CEL.—Ya estoy tranquila, sí: lo estás mirando:
Mi rostro, Nuñez, te lo está diciendo.
Dulce calma mi espíritu reanima:
Ya duerme el corazon en el sosiego.
Vuela, Gonzalo, vuela..... ¿No me escuchas?
Dame por compasion este consuelo.
¿Quién velará por la preciosa vida
De mi querido Baltasar?....
NUÑ.—[*yéndose precipitadamente.*] Yo mesmo.

IX.

CELESTINA. [*sentada*]

¡Oh consuelo celestial
El de una amante muger,

Cuando en trance tan fatal
Halla un amigo leal
Que sienta su padecer!
Que empuñando valeroso
La espada tajante y luenga,
A socorrer al esposo
Lleno de ardor se prevenga,
Y luego acuda afanoso;
Que su fuerte escudo sea,
Y si le mira caer,
No abandone la pelea,
Ni satisfecho se crea
Hasta morir ó vencer.—
Es del cielo la amistad
Don dulcísimo, sublime,
Es bálsamo de bondad,
Consuelo al triste que gime,
Esplendorosa deidad.
¿Qué fuera sin ella el mundo?
—Fuera un cadáver inmundo,
Cárcel con duras cadenas,
Pozo tétrico y profundo,
Abismo de eternas penas.
Sin ella, mi caro esposo
Ora tal vez moriria,
Porque nadie presuroso,
Blandiendo acero filoso,
En su ayuda acudiria.—
Ensánchase el corazon
Anegado en dulce calma;
Veloz huye la afliccion,
Y se apodera del alma
La grata consolacion.

Cuando la esperanza brilla,
El ánimo nada teme:
Luce ominosa cuchilla,
La tierra bramando treme,
Y el corazon no se humilla.....

[*Se levanta.*]

Quiero el aire respirar,
Que el fuego mi frente inflama,
Y la abrasadora llama,
Despues del pecho inundar
Por las venas se derrama.

[*Abre la ventana y se asoma.*]

¡Qué silencio pavoroso!
Ni el viento siquiera zumba:
Todo, todo está en reposo.....
Parece el hueco espantoso
De la solitaria tumba!....
En brazos del torpe sueño
Los que la ciudad habitan,
Ceden al mortal beleño
Que á beber les dió su dueño,
Y á los valientes no imitan.
Desque al sepulcro bajó
Guatimoc el valeroso,
El mejicano perdió
Aquel ardor belicoso
Que mil veces demostró;
Y humilde y cautivo ahora,
Lanzando grito doliente,
Sus tristes desgracias llora,
Y ante España, su señora,
Dobla abatido la frente.

Y el temido castellano,
Descendiente del gran Cid,
Besa temblando la mano
De un orgulloso tirano
Que el rey mandó de Madrid.
¿Por qué vas á libertar
A esos esclavos del yugo,
Valiente y fiel Baltasar?
¿No miras que á ellos les plugo
La coyunda soportar?
De Gonzalez y su hermano
Las nobles cabezas vieron,
Tronchadas por hierro insano,
En el suplicio inhumano,
Y apenas se entenercieron.
Y acaso en cadalso impío
Te mirarán perecer! ....
¡Oh, qué horror! ..... ¡Esposo mio! ....
[*Cerrando la ventana y sentándose.*]
¡Qué feroz, qué horrible frio
Siento en mis venas correr!
Tiemblo toda..... ¡Dios potente!
¿Y yo le veré subir
Como un hombre delincuente
Hasta el cadalso inclemente,
Y en él la muerte sufrir? ....
¡Ah! primero sus entrañas
Abra la tierra bramando,
Y rugiendo las montañas
Se desquicien, sepultando
Las dos míseras Españas.
Parece que se conjuran
Los abismos en mi daño,

Parece que me aseguran
Y despeñarme procuran
Por la fuerza ó por engaño.
Ya mi razon se estravia.....
¡Socórreme, Dios Eterno!
¡Ah! piedad, Vírgen María!....
Prefiero la muerte impía
A este martirio de infierno!....

[*Permanece un instante silenciosa con los ojos fijos en tierra, como entregada á una profunda agitacion, y luego se levanta despavorida, registrando la pieza.*]

¡Qué escucho!.... Yo me estremezco.....
Alguien pasó junto á mí.....
Sí, yo misma lo sentí.....—
¡Oh Vírgen! cuánto padezco.....—
Todo está tranquilo aquí.....

[*Cayendo de rodillas.*]

Madre mia, Vírgen pura,
Por la letal amargura,
Por el dolor que sentiste
Cuando á Jesucristo viste
Tendido en la sepultura,
Consuela mi dura pena,
Arráncame la afliccion,
Rompe la férrea cadena
Que me oprime el corazon
Y alentar me deja apena.

[*Permanece silenciosa y luego se levanta.*]

Ahora sí, ya mi mente
Tranquilizada se siente:
Ya no sufre el fiero embate
De huracán que la combate
Con su furor inclemente.

[*Sentándose.*]

Están mis miembros cansados,
Y siento horrible temblor;
Mis párpados agobiados
Se cierran desalentados
De la fatiga al rigor.
Mi esposo ahora quizá
Ve de la muerte la saña;
Y exangüe, y convulso.....

[*Se oye á lo lejos rumor confuso, que se acerca rápidamente.*]

¡Ah!....
Si mi oido no me engaña.....

[*Levantándose alborozada.*]

¡El momento llegó ya!

[*Se oyen truenos de arcabuces: Celestina corre á la ventana, la abre y se asoma.*]

Truena la arcabucería
Hácia el palacio sangriento.....
Crece mas la vocería.....
Llegó el dichoso momento!....
¡No me ahogues, alegría!

(*Asoma con ansia medio cuerpo fuera de la ventana, y luego dice:*)

Miro lucir los aceros.....
Ya se alarma la ciudad;
Los hombres acuden fieros,
Y se apresuran......

[*Gritando con fuerza.*]

¡Guerreros!
Id!..... O muerte ó libertad!.....

[*En ademan de irse.*]

Vuelo, esposo, á socorrerte,
O contigo á perecer!—
Cuando el varon se convierte
En héroe temible y fuerte,
Se vuelve hombre la muger!

[*Con entusiasmo varonil.*]

¡Cómo se agita mi mente!.....
Hoy espiro de placer!
Ardor guerrero se siente,
Irresistible, potente,
Por pecho y venas correr.
Aquí se acerca el rumor....

[*Corriendo otra vez á la ventana y gritando con júbilo:*]

¡Ellos son! ¡Es mi Sotelo!....

(*Cayendo de rodillas, alzando los ojos y manos al cielo.*)

Gracias, ¡oh! gracias, Señor!....

[*Levantándose precipitadamente, y corriendo á la puerta del fondo.*]

Voy á abrazar á mi amor.....
¡Albricias!

MUÑ.—(*saliendo.*) Espera.

CEL.—[*retrocediendo aterrorizada.*] ¡Cielo!

X.

CELESTINA, MUÑOZ.

[*Aparece Muñoz sin armas; permanece un instante inmóvil y mirando á Celestina con sonrisa infernal; despues se adelanta y la toma de un brazo.—En toda esta escena debe la ironía marcar las palabras de Muñoz.*]

MUÑ.— Otra vez en mi poder,
Nueva Melisendra, estás;
De mis manos no te irás,
Perversa, ingrata muger.
¿En dónde está tu marido?
Aquí le aguardo, que venga,
Que contra mí se prevenga.....
Acaso estará escondido.....
Llámale, que aquí le espero;
Llámale al punto, muger.

Nada tiene que temer:
Vengo solo y sin acero.
  Ese tigre, ese leon
Que Méjico vió asombrado,
¿En qué parte se ha ocultado?
¿Tiembla ya su corazon?
  Vuestro Gaiferos ahora
A las tablas jugará,
Y no se acuerda quizá
De la princesa que adora.
  Mas Carlo-Magno, que vió
A su sobrino Gaiferos
Jugando con Oliveros,
Desta manera le habló: —
  "No con los dados se gana
"Ni con las tablas el crédito,
"Ni arrojando leves cañas
"Reputacion entre buenos.

. . . .

  "Melisendra está en Sansueña,
"Vos en Paris descuidado:
"Vos ausente, ella muger....
"Harto os he dicho: miradlo.

. . . .

[*Viendo llorar á Celestina.*]

  "No lloreis vos, mi señora,
"No querais así llorare....." (*)
Catad que el triste penare
La vuesa faz descolora.
  Tornad esos ojos bellos
A vueso cativo amante,

[Romancero de Melisendra.]

Ca, si bien non es andante,
Non deja de merecellos.
Dueña fermosa é garrida,
Ruégovos que me fabledes,
Que escudo en mí fallaredes
Contra el mal que vos trucida.

CEL.— Monstruo que el averno lanza
Para desgarrar mi pecho,
¿No estás aun satisfecho
De tan horrible venganza?
El seno á Berta rompió
Vuestra cuchilla sangrienta,
¿Y vuestra maldad sedienta
Del crímen no se sació?
Os burlais de mi dolor
Como un hombre endurecido:
¿No os enternece el gemido
De la víctima, señor?
A mi doliente penar
Un tigre se enterneciera,
Y á mí apacible viniera
Mi espíritu á consolar.
Y vos os entreteneis
En aumentar mi tortura,
Y en mi feroz amargura
Parece que os complaceis.

MUÑ.— ¿Qué mucho, si una muger
No me da consolacion,
Y hace que mi corazon
No cese de padecer?
¿Solo ella sabe sentir?....
No ignora que mi alma abriga

Una pasion enemiga
Que penas me hace sufrir;
Y con desprecio y desden
Mira mi voraz pasion......
Tambien tengo corazon,
Males padezco tambien.
CEL.— Soy muger y tengo dueño,
Y soy hija del honor.
Dejad vuestro ciego amor,
Abandonad vuestro empeño.
Si os preciais de castellano,
No agena muger busqueis,
Ni el oro de otro toqueis,
Que os tacharán de villano.
El honrado caballero
A nadie nada arrebate,
Solo en sangriento combate
Quite al contrario el acero.
Bien se mira no temeis
De Felipe rey de España
La justa tremenda saña,
Puesto que así procedeis.
MUÑ.— No os desasone mi suerte;
Todo mi amor lo soporta.
CEL.—(¡Oh dolor!)
MUÑ.— ¿Y qué os importa
Que el rey me mande dar muerte?
Mientras en Méjico esté
Y el poder se halle en mi mano,
Aunque parezca tirano,
En mi palacio os tendré.
CEL.— (Señor, Señor de bondad,
¿Dó estará mi esposo ahora?)

MUÑ.—Mi ardiente pecho te adora,
Irresistible beldad.
Cuando el rey me llame á España,
Conmigo te llevaré,
Y claramente veré
Si he provocado su saña.
Los hechos del soberano
Imita el vasallo fiel:
Tirano, dicen, que es él,
Por eso soy yo tirano.
A la faz del mundo entero
El rey los favores goza
De la muger de Mendoza
Su ministro y consejero.
Yo, que le quiero imitar,
A tí elijo por amante,
Que eres bella, interesante.

CEL.—[*inquieta.*]
(¿Qué será de Baltasar?)
¡Ah señor! tened piedad
Desta muger desdichada,
Huérfana, desamparada,
Que no os ofende.....

MUÑ.— Escuchad.—
Sosten de la religion
Y de la sagrada ley,
Nuestro magnánimo rey
Protege la inquisicion;
Y ha jurado esterminar
A los perversos impíos;
Y á hechiceros y judíos
Mira con gozo quemar.

CEL.— (¡Cuánto padezco!)

MUÑ.— Yo acá
A los rebeldes castigo:
Tu esposo, tu dulce amigo,
A hierro perecerá.
CEL.— Por lo que Cristo sufrió
Dadme piadoso la muerte,
Señor!....
MUÑ.— De la misma suerte
Pensamos Felipe y yo.
Si él á su hijo con desden
Manda matar, yo á Sotelo.....
CEL.—¿Y qué no temeis al cielo?....
MUÑ.—El papa nos quiere bien.
CEL.— ¡Cómo el tormento apagar
Que abrasa mi corazon!.....
Tened, señor, compasion
De mi horroroso penar.

[*Queriendo irse.*]

Dejadme, dejadme!.... Corro
Desesperada y.....
MUÑ.—[*deteniéndola.*] ¿Dó vas?....
De mi lado no te irás.
¿Pensabas pedir socorro?
CEL.— Aquí me teneis, matadme!....
Romped furioso mi seno,
Un ardoroso veneno
A beber al punto dadme;
Mas tened de mí piedad.....

[*Se hinca.*]

Os lo pido de rodillas.....
MUÑ.—Al fin, ingrata, te humillas
Ante mi poder.—Alzad; [*La levanta.*]

Que no quiero á la muger
Que tiene en mi pecho un trono,
En tan mortal abandono
Delante mi ojos ver;
Sino á mi cuello pendiente,
Con sus brazos relazado,
Respirando entusiasmado
Su hálito puro y ardiente.
CEL.—(¡Oh prision, dura, terrible,
Que me privas de buscar
A mi amado Baltasar!)
MUÑ.—Celestina, sé sensible:
Sígueme al punto, muger,
Si no, juro por el cielo
Que perecerá Sotelo.
CEL.—¡Ay! ¿está en vuestro poder?
MUÑ.— No lo sé.
CEL.— ¡Dios poderoso!
Dad á mi alma fortaleza!....
[*A Muñoz.*]
—Aquí teneis mi cabeza,
Pero volvedme á mi esposo.
MUÑ.—Anhelo tu corazon.
CEL.—Arrancádmelo del pecho.
MUÑ.—Teme, teme mi despecho!
CEL.—Dura desesperacion!.....
[*Siéntase como desfallecida, y despues de un corto momento prosigue.*]
Nada, nada de vos quiero:
Esto ya es mucho sufrir.....
Sé que voy presto á morir:
Ya nada en el mundo espero.
¿Por qué á mi doliente voz
No me sepulta el infierno?....

Si allí el tormento es eterno,
Ha de ser menos atroz!
¡Cómo mis sienes se agitan!
¡Cuál tiembla mi corazon!
¡Cómo á la cruda afliccion
Mis miembros se debilitan!
Deseo ansiosa llorar
Y están mis ojos exhaustos!...
Ah! mis dolores infaustos
Van por último á cesar.
Se rompen por fin los lazos
Que me sujetan al suelo.....
Ya se abre para mí el cielo,
Ya Dios me estiende los brazos!....

[*Inclina la cabeza mirando fijamente la tierra, y cruza los brazos.*]

MUÑ.— Tu ardiente imaginacion
Visiones te hace mirar,
Mas pronto se ha de calmar
Tu rebelde corazon.
Si tal vez no fuere así,
Tú lo mereces, muger,
Que te quisiste perder
Tú misma....

TRIS.—[*llegando.*] Ya estoy aquí.

XI.

CELESTINA, MUÑOZ, TRISTAN, SOLDADOS.

[*Tristan se acerca á Muñoz, y luego se aparta hácia un lado: los soldados se quedan en la puerta del fondo.*]

NUÑ.—[*á Tristan.*]
¿Has concluido?

TRIS.— Sí señor.

NUÑ.—[*á Celestina.*]

Resuélvete: ó á venir,
O á Sotelo ver morir......
¿Qué dices? ¿Tendrás valor?.....
Habla, Celestina, al punto:
No creas que con callar
Te has de poder libertar
De ver tu esposo difunto.
Alza del suelo la faz;
Y en el instante sí ó no
Responde.... ¿Qué dices?.....

CEL.—[*volviendo en sí, y con voz desfallecida.*] Yo......
Dejadme, por Dios, en paz.

MUÑ.— Ya cumplo con tu deseo,
Y para siempre me voy;
Mas compañero te doy
De tu agrado, segun creo.
En tan triste soledad
No os dejaré, por mi gusto,
Pues no me parece justo
Que esté sola una beldad.
Y al separarme de vos
Os entregaré á Sotelo......

CEL.—[*levantándose precipitadamente, dejando ver su regocijo, y buscando á Sotelo con ansiedad.*]
¿De veras?... ¡Benigno cielo!.....

MUÑ.—[*señalando al fondo.*]
Allí le teneis.

CEL.— ¡Gran Dios!!!

[*A una seña de Muñoz se abren los soldados y adelantan el cadáver de Sotelo en una silla: Celestina corre adonde está Sotelo, cae de rodillas delante de él, y abrazándolo con fuerza, grita con voz penetrante la esclamacion que está arriba.*]

MUÑ.— Si el rebelde pereció,
A la fortuna culpad.

[*A Tristan.*]

De Sotelo separad
A esa muger.

[*Tristan y un soldado tratan de levantar á Celestina.*]

TRIS.— ¡Ya espiró!

MUÑ.—[*mirando á Celestina con ojos despavoridos.*]

¿Qué hablas?.. ¡Ah!.. Desdicha fuerte....

[*Queriéndola levantar.*]

¡Ha muerto! ¡ha muerto! ¡Piedad!.....
¡Soldados! venid, volad!
Y dadme pronto la muerte!

[*Los soldados se apartan aterrorizados.—Muñoz continúa, separando el rostro como poseido de horror.*]

¡Espectáculo funesto
Tengo ante mi vista aquí!

[*Corriendo á la puerta del fondo.*]

¡Soldados! huid de mí,
Que yo mismo me detesto!



EL

PRIVADO DEL VIREY.



DRAMA

EN CINCO JORNADAS.

Poco del honor sabia
el legislador tirano
que puso en agena mano
mi opinion, y no en la mia.
CALDERON.—*El Pintor de su deshonra.*

Señor General D. José María Tornel.

C. de V., Noviembre 25 de 1841.

MI MUY APRECIABLE AMIGO:

Este drama, obra de duros afanes y de largas meditaciones, y acaso el menos insulso fruto de mi estéril imaginacion, es como la historia de mi miseria: en cada frase, en cada palabra, hay un gemido que el dolor y la desesperacion han arrancado de lo íntimo de mi alma. Como escrito en diversos tiempos, diverso es el estilo y colorido de cada cuadro, bien así como imágenes fieles de mis afectos, por mas que en todos ellos se descubra el ulcerado corazon del dibujante, y en todos ellos hiera primero la vista el rugado ceño de su Fortuna.

Desde antes de concluirlo pensé dedicarlo á V., y al ofrecérselo, se negó V. á recibirlo, diciéndome "Que queria se "conservase puro mi nombre, no dando motivo á la maledi- "cencia para que me tachara como traficante de la poesía," y ademas, que V. "tan solamente admitia mi amistad." Sin embargo, insistiendo yo, V. quiso que "lo reservara para el tiempo de su desgracia." A mí empero me ha parecido indiferente la época de esta dedicatoria, porque EL PRIVADO DEL VIREY *no va dirigido al ministro de la guerra, sino á mi amigo D. José María Tornel, y porque no creo que hay mayor desgracia que ocupar un elevado puesto, blanco de*

todos los tiros, y en el que es terrible la responsabilidad ante el Juez de los jueces.

Navega V. en espléndido navio, empujado por el viento de la Fortuna: desde mi rota y encallada lancha dirijo á V. un saludo. Como tal, reciba V. estos versos mios, y tambien como un monumento de mi amistad, para que, si la debilidad humana me excitara á negar á V. cuando la inconstante Suerte le vuelva la espaldo, no me lo permita jamas esta dedicatoria.

Ygnacio Rodriguez Galvan

Sr. D. Ignacio Rodriguez Galvan.

S. C., Enero 10 de 1842.

MI MUY APRECIABLE AMIGO:

He recibido con mucho retardo la carta de V. de 25 de Noviembre, y el drama titulado EL PRIVADO DEL VIREY *que ha tenido la bondad de dedicarme.*

Una casualidad ha hecho que tan honorífica demostracion del afecto que V. me profesa, llegase á mi noticia cuando estoy embarcado en ese que V. llama espléndido navío, *y que no es en realidad mas que una pobre barquilla que han elevado ahora las olas de la caprichosa fortuna, para hundirla despues en un abismo que siempre tengo á la vista; y por esto rehusaba que algun malqueriente de V. atribuyera á mi presente situacion, lo que solamente es debido á su pura amistad. Se ha empeñado V., sin embargo, en favorecerme con tan valioso presente, y lo admito gustosísimo, porque deseo contribuir con este pequeño estímulo, á que se desarrolle ese genio privilegiado con que lo dotó la naturaleza para la poesía, y de que ha dado ya distinguidas pruebas en medio de sus escasos recursos, que tanto lo han aproximado á la última miseria.*

He mandado imprimir el DRAMA *á mis espensas, y todos los ejemplares quedarán á disposicion de V., á quien ruego que no deje perder para su patria una sola de esas privilegiadas inspiraciones que forman el honor y la gloria de una nacion, y que sobreviven á todas las memorias y á todos los recuerdos históricos. Bajo de los auspicios de la libertad, se están ma-*

nifestando en nuestra república talentos dramáticos distinguidos; y me envanezco de ver á V. colocado en un catálogo en que ya figura tan notablemente D. Fernando Calderon, el mismo que resucita los tiempos caballerescos, y que rodea el patíbulo de una reina desgraciada de todos los prestigios de la poesía. Mi mas vivo anhelo es, que México no tenga que envidiar á Francia su Alejandro Dumas, su Victor Hugo y su Scribe, ni á España su Martinez de la Rosa y su Breton de los Herreros. ¿Por qué este vírgen, fecundo y espléndido suelo no ha de producir talentos que valgan mos que el oro, la plata y las perlas?

Doy á V. las gracias como mexicano ávido de todas las glorias de su patria, y me reproduzco su afecto y sincero amigo Q. L. B. L. M.

José María Tornel.

PERSONAS.

D. JUAN MANUEL DE SOLÓRZANO.

D. FRANCISCO VELEZ DE PEREIRA.

D. LOPE GIL DE BOSCAN.

GARCERAN TEZOZOMOC.

D. BERMUDO SAYAVEDRA.

PULGAR.

ESPINEL.

MONTALVAN.

UN CARCELERO.

EL CAPITAN DE LA RONDA.

UN ALABARDERO.

DOÑA MARIANA LAGUNA.

LA RONDA.

CRIADOS.

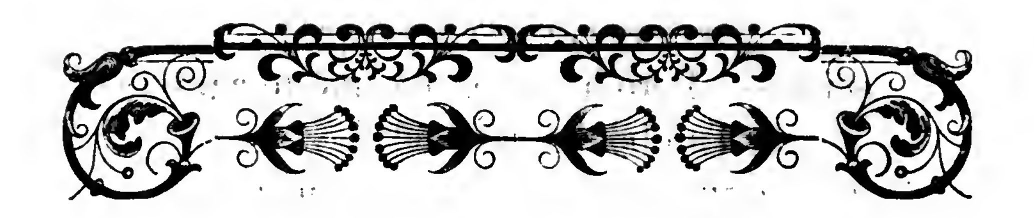
MEJICO.—1640—41.

NOTA.—Al hablarse de *derecha é izquierda*, se entiende la de los actores.—Los trages son á la española antigua.

JORNADA PRIMERA.



Vanos consejos me ofreces,
detenerme es por demas.
ALARCON.—*La amistad castigada*



Salon de palacio, contiguo á la antecámara vireinal. —Una puerta en el fondo, otra á la izquierda.—Sillas. —[Empieza á caer la tarde.]

I.

UN ALABARDERO, PULGAR, ESPINEL.

Aparece el alabardero en la puerta izquierda, á poco se oye la voz de Pulgar que se va acercando pausadamente á la puerta del fondo.]

PULGAR, [*cantando dentro.*]

Ya he dado al olvido
Por tí Andalucía;
Llorando te pido
Tu amor, vida mia.
De noche y de dia
Desde tu ventana,
    Villana,
    Tirana,
Me miras aquí.
Bella mexicana,
Duélete de mí.

[*Entran por el fondo Pulgar y Espinel.*]

PULG.— Pero hombre, ¿en qué te agravió
Tan bonita cantinela?

ESPI.—Será muy buena, muy buena,
Mas á mí ya me empachó.
De la noche á la mañana
Estás cantar y cantar.
¿A quién no ha de empalagar
Tanto *villana y tirana*?

[*Remedando á pulgar.*]

Desde tu ventana,
Villana,
Tirana......

PULG.— Te doy música de balde;
¿Qué mas quieres?—Pero entremos,
Y allá dentro esperaremos
Al amo el señor alcalde.

[*Vánse hácia la puerta izquierda.*]

ESPI.— Quizá allí no cantarás
Tu cancion, Pulgar amigo,
Que el virey es enemigo
De cantarines.

ALAB.— Atrás.

PULG.— En Dios y en mi ánima creo
Que no nos ha conocido.

ESPI.— Mia fe! ¡cuán engreído
Está el seor fariseo!

[*Al alabardero.*]

A la antecámara vamos
A esperar, don faz de risco,
A nuestro amo don Francisco
Velez de Pereira. ¿Estamos?

PULG.— Que alcalde del crímen es.

ESPI.—Y poder tiene y riqueza.

PULG.—Y hará cortar tu cabeza
Y colgarte de los piés.
ESPI.— Es sordo-mudo el doctor.
PULG.—Dirá para su vestido:
A lamentos de vencido,
Orejas de vencedor.
ESPI.— ¡Tanta altiveza, no mas
Que porque tiene una albarda!
PULG.— [*riendo.*]
¡Tonto! se llama alabarda.
ESPI.— [*queriendo entrar.*]
Pues una alabarda.
ALAB.— Atrás.
PULG.— No hay mas remedio, Espinel,
Que esperar aquí.
ESPI.— Esperemos,
Y con su albarda dejemos
A ese cara de pastel.
PULG. Dime: ¿estamos en campaña?
Antes tal guardia no habia.
ESPI.—Quizá en la flota vendria
Esta novedad de España.
PULG.— ¿O es cortesana invencion
De don Juan, que honra á doña Ana
Pŏrcel de Velasco?..... Gana
Me da de reir.....
ESPI.— Chiton!
Poco ó nada con don Juan.
¡Chis! los cabellos me erizas.
¿Probar quieres las palizas
Que en Nueva-España se dan?
Anda el reino algo azorado:
Se teme un levantamiento.

PULG.—¡Levantamiento! Eso es cuento.
ESPI.—Por eso hay tanto soldado.
Rebelóse Cataluña:
Quizá México se ensañe......
PULG.—En España hay quien arañe,
Aquí ni quien saque una uña.
ESPI.— ¿Y cuando Gélvez feroz?
¿Y cuando el marqués del Valle?
¿Y cuando colgó en la calle
Tanta cabeza Muñoz?
PULG.— ¡Oh! sí; justicia no habia
En semejante ocasion,
Que la santa inquisicion
A Méjico aun no venia.
Pero ahora los cristianos
No tenemos que temer,
Pues ves solo perecer
A impíos y luteranos.
Jadaizantes y hechiceras
Con su sangre nos salpican,
Y aullando nos edifican
Tostados en las hogueras.
Deja pues rodar la bola,
Que somos cristianos viejos;
Y si no hay vinos añejos,
Pulque llene la bartola.
La gloria está en Nueva-España:
Hay holganza y alegría.
Ya olvidé la Andalucía.
ESPI.—Y yo olvidé la montaña.

II.

EL ALABARDERO, PULGAR, ESPINEL, GARCERAN, (*de mendigo.*)

[*Sale Garceran por el fondo: Pulgar y Espinel le examinan con mofa.*]

PULG.— Llegó cara de vinagre.
ESPI.—¡Qué trazas! Estoy absorto.
¿De dónde salió este aborto?
¿Es hombre ó pescado bagre?
PULG.— Un indio es ese marmota,
Que fué á España desde mozo.
ESPI.—Lo es aún: ¿nó ves el bozo?
PULG.—Y llegó en la última flota.
ESPI.—Fachada de espanta-bobos,
Cabeza de puerco-espin.
PULG.—Frente y boca de rocin.
ESPI.—¿Y adora al dios Huichilobos?
PULG.— De un novillo de Jarama
Es su altiva condicion.
ESPI.—Me parece un temeron.
PULG.—Sirvió al rey.
ESPI.— ¿Cómo se llama?
GARC.— Garcerán Tezozomoc.
ESPI.—Teneis mejillas morenas.
GARC.—Todavía arde en mis venas
La sangre de Guatimoc.
PULG.— Quizás ese ardor sin luz
El rostro os ha chamuscado.
GARC.—Tambien algo lo han quemado
Las cebas de mi arcabuz.

Mas decid, ¿don Juan Manuel
Está aquí?

PULG.— No soy portero.

GARC.—Pero sí sois un grosero,
Y os he de rajar la piel.

[*Dirígese á la puerta izquierda.*]

ESPI.— Acuchilla á ese Caifás
En nombre de San Ignacio.

PULG.—¡Que entrar dejen en palacio
A estos mendigos!

ALAB.— [*á Garcerán.*] Atrás.

ESPI.— Quedó don Tezozomoc
Cual niño que ve ballenas.

PULG.— [*remedando á Garcerán.*]
Todavía arde en mis venas
La sangre de Guatimoc.

ESPI.— [*á Garcerán, que vuelve.*]
¿Qué os parece el hombre?

GARC.— [*con indiferencia.*] Harto
Estoy ya destos Cerberos.
¡Ví tantos alabarderos
Del rey don Felipe cuarto!

[*Alzanse los tres el sombrero.*]

PULG.— ¿En Madrid habeis estado?

GARC.—Muchas veces.

ESPI.— ¿Qué hay allí?

GARC.—Lo mismísimo que aquí.

PULG.—De noche estará alumbrado.

GARC.— Nada; como aquí: indecencias
Por las calles, y basura;
Y en noche clara ú oscura
Gritos, robos y pendencias.

ESPI.— ¿Conque así es la gran Madrid?
GARC.—Sí.
PULG.— La creí mas lujosa.
ESPI.—Contadnos alguna cosa
De por allá.
GARC.— Pues oid:
Cierta noche apareció,
Muerto de herida cruel,
Don Fernando Pimentel
En la calle.—¿Quién le hirió?
—Su pariente Enriquez fué.
—¿La causa era honor ó amor?
—Dios, el rey y el matador
Saben tan solo el por qué.
Otra noche muerto hallaron
A un conde en palacio. Cuál
Fuese la causa fatal
De su muerte, no atinaron.
El conde de Monterey
Era el muerto.
ESPI.— ¿Y su asesino?
GARC.—Lo sabe Dios, el sobrino
Y quizás el mismo rey.
Otra vez, tambien de noche,
El conde Villamediana,
Poeta de alma liviana,
Con el de Orgaz iba en coche.
Oyen gritar: "¿Conde?"—"¿Cuál
De los dos? ¿El de Orgaz?"—"No;
Villamediana." Sacó
Este el pecho, y un puñal
Se lo pasa con presteza.
—¿Y el por qué?—No lo adivino.

PULG.—¿Pero quién fué el asesino?
GARC.—Solo lo sabe su alteza.
PULG.— ¿No hay jueces allá?
GARC.— Sí tal.
PULG.—¿Qué hacen?
GARC.— Lo que acá: dormir,
Pasear, jugar, é ir
Dos horas al tribunal.
ESPI.— ¡Callad!
GARC.— No les hago agravio.
Es el uso: y probarán,
Si á reconvenirles van,
Que así lo mandó un rey sabio.
PULG.—¡Garcerán!
GARC.— Hasta los bobos
Saben que son usos viejos
Cazar liebres y conejos,
Y huir de tigres y lobos.
Aquí, en España y en China
Tiene mucha mas razon
El que anda en fiero bridon
Que el que cabalga en pollina.—
En Madrid todo anda bien:
Los catalanes se abroncan,
Los portugueses ya roncan,
Y Europa entera tambien.
Vive Olivares triunfante,
La inquisicion es la ley......
ESPI.—Pues entonces, ¿qué es el rey?
GARC.—Es poeta y comediante.
PULG.— Os colgais inadvertido
La cabeza de un cabello.

GARC.—¡Tantas veces tuve el cuello
Con alfileres prendido!
He visto tanta venganza,
Tanto asesinato frio,
Y auto de fe, y desafío,
Y tanta y tanta matanza!
Y es tal mi miseria impía,
Que, por divertir mi suerte,
Abrazado con la muerte
Tranquilo me dormiria.
PULG.— Por esos raptos furiosos
No traeis arma quizá,
Que alas el cielo no da
A gusanos ponzoñosos.
GARC.— No necesito de acero:
Mi diestra será testigo.
Vengan esos cinco, amigo,
[*Dánse la mano él y Pulgar.*]
Cuidado con un puchero.
PULG.— ¡Ay! ¡Ay! ¡Jesus! Basta! Basta!
Por Dios, soltadme os suplico.
Piedad! piedad!
GARC.—(*soltándole y dándole una palmadilla en el rostro.*]
¡Pobre chico!
PULG.— [*Sacudiendo la mano.*]
Maldita sea tu casta.
[*Empuñando la espada.*]
Vive Dios que os mataré.
ESPI. — [*empuñando.*]
Ya de mansos nos pasamos.
GARC.—Mirad que en palacio estamos.
PULG.—Otra vez os buscaré.

III.

EL ALABARDERO, PULGAR, ESPINEL, GARCERAN, PEREIRA, SAYAVEDRA.

[*Salen estos dos por el fondo, hablando con mucho interés.*]

PULG.— Don Bermudo Sayavedra
Va entrando.
ESPI.— Tambien el amo.
SAYA.—Si no atienden mi reclamo.....

[*Los criados con sombrero en mano van á hacer cortesías á Pereira.—Este y Sayavedra, sin mirarlos, se dirigen á la puerta izquierda.*]

GARC.—Quien mas adula, mas medra.
ESPI.— Veremos si el fariseo
Al amo le cierra el paso.
PULG.—¡Qué capaz!
ESPI.— Solo hace caso
De hombres de espléndido arreo.
SAYA.— Pereira, no está demas
Que hableis al virey.
PERE.— Es justo;
Y mi anhelo es daros gusto.
ALAB.—Atrás.
PERE.—¡Insolente!
ALAB.— [*levantando la voz.*] ¡Atrás!
PERE.— [*furioso.*]
Tal desaire no tolero:
Al virey me quejaré,
Y en su cara le diré
Que es incivil y grosero.
GARC.— (¡Qué orgullo!)
ESPI.—[*á Pulgar.*] Está el amo que arde.

SAYA.—¿Aquí guardia? ¿Qué será?
PERE.—[*paseándose.*]
El señor marqués sabrá
Quién soy, esta misma tarde.
GARC.— Don Juan Manuel, pienso yo,
Puso esa guardia, entretanto
Que hablaba el marqués un tanto
Con doña Ana Pórcel.
SAYA.— Oh!
PERE.— ¿Tú quién eres?
GARC.—[*quitándose el sombrero.*]
Un sargento
Que ha servido mucho al rey,
Y acá espera del virey
Que le asegure el sustento.
SAYA.— Este es el indio que vino
De doña Ana en el bajel,
Mandado á don Juan Manuel. . . . .
GARC.—Para que le dé un destino.
Mas se hace el sordo don Juan:
No me quiere dar audiencia,
Me arroja de su presencia,
Y en tanto me falta el pan.
Serví al rey; y con denuedo
He sabido combatir:
No me dejará mentir
Don Fadrique de Toledo.
Tambien en Flándes serví:
Don Lope Gil de Boscan
El sobrino de D. Juan
Podrá decirlo: está aquí.
SAYA.— Pues el soldado tendrá
Que contentarse con nada.

GARC.—Paciencia.
PERE.— Con una azada
El sustento buscará.
GARC.— Ya yo y mi traidora suerte
Amigos somos. ¿Qué importa?
SAYA.—Bien su miseria soporta.
GARC.—Este mundo me divierte.
La vida es largo viage
Al que concurrimos todos,
Mas de tan diversos modos,
Que da risa y da corage.
Unos van hartos y holgando,
Otros hambrientos pidiendo,
Unos cantando y riendo,
Otros gimiendo y llorando.
A caballo y con arnés
Unos, ó en coche magnífico,
Otros en asno pacífico,
Y los mas en cuatro piés.
En tan angosta vereda
Mezclados van pobre y rico;
Si el grande atropella al chico,
Atropellado se queda.
Y sin encontrar posada,
Y sin poder descansar,
Todos han de caminar
Hasta concluir la jornada.
Y en tanto tragin y afan,
Hay hombre, ¡miseria humana!
Que es duque por la mañana,
Y por la noche rufian.
Y en aquel andar constante
Ninguno detiene el pié,

Y el que va detras no ve
Dónde para el de adelante.
SAYA.— Pintas de la vida el giro;
Empero en lienzo tan fiel,
Dinos, ¿cuál es tu papel?
GARC.—Hago de macho de tiro.
PERE.— ¿Y cuando él se alza de brazos
Y á su dueño tira coces?.....
GARC.—Se le doma, si no á voces,
A palos y latigazos.
PERE.— Pues en tu memoria apunta
Respuesta tan sana y sábia.
GARC.—Si vuesarced no se agravia,
Tambien le haré una pregunta.
¿Qué sucede, en conclusion,
Si la bestia se exaspera?
PERE.—¡Silencio!
GARC.— Desa manera
Vos tendreis siempre razon.
Responderé:—con empeño,
Cuando el animal se irrita,
A un barranco precipita
Al cochero, y coche, y dueño.
SAYA.— ¿Cómo de discursos tales
Estos villanos entienden?
PERE.—Eso en comedias aprenden
Y en autos sacramentales.
SAYA.— Verdad es.
GARC.— Ví una ocasion,
Lleno de asombro profundo,
El gran teatro del mundo
De don Pedro Calderon.

PERE.—¿Traes dineros, Pulgar?
PULG.—Sí señor.
PERE.— Dale al mendigo
Algo.
GARC.— (¡Dios!)
PULG.— [*arrojándole una moneda al sombrero.*]
Tomad, amigo,
Y váse al muladar.
GARC.— (Dame paciencia, Señor.)
ESPI.—¿Qué reza?
GARC.—[*yéndose.*] Nada. (Dios mio,
¡Hay suplicio mas impío!)
SAYA.—¿Tambien es murmurador?
PERE.— ¿Qué dice?
GARC.— [*deteniéndose.*] ¡Moneda estraña!
El bolsillo romperá.
ESPI.—¿No hay cuadradas por allá?
GARC.—Son redondas las de España. [*Váse por el foro.*]

IV.

EL ALBARDERO, PULGAR, ESPINEL, PEREIRA, SAYAVEDRA.

[*Pereira se sienta muy pensativo.*]

SAYA.— Os pasásteis de clemente,
Señor alcalde, en dejar
A ese indio, sin castigar
Su altanería insolente.
¡Qué bien diria un sermon
Lleno de ideas machuchas
Crugiendo entre las garruchas

De la santa inquisicion!
Haced que así..... como en chanza,
Sea en un asno azotado.

PERE.—No, por Dios; que aun no ha llegado
El dia de la venganza.

SAYA.— ¿Qué decís?

PERE.— [*distraido.*] Que no hay muralla
Que la pólvora no arrase,
Ni peto que no traspase
La silbadora metralla.
Al cuello lazo ligero
Nuestra cabeza sostiene,
Y hay quien crea que la tiene
Afianzada con acero.
Muy mas sujetos están
Los árboles en la sierra,
Y una hacha los echa á tierra
O el soplo del huracán.

SAYA.— Esplicaos.

PERE.— No ha llegado
El momento todavía,
Mas vendrá.

SAYA.— ¡Vírgen María!
Me teneis atolondrado.
Hablad.

PERE.— Otra vez.
[*Levantándose.*]
—Pulgar.

PULG.—Señor.

PERE.— Necesito..... No.....
Vete..... Aguarda..... Pero yo....
Con riesgo se pasa el mar......
No hay remedio.

SAYA.— ¿En qué pensais?

PERE.— [*á Pulgar.*]
Músicos he menester
Para esta noche.

PULG.— Iré á ver
Al instante......

SAYA.— [*á Pereira.*] Loco estais.

PULG.— El Carichueco vendrá,
Músico digno de un rey,
O el Nopal, el Piés-de-Buey,
El Panzudo, el.....

SAYA.— Basta ya.

ESPI.— Yo al Escorpion llamaria,
Que toca el harpa muy bien,
Y la guitarra tambien,
Y canta, y.....

SAYA.— ¿Mas letanía?

PULG.—Yo cantaré, que no es tanta
Mi ignorancia en el cantar.

PERE.—Pues anda presto, Pulgar,
Y afina bien la garganta.

SAYA.— [*á Pereira.*]
No os comprendo.

ESPI.— [*yéndose con Pulgar por el fondo.*]
¿Qué jarana
Es ésta? No alcanzo yo.....

PULG.—¿Ya ves cómo al fin sirvió
Lo de *villana y tirana*?



V.

EL ALABARDERO, PEREIRA, SAYAVEDRA.

SAYA.—Dicen que allá no sé donde,
Hay venenosas culebras,
Que con la música y canto
Se ablandan como las brevas.
¿Pretendeis hacer lo mismo
Tal vez con una hechicera
Para mandarla á la cárcel
Cuando mas tranquila duerma?
PERE.—¡Hechicera! lo es por cierto:
Tan mágica como bella.
SAYA.—Vaya, estais enamorado;
Y yo tan tonto y babieca
No me acordaba. ¿Esta noche
Pensado habeis darle fiesta?
Pues estará muy armónica
Sin duda la calle Nueva.
PERE.— [*sorprendido.*]
¿La calle.... ¿Sabeis acaso....
SAYA.—Si tengo mi buena vista;
Y solo con cataratas
No haberos visto pudiera.
Pasais por la dicha calle
Tres veces cada hora y media;
Y en el baile que á doña Ana
Dió el marqués de Cadereita,
Nuestro virey, vuestros ojos
Y obsequios y reverencias

Iban tras doña Mariana
Laguna, como veleta
Que al viento sigue.
PERE.— Callad;
No hablemos de la materia.
SAYA.—Caminais por un terreno
Barroso y lleno de quiebras:
Si se os resbala la planta,
Botando de peña en peña
No parais hasta un barranco,
Do quedais *per omnia sæcula.*
Don Juan Manuel de Solōrzano
Zeloso es como una bestia,
Y es altivo y favorito
Del marqués de Cadereita.
Ved el suelo que pisais......
PERE.—Callad, por Dios, Sayavedra.
Consejos que no se piden
Saben á fruta reseca.
Adoro á doña Mariana:
Poco me importa que sea
Muger de don Juan Manuel,
Del virey, ó de la audiencia.
SAYA.—Vais derecho al precipicio.
PERE.—Pues dejad que yo me pierda.
SAYA.—No tal: debo conteneros.
PERE.—¿Tanto mi suerte os inquieta?
SAYA.—Soy vuestro amigo.
PERE.— ¿Lo sois?
Pues no me ataqueis la rienda.
SAYA.—(Si cae este majadero,
Al precipicio me lleva.)
—Mirad.....

PERE.— Si á don Juan Manuel
Protege el de Cadereita,
Tengo mas firme columna
En mi puesto y en la audiencia.
Demas, sabeis que en España
Y aun en Méjico se suena
Que el actual virey muy pronto
Es depuesto, y le releva
Creo el duque de Escalona,
Tambien marqués de Villena.

SAYA.—Estais en grave peligro
Mientras el duque no venga.
—Pero hablemos en voz baja,
Que el alabardero acecha.

PERE.—No os dé cuidado: á los que hablan
Sé yo cortarles la lengua.

SAYA.—La audiencia cierto aborrece
A don Juan.

PERE.— ¡Qué! le detesta.
Su privanza es un escándalo;
Tiene empleos á fanegas.
Un don Alvaro de Luna
Es el tal, y en todo reina:
Nuevo Alvaro, al fin dará
Al verdugo la cabeza.
¿En qué pais habitamos?
¿Es corte de reyes esta?
Ved cuál tratan á doña Ana,
Micomicona moderna,
Que á implorar vino el auxilio
Del andante Cadereita.—
Bailes, paseos, saraos,

Y alabardero á la puerta.
Es una infamia.

SAYA.— Verdad.
Yo digo mas: es vileza.
Pero hablar aquí esas cosas
Es inútil imprudencia.
Yo con mas razon debia
Romper el freno á mi lengua,
Porque al fin méritos tengo,
Y nadie en nada me emplea;
Mas, como cauto y sufrido,
Me agacho y tengo paciencia.

PERE.—[*dándole una palmadilla en el hombro.*]
Nuevo Saavedra Fajardo,
No en balde sois Sayavedra.
Vos sabeis mover con arte
Al pueblo, y desa manera.....

SAYA.—¿Qué decís?

PERE.— —Nos servireis,
Supongo, cuando se ofrezca.
En quítame allá esas pajas
Alzais la ciudad entera;
Que el pueblo es asno que admite
Cuantas albardas le echan,
Y da las gracias. Habladle,
Y sostendrá hasta que muera,
Que fué sacristan Mahoma
Y pontífice Lucrecia.

SAYA.—Esplicaos.

PERE.— A su tiempo
Os esplayaré mi idea.

SAYA.—Decid, para mí conducta,
Cuatro palabras siquiera.

[*Vánse al estremo derecho del teatro.*]

PERE.—Han venido con doña Ana,
Entre otras preciosas perlas,
El sobrino de don Juan
Y Garcerán el azteca.
Con el privado irán todos
De Pluton á la caverna.—
¿Qué os parece?

SAYA.— *Reus est mortis.*

PERE.—Bien decís.

SAYA.— *Réquiem æternam.*

PERE.— [*tomándole una mano.*]
Ya sois nuestro.

SAYA.— (Será bueno
Quedarme yo á la reserva,
Porque es capaz este loco
De echarnos por la cabeza.)

VI.

EL ALABARDERO, PEREIRA, SAYAVEDRA; y PULGAR, y ESPINEL, [*que salen corriendo por el fondo.*]

PERE.—¿Qué sucede?

ESPI.— Que don Juan....

PULG.—Que don Juan Manuel se acerca.

PERE.—¿Me importa algo par acaso
Que don Juan venga ó no venga?
¿Es el rey para que á gritos
Le anuncieis desa manera?
Idos de aquí noramala,
Noveleros de simplezas.

ESPI.—Yo..... Pulgar..... Como él me dijo.....
PULG.—Pensé que usía tuviera
Que hablar algo reservado
Con el señor Sayavedra.
PERE.—Y á vosotros ¿qué os importa?
Mi plática bien pudiera
Oirla el rey don Felipe.
SAYA.—(No don Juan ni Cadereita.)
PERE.—Despejad.

[*Al irse los criados, se apartan cediendo el paso á D. Juan, que sale ricamente vestido, y seguido de algunos lacayos.—Aparece Garcerán apresuradamente.*]

SAYA.—[*Adelantándose, é inclinándose con el sombrero en la mano.*]
Señor don Juan......
PERE.— [*dando con el pié en el suelo.*]
(¡Don Bermudo! ¡Qué bajeza!)
GARC.—[*adelantándose con el sombrero en la mano.*]
Señor, dignaos oirme.

[*Don Juan lo aparta con violencia, y entra por la izquierda. El alabardero se quita el sombrero. Garcerán continúa, colérico. Pereira se rie. Vánse Pulgar y Espinel.*]

VII.

EL ALABARDERO, PEREIRA, SAYAVEDRA, GARCERAN.

GARC.—¡Voto á..... Dios! Maldito seas!
¡Ah! por Jesucrito vivo......
SAYA.—¡Qué altivez y qué soberbia!
GARC.—[*al aladardero.*]
¿Con el sombrero en la mano,
Seo alabardero bestia,
Sueles hacer los honores
Estando de centinela?

Si el marqués de Santa-Cruz
Tal necedad visto hubiera,
Sabrian tus coyunturas
Qué cosa es trato de cuerda.
Entiendes tú de soldado
Lo que yo de sacar muelas.

SAYA.—¿Y qué os va en ello?

GARC.— Me irrita
Esto mas que mi miseria.
Soy soldado, y él deshonra
Así la milicia entera.

[*Al alabardero.*]

¡Oh si estuvieras en Flándes!

[*Sayavedra habla con Pereira, Garcerán los observa retirado.*]

SAYA.—Basta de risa, Pereira.

PERE.—¿Y no quereis que me ria
Al ver vuestra reverencia,
Y al ver que don Juan os trata
Como á un chico de la escuela?

SAYA.—Si á don Juan he saludado,
No fué humildad, fué prudencia.

GARC.—(Este par de gavilanes
Algun cadáver acechan.)

VIII.

EL ALABARDERO, PEREIRA, SAYAVEDRA, GARCERAN y BOSCAN (*por el fondo*).

BOSC.—Dios os guarde, don Bermudo.
Vuestro soy, señor Pereira.

[*Sayavedra le tiende la mano, Pereira se inclina desdeñosamente.*]

SAYA.—Don Lope Gil de Boscan,
Vengais muy en horabuena.
No ha mucho entró vuestro tio:
Qué tarde al palacio llega.
BOSC.—Cierto es. Llamóle á la calle
Algun negocio de urgencia.
¿Y vos aquí? Bien lo estraño,
Pues ya la tarde pardea.
SAYA.—Ved aquel alabardero.
BOSC.—Mucho habla el de Cadereita
Con las damas.
SAYA.— ¿Con las damas?
BOSC.—Está doña Ana, y con ella
Mi tia doña Mariana.
PERE.—[*involuntariamente.*]
¿Doña Mariana?
BOSC.— Por fuerza.
¿Qué raro es si son amigas?
¿Por ventura os interesa?....
SAYA.—[*interrumpiéndole.*]
Muy galan estais, don Lope:
Teneis hermosa presencia.
GARC.—Más lo estaba persiguiendo
Las partidas holandesas.
BOSC.—Garcerán, ¿tú aquí?
GARC.— Yo aquí,
Mi teniente.
BOSC.— Sayavedra,
Este es el mejor soldado
Que ha visto espaldas francesas.
SAYA.—Pues lo decís, no lo dudo.
GARC.—Mucho el teniente me aprecia,
Y vive correspondido.

BOSC.—Preguntadle cuántas cebas
Quemó allá en Fuenterabía.
GARC.—Brava estuvo la pelea.
Pero esas glorias pasaron,
Bien que á dos años apenas
En sangre francesa juntos
Empapábamos la diestra.
Ahora de mi fortuna
Ya palidece la estrella,
Ahora de la desgracia
Me sigue la ira funesta.
Los hombres que mas queria
Me abandonan, me desprecian,
Y cual infeliz mendigo
Pido el pan de puerta en puerta
BOSC.—[*á Sayavedra.*]
¿Quereis hablar todavía
Al marqués de Cadereita?
SAYA.—Claro es, si estoy esperando.
BOSC.—Voy á allanaros la senda. [*Vase por la izquierda.*]
GARC.—¡Tambien él!. . . . . suerte maldita!
Tambien él! ¿quién lo creyera?
SAYA.—Mucho os puede.
GARC.— ¡Le amo tanto!
SAYA.—¿Amais vos?
GARC.— Pregunta necia.
¿Hay por acaso en el mundo
Corazon que amar no sepa?
Cuando todos me abandonen,
Y encuentre por donde quiera
Ojos que me ven con ira
Y pechos que me detestan,

Amaré el agua que bebo
Y el sol que abrasa mis venas.
SAYA.—Nueva gracia en vos descubro:
De mas á mas sois poeta.
GARC.—¿Habeis visto algun amante
O infeliz que no lo sea?
SAYA.—Con tan altas concepciones
Y tan fácil afluencia,
¿Cómo flotais falleciendo
En el mar de la miseria?
GARC.—Indio soy, esto es, gusano
Que se arrastra entre la yerba,
Y toda mano lo evita,
Y todo pié lo estropea.
SAYA.—Hay condes de Moctezuma.
GARC.—Mi estirpe tambien es régia:
De Guatimoctzin desciendo,
Que pereció en una hoguera.
Mas fué táctica de España
Premiar la fria indolencia,
Y hundir la virtud heróica
En tormentos y anatemas.
Los hijos de Moctezuma
Condes son, de alta nobleza;
Yo, descendiente de un héroe,
Soy Tezozomoc á secas.

[*Aparece Boscan por la izquierda, y hace una señal al alabardero, quien se va por la misma puerta.*]

BOSC.—Señores, podeis entrar. [*Vase.*]
PERE.—Tanto favor me marea.
SAYA.—Boscan, os damos las gracias.
No es tardo el bien, cuando llega.

[*Vanse por la izquierda. Sayavedra le cede el paso á Pereira, haciéndole una cortesía. Pereira entra sin hacerle caso. Garcerán los sigue: pero al llegar á la puerta, se la cierran de golpe, y él queda mirándola con los brazos cruzados.*]

IX.

GARCERAN.

Colmóse ya la medida.
Mi seno hierve iracundo,
Mi sangre corre encendida....
Si á padecer vine al mundo,
¿De qué me sirve la vida?
Orgullosos castellanos,
De España oprobio y baldon,
En vuestros pechos villanos
No hay corazones humanos,
No hay virtud, solo traicion.
Fundais en tiempos pasados
Vuestro orgullo.... necedad
Es tener, hombres menguados,
El honor y heroicidad
En el sepulcro enterrados.
Nobles os llamais: ¡oh mengua!
¿Nobleza es la altanería,
La opresion, la alevosía?....
Siempre nobleza en la lengua,
Y en el pecho villanía.
Noble, yo; que de gran rey
Circula sangre en mis venas;
De un héroe, mísera grey,
Junto al cual vuestro virey
Fuera un escudero apenas.
—Tú, gran monarca, tú dime,

Amaré el agua que bebo
Y el sol que abrasa mis venas.
SAYA.—Nueva gracia en vos descubro:
De mas á mas sois poeta.
GARC.—¿Habeis visto algun amante
O infeliz que no lo sea?
SAYA.—Con tan altas concepciones
Y tan fácil afluencia,
¿Cómo flotais falleciendo
En el mar de la miseria?
GARC.—Indio soy, esto es, gusano
Que se arrastra entre la yerba,
Y toda mano lo evita,
Y todo pié lo estropea.
SAYA.—Hay condes de Moctezuma.
GARC.—Mi estirpe tambien es régia:
De Guatimoctzin desciendo,
Que pereció en una hoguera.
Mas fué táctica de España
Premiar la fria indolencia,
Y hundir la virtud heróica
En tormentos y anatemas.
Los hijos de Moctezuma
Condes son, de alta nobleza;
Yo, descendiente de un héroe,
Soy Tezozomoc á secas.

[*Aparece Boscan por la izquierda, y hace una señal al alabardero, quien se va por la misma puerta.*]

BOSC.—Señores, podeis entrar. [*Vase.*]
PERE.—Tanto favor me marea.
SAYA.—Boscan, os damos las gracias.
No es tardo el bien, cuando llega.

[*Vanse por la izquierda. Sayavedra le cede el paso á Pereira, haciéndole una cortesía. Pereira entra sin hacerle caso. Garcerán los sigue: pero al llegar á la puerta, se la cierran de golpe, y él queda mirándola con los brazos cruzados.*]

IX.

GARCERAN.

Colmóse ya la medida.
Mi seno hierve iracundo,
Mi sangre corre encendida....
Si á padecer vine al mundo,
¿De qué me sirve la vida?
Orgullosos castellanos,
De España oprobio y baldon,
En vuestros pechos villanos
No hay corazones humanos,
No hay virtud, solo traicion.
Fundais en tiempos pasados
Vuestro orgullo.... necedad
Es tener, hombres menguados,
El honor y heroicidad
En el sepulcro enterrados.
Nobles os llamais: ¡oh mengua!
¿Nobleza es la altanería,
La opresion, la alevosía?....
Siempre nobleza en la lengua,
Y en el pecho villanía.
Noble, yo; que de gran rey
Circula sangre en mis venas;
De un héroe, mísera grey,
Junto al cual vuestro virey
Fuera un escudero apenas.
—Tú, gran monarca, tú dime,

Generoso Guatimoc,
¿No pena tu alma sublime
Al ver que oprimido gime
Tu nieto Tezozomoc?
¿Tu alma pura no suspira,
Modelo de los guerreros,
Cuando consternada mira
Como ya tu reino espira
En garras de aventureros?
—¡Ah! maldita la nacion
Que estraño yugo tolera.
Antes que su corazon
baje á tal humillacion,
Muera con sus hijos, muera!

[*Silencio.*]

¡Vano hablar! ¡gemidos vanos!....
—Garcerán! sorbe tu lloro;
Rompe el lazo de tus manos,
Muestra ardiendo á los tiranos
De tu valor el tesoro.

[*Váse pausadamente y cabizbajo por el fondo. Salen por la izquierda doña Mariana con manto, seguida de dos escuderos, y Pereira.*]

X.

MARIANA, PEREIRA, ESCUDEROS.

MARI.—Adios quedad. No paseis,
Señor Pereira, adelante.
PERE.—Mariana, ¿me privareis
De vuestro hermoso semblante?
Os ruego que el velo alceis.
Oculten en horabuena

Su cara las que nacieron
Con tez marchita y morena,
Mas no las que á Dios debieron
Ese rostro de azucena.
Estoy muy mas incitado
A ver esos labios rojos,
Cuando miro entusiasmado,
Tras el velo delicado,
Brillar vuestros negros ojos;
Cuando ese talle ligero
Y gallarda magestad,
Hacen que mi pecho fiero
Muera de amores.....
MARI.— Callad,
Que ya pasais de grosero.
PERE.— Tal enojosa aspereza
Sienta mal á la belleza.
En labios tan seductores,
Mas que frases de esquiveza,
Convienen frases de amores.
MARI.— Si os he escuchado hasta aquí,
Fué urbanidad, que no gusto,
Pues creo que nunca en mí
Hallásteis motivo justo
Para atreveros así.
Pienso que desconoceis
Quién soy y á quién pertenezco;
Pienso que no olvidareis
Que insulto tal no merezco,
Y al fin me respetareis.
Quiero un desastre evitar;
Mas si proseguís grosero
En mi respeto ultrajar,

Tendrá al cabo que empuñar
Don Juan Manuel el acero.

PERE.—¿Quereis espantarme así
Con la espada de don Juan?
¿Posible es que tal oí?
¿Pues la que yo traigo aquí,
Es adorno de galan?
Olvidad, bella Mariana,
Al esposo que os olvida;
Ved que su alma corre insana
A consagrarle la vida
A la española doña Ana.
Es loco: si así no fuera,
¿Tan poco caso de vos
En su ceguedad hiciera?
¿Desaire tal no os altera?
Sois insensible, por Dios.
Adentro queda don Juan
Obsequiando á la española,
Y en su enamorado afan
Os deja el señor galan
Ir á vuestra casa sola.
¿Creis que sin despecho veo
Como vuestra alma soporta
Desprecio tan duro y feo?
¿Creis que si no fuera.....

MARI.— Creo
Que nada desto os importa.

[*Quiere irse. Pereira la sigue.*]

PERE.— Iros sola no podeis,
Que ya se acerca la noche.

MARI.—Llevo aquí, no os inquieteis,

Los escuderos que veis;
Y está á la puerta mi coche.

[*Quiere irse, á tiempo que sale Boscan por la izquierda.*]

XI.

MARIANA, PEREIRA, ESCUDEROS, BOSCAN.

BOSC.— Por fin mi afan os halló.
Permitid á mi fortuna
Que á casa os conduzca yo.
MARI.—Es molestia.
BOSC.— No es ninguna.
Mi tio me lo mandó.
MARI.— Y que tan cortés esté
Hoy vuestro tio!
BOSC.— Señora,
Mi tio siempre lo fué.
MARI.—¿Conmigo?
BOSC.— Mucho os adora,
Os idolatra: lo sé.
Si los negocios de Estado
Y disgustos de la corte
Han su genio exasperado,
Cada dia enamorado
Está mas de su consorte.
Solo en vos halla placer
Su corazon y su mente,
Que ángel sois y no muger.
MARI.—Vos abogado elocuente:
Os lo debe agradecer.
BOSC.— Si por esto os agraviais
Perdon espero de vos.

MARI.—¿Yo agraviarme? Os engañais.

[*Yéndose.*]

—Pereira, quedad con Dios.

[*Viendo que don Lope la sigue.*]

—Don Lope, no me sigais.

[*Vase por el fondo seguida de los escuderos. Boscan queda inmóvil. Pereira lo ve sonriendo.*]

XII.

PEREIRA, BOSCAN.

PERE.— ¿Qué tal? Parece que el susto
En estatua os convirtió.
Caro os cuesta vuestro gusto,
Como á la muger del justo
Que de Sodoma emigró.
La zacatecana tia
Os trata mal, á fe mia.
¿Conmigo tan bondadosa,
Y con vos tan desdeñosa?
Nacísteis en fatal dia.
Jóven, español, soldado......
¡Jesus! cuánta cualidad!
Pero, en fin, sois desdichado,
Pues que salís desairado.
BOSC.—Basta de insultos; callad!
PERE.— ¿Yo callar?
BOSC.— ¡Callad!
PERE.— Oid;
Y no griteis, voto á Dios.
BOSC.—Quiero gritar, quiero lid:

Si sois español, salid:
Armas tenemos los dos.

PERE.— Esperad, que no me asustan
Bravatas de temeron.

BOSC.—¿Cuchilladas os disgustan?

PERE.—Muy al contrario: me gustan
Los lances de Calderon.
Al fin tendreis que esperar
Una noche. Bien merezco
Que me dejeis reposar.
Pero mañana, os lo ofrezco,
Mañana os iré á matar.

BOSC.— Hoy mismo habeis de reñir,
O sois cobarde y menguado.

PERE.—¿Os cansa tanto vivir?

BOSC.—Salid!

PERE.— Estoy ocupado;
Por hoy no os puedo servir.
Música á la dama mia
Dar en esta noche debo.
Si hoy amor mis pasos guia,
Tened paciencia, mancebo,
Mañana será otro dia.

BOSC.— ¿Como español prometeis
Combatir mañana?

PERE.— Sí:
Mañana os mato.

BOSC.— ¿Lo creis?
¿Cierto?

PERE.— No lo mereceis,
Pero ya lo prometí. [*Vase por la izquierda.*]

[*Va oscureciendo.*]

XIII.

BOSCAN.

En la tumba has de caer,
O moriré como bueno.
¡Oh! si pudiera romper
Con mi cuchilla tu seno,
Y en él tu sangre beber!
Todo mi cuerpo se altera,
No sé por qué, si te veo;
De arrancarte el alma fiera,
No sé que ardiente deseo
De mi pecho se apodera.
Algo debe haber en tí,
Pues que mi alma se irritó
Desde la hora en que te ví;
Algo de infierno sentí
Que mi corazon tocó.

[*Silencio.*]

Yo no sé cuál sombra vana......
Mi corazon está frio......
—Huye, sospecha liviana!....
—¿Acaso doña Mariana......

[*Cubriéndose los ojos.*]

¡Doña Mariana! ¡Dios mio!
Si tal vez, hombre sin fe,
Impuramente la has visto,
Si tal tu designio fué,
Los ojos te arrancaré
Por vida de Jesucristo.

[*Queda pensativo por un momento, y se sienta muy abatido.*]

¡Ay! que se pierde mi mente
En el mar de la pasion!
—¡Boscan! ¿No eres delincuente?
¿Tienes limpio el corazon?
¿Eres acaso inocente?.....

[*Queda inmóvil con los ojos fijos en tierra. Garcerán sale cruzados los brazos, le ve reposadamente, luego acerca una silla y se sienta junto de él.*]

XIV.

BOSCAN, GARCERAN.

GARC.— [*Dándole una palmadilla en la pierna.*]
Mancebo.
BOSC.— [*volviendo en sí.*] ¿Qué me quieres?
GARC.— Vuestro amigo,
Don Lope, soy, ó por lo menos lo era,
Si es que mi suerte fiera
Os convierte tambien en mi enemigo.
BOSC.—Dí lo que quieres, Garcerán, y vete,
Que anhelo solo estar.
BOSC.— Una entrevista
Necesito tener con vuestro tio.
BOSC.—¿Qué puedo hacer por tí?
GARC.— Que á los criados
Digais que entrar me dejen.
BOSC.— No es posible:
Me lo vedó don Juan á pesar mio.
GARC.—Para los desgraciados
Solo hay dolor terrible
O eterno lecho en el sepulcro frio.
[*Levantándose.*]
—Adios.

BOSC.— ¿Te vas?
GARC.— Me voy.—Adios, don Lope.
Voy al rincon de mi cabaña triste
A derramar mi llanto,
Ya que no hay corazon, que en mi quebranto,
Una lágrima mia quiera apenas
Grato admitir para aliviar mis penas.
BOSC.—¡Ay! ¿eres infeliz? ¿tú? . . . ¡Si en tu seno
Sintieras, como yo, mortal veneno!
Helada está tu sangre,
Tu corazon helado;
Ya de humanas pasiones
No te despierta el agitado trueno;
Y con todo, ¿te llamas desdichado?
GARC.—Nieto yo de un monarca destronado
Y proscriptos guerreros,
Dejé las playas de la patria mia,
Y fuí á borrar con sangre de estrangeros
El anatema vil que me cubria.
Ví de mi juventud desapacible
Tantos años perdidos
En los campos funestos de batalla,
Que ya mi corazon era insensible
Del preñado cañon á los bramidos
Y al áspero zumbar de la metralla.
Me vísteis combatir como el mas fuerte,
Si es que se puede en la feroz pelea
Alguna cosa ver que ya no sea
La bandera triunfante de la muerte.
—Pasaron esos dias. . . . ¿qué valieron?
A mi acrecentamiento consagrados
Tantos fieles soldados
Que mi arcabuz mató, ¿de qué sirvieron?

—Volví á la patria mia;
Y cuando desde el barco divisaba
Las murallas de Ulúa,
Ardiente lloro de placer vertia.
Empero no miraba
Que desde Veracruz me saludaba
De la miseria la sonrisa fria.

BOSC.—¡Oh! dia de placer, y al tiempo mismo
De mi desdicha atroz nuncio primero!

GARC.—¿Os acordais?

BOSC.— Eterno en mi memoria,
Eterno vivirá.—Pero tú al cabo
Ser dichoso podrás.

GARC.— Ay! no lo espero.
Son al hombre precisos en la vida
El seno bienhechor de la belleza
Do reposar su frente enardecida;
Mano que lo acaricie
En las pausadas horas de tristeza;
Un corazon que sienta como el suyo;
Alma que con la suya se confunda
Cual dos rayos de luz, cual dos sonidos
De dos sonoras flautas impelidos.
Las fieras tienen hijos, y los aman.
Son precisos al hombre
Hijos tambien, encanto de su vida,
Que halaguen su cabeza encanecida,
Y á la siguiente edad lleven su nombre.
Mas todos los placeres
Que el Hacedor al hombre concediera
Para endulzar de su vivir amargo
La copa de dolor, todo está, todo,
Vedado para mí. Tan solamente

Habitan en mi pecho
Negro tedio y furor, rabia y despecho.
BOSC.—¡Oh qué triste verdad! Con tus palabras
Mi corazon destrozas.
—Adios.
GARC.— ¿Me despedís?
BOSC.— Sí; que no puedo
Soportar mi dolor.... Quiero estar solo......
—Busca á don Juan mañana ó esta noche.
GARC.—¿Dónde?
BOSC.— En su casa misma.
GARC.— Los criados......
BOSC.—Ya estarán avisados
Y no pondrán estorbo á que le veas.
—Dios tu camino alumbre;
Y ojalá que dichoso al cabo seas.
—No me olvides jamas.
GARC.— Jamas, don Lope.
—Me parte el corazon vuestra tristeza.
Dejad la Nueva-España;
Volad, no os detengais! En cada paso
Que dais en este suelo,
Hay una maldicion que os lanza el cielo.
BOSC.—¡Garcerán!
GARC.— ¿La conciencia nada os dice?
BOSC.—¿Mi conciencia?
GARC.— La vuestra:—¿no os maldice?
BOSC.—¿Qué te atreves á hablar?
GARC.— La verdad pura;
Vuestra alma es criminal, puesto que abriga
Un criminal amor.

BOSC.—[*Levantándose bruscamente.*]

¡Calla! ¿Qué has dicho?

[*Tomándole una mano.*]

—¿Lo sabes, Garcerán?

GARC.— Doña Mariana....

BOSC.—¡Calla! ¡calla, por Dios!

[*Ocultando el rostro entre las manos de Garcerán.*]

—¡Ay!

GARC.— ¡Desgraciado!

Pálido estais, convulso;
Fiebre ardiente os devora.

BOSC.—¡Oh si desta pasion abrasadora,
Cual yo sintieras el terrible impulso!....
De mi suerte el horror vieras entonces.

GARC.—¿Y ella os ama?

BOSC.— No sé.

GARC.— ¿No?

BOSC.— Me aborrece.

GARC.—¿Vos lo juzgais así?

BOSC.— Tal me parece.

GARC.—¡Oh mancebo infeliz, ¿cómo pudísteis
Dar cabida á ese amor en vuestro seno?
¿No mirais que con él sorbeis veneno?

BOSC.—Escucha, Garcerán. Tiempo ha un amigo
Busqué que fuese de mi mal testigo.
—La noche que el marqués de Cadereita
Un baile dió á doña Ana,
Entré al salon buscado
Con vista vagarosa
La causa de mi mal....—Sentada estaba;
Y soñolientamente se inclinaba
Sobre su seno su cabeza hermosa.
Blancas ropas y luengas,

De pliegues caprichosos envolvian
Las leves formas de su cuerpo bello;
Y del negro cabello
Los rizos retorcidos
En voluble desórden descendian
A su turgente cuello.
La luz de una bugía no distante
Bañaba su semblante;
Y mi pecho inflamaban
De su ligero talle la hermosura,
De su espaciosa frente la tesura,
Y sus facciones todas
Que la luz y las sombras dibujaban.
Un estatuario griego,
Marmóreo simulacro de la diosa
Que en los boques preside, la creeria;
Y un cristiano poeta,
Aérea vision, imágen misteriosa
De la melancolía.
—Temblaba yo, y ansiaba
Aspirar el aliento
Que de su blando seno despedia.
¡Cómo envidié las auras que apacibles
Suavemente su faz acariciaban!.....
Yo en mi interior decia:
"Si en las tristes imágenes que acaso
Se cruzan en su mente,
Mi rostro apareciera!
Si un suspiro por mí, solo un suspiro
De su pecho saliera!".....
Agitado me acerco, y la saludo
Con temblorosa voz; y quedo mudo
Al ver que levantando la cabeza

Me mira con despego,
Y la inclina otra vez y torna luego
A su meditacion y á su tristeza......
GARC.—¿Qué hicísteis, infeliz?
BOSC.— Volando ciego,
Y comprimiendo de dolor el grito,
A un oscuro salon me precipito......
Y cual niño lloraba
Que á la madre perdió. Despues furioso,
Como arrabiado can, ¡yo! miserable!
En las heladas losas
Mi cuerpo revolcaba,
Por ver si mitigaba
De mi sangre el hervor insoportable!
GARC.—El legítimo amor es ángel bueno
Que ahuyenta del espíritu las nieblas;
El amor criminal, de angustias lleno,
Es ángel de tinieblas.
—En la casa vivís de vuestro tio:
¿Qué habeis hecho despues?
BOSC.— Cuanto es posible
Desa muger evito la presencia.
Mas cada vez que escucho
El crugir de sus ropas, ó que siento
El abrasado viento
Que con ellas agita,
Mi corazon palpita,
Y se enciende mi sangre,
Y se opaca mi vista, y con fiereza
La fiebre despedaza mi cabeza.
GARC.—¿Sabe vuestra pasion?
BOSC.— ¡Oh! no la sabe;

Aun queda honor en mi alma y nunca olvido
Que es de otro, y que don Juan es su marido.
GARC.—Si hay virtud en el mundo, en vos se esconde.
—Ausentaros empero
De Méjico debeis; volad adonde
Lejos esteis del precipicio fiero.
BOSC.—Nada temais, pues que ella
Odia á los españoles,
Y yo soy español.
GARC.— ¡Consuelo amargo!
Mas yo acá en mi interior los aborrezco
Tambien y anhelo su completa ruina;
Y á vos, Boscan, os amo sin embargo.
BOSC.—¿Crees que amarme pudiera?
GARC.— No.
BOSC.— Pues deja
Que mi dolor consuele
A todas horas viendo
Su seductora faz.—Es mi delicia
Los objetos tocar que ella ha tocado,
Y sentarme donde ella se ha sentado.
—Ya oscureciendo va. Quiero un instante
El aire libre respirar.—Amigo,
Adios!
GARC.— Adios, mancebo infortunado!
[*Vase Boscan por el fondo; Garcerán le acompaña hasta la puerta, y vuelve.—La opacidad va en aumento hasta el fin de la jornada.*]

XV.

GARCERAN.

A tí te ahoga la mano
De una pasion criminal.

Y á mí el aguijon me mata
De la venganza tenaz.
De tu corazon y el mio
¿Cuál es mas perverso, cuál?
Pues que uno y otro caminan
Por la ruta de Satan.
Tu fortuna y mi fortuna
Nos despeñan á la par;
Y el Dios eterno indignado
De ambos aparta la faz.

[*Oye ruido por la izquierda, y va á sentarse en un rincon del teatro.*]

XVI.

GARCERAN, PEREIRA, SAYAVEDRA.

SAYA.—Os excedísteis un poco
En palabras con don Juan.
PERE.—Tanta insolencia no puedo
Por mas tiempo soportar;
Y mientras él orgulloso
Con risible magestad
Nos hablaba, yo á mis solas
Juré su ruina total.
SAYA.—Yo tambien juraba, pero
Sabia disimular.
PERE.—Vos disimulais con todos;
Por vida de Barrabás......
No sumision y apatía,
No indolente flojedad,
No esa pequeñez menguada
Son buenas para medrar.

Para triunfar en la corte,
Fuerza es mucha actividad,
Mucho valor, mucha audacia
Y una vista perspicaz.
Pero vos, si á la horca os llevan,
Y alguno allí os dice: "Hablad,
Pues equivocadamente
Os van á sacrificar;
Decid quién sois al verdugo,
Y al momento os soltará!"
Vos respondereis: "No, amigo;
Conviene disimular."
—Mil rayos os pulvericen;
Id al infierno voraz,
Y gozosos los demonios
La sangre os calentarán.
SAYA.—Os desconozco, Pereira.
Vive Dios que loco estais.
Ved que tengo cincuenta años,
Vos treinta y cinco no mas;
No rechaceis imprudente
La esperiencia de mi edad.
PERE.—Con toda vuestra esperiencia
El diablo os ha de llevar.
Si yo asaltara una plaza,
Ved de la batalla el plan.—
Los mancebos por delante
Con los mas tiernos atras,
Y á retaguardia los viejos
Quédense para rezar.
SAYA.—No me alterarán las pullas
De vuestra burla mordaz.
Dejemos volar el tiempo,

Y el resultado dirá
Quién de los dos es sensato
Y quién loco pertinaz.
PERE.—Vos sabeis, como la zorra,
Los momentos acechar
En que la res esté enferma,
O sin defensa, ó mortal;
Y ya entonces velozmente
A ella seguro os lanzais.
Yo no tengo tal paciencia,
No tengo pachorra tal;
Si la sangre se me sube,
De todo soy yo capaz.
SAYA.—Y ¿cuándo vuestras pasiones
Podré, Pereira, atajar?
PERE.—Cuando el aquilon sañudo
En un vaso contengais.
No os canseis mas, Sayavedra;
Sabeis fingir, yo sé obrar;
Y ó mi talento es de topo,
O el gigante morirá.
SAYA.—¡Pereira!
PERE.— ¿De mi propuesta
Quizá os escandalizais?.....
Vive el cielo, don cartujo!....
SAYA.—Mas ¿qué designio infernal....
PERE.—Le haré morir, ya os lo dije;
Yo le mandaré matar,
Y entonces doña Mariana
Recompensarme querrá.
SAYA.—Darle la muerte es quimera
Que os sugirió Satanás.

Demas, ¿quién admitiria
Tal encargo?

GARC.—[*Levantándose.*] Garcerán.

SAYA.—Escuchándonos estaban.
¡Traicion!

PERE.— Muera!

GARC.— No temais.
Aunque no admitais mi brazo,
No os inquieteis, sé callar.

PERE.—No me inquieto. Si temiera,
Te mataria.

GARC.— Haya paz.
Si no admitís mis servicios,
Buenas noches, voime ya.

PERE.—Espérate.

SAYA.— ¿Confiariais
En este pelafustan?

PERE..—¿Cuánto quieres por el golpe
Que en esta noche has de dar?

GARC.—Yo no mato por dinero,
Ni soy asesino.

PERE.— Ya......

SAYA.—Pues algo os mueve sin duda
A dar la herida mortal.

GARC.—Deseo hacerme justicia,
Pues él no la hace. Yo acá
Mis motivos tengo: ¿es cosa
Que los he de publicar?
Os serviré: en recompensa
Me dareis seguridad.

PERE.—Yo la prometo.

GARC.— Me basta
Que vos me la prometais.

PERE.—Pues te vedaron las armas,
¿Quieres alguna?
GARC.— Es demas;
[*Sacando un puñal.*]
Pues siempre traigo conmigo,
No os asusteis, un puñal.
PERE.—Cuando esta noche á su casa
Vaya en su coche don Juan,
Puedes matarle.
GARC.— No acepto
El consejo que me dais.
PERE.—Al conde Villamediana
Así en Madrid.....
GARC.— Lo sé ya;
¿Mas lo que en Madrid se hace
Aquí habremos de imitar?
Esta noche iré á su casa:
Ya tengo entrada.
SAYA.— ¿Eso mas?
GARC.—Antes de mandarle al cielo
Quiero con él platicar.
—En fin, voy á prepararme.
Adios, señores.
PERE.— ¿Te vas?
GARC.—Sí. Mañana convendremos
En dónde se ha de enterrar.
[*Vase por el fondo.*]

XVII.

PEREIRA, SAYAVEDRA.

SAYA.—¿Y en manos deste asesino
Vuestro secreto entregais?....

¿Qué habeis hecho? . . . . Ese nos vende,
Nos vende ese Garcerán.
PERE.—Odia à don Juan.
SAYA.— Si lo mata,
Mañana os delatará.
PERE.—Vos, que siempre el Evangelio
A trochemoche citais,
Aunque sus preceptos nunca
Habeis sabido guardar,
Os acordareis que dice
O San Lúcas ó San Juan,
Que quien á hierro matare. . . . .
—¿Cómo sigue lo demas?
SAYA.—A hierro debe morir.
PERE.—Pues á hierro morirá.

[*Vanse por el fondo.*]

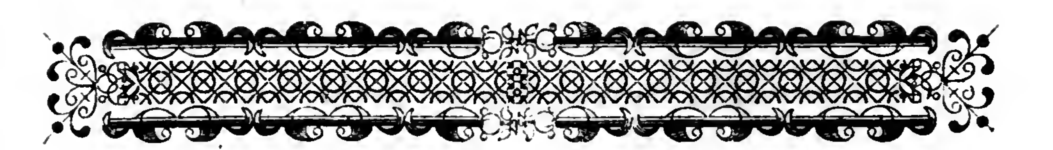
Fin de la jornada primera.



JORNADA SEGUNDA.



En viéndote tan hermosa,
Te contemplé desdichada.
(ALARCON.—*La amistad castigada.*)



Pieza de tránsito en la casa de don Juan Manuel.—Una puerta á la izquierda; un balcon á la derecha; en el fondo, á la izquierda, otra puerta, y una ventana á la derecha.—A la derecha del proscenio un bufete con papeles.—Sillas.—Luces.—(Noche oscura.)

I.

DOÑA MARIANA.

[*Aparece Mariana, con trage blanco de casa, en el balcon, cabizbaja y abatida, se retira luego y se sienta.*]

Por entre nubes la luna
Su faz ocultando está;
Así en tinieblas se va
Envolviendo mi fortuna!
¿Pero hay en la tierra alguna
Muger que sea dichosa?
Por mas que vuelva afanosa
El libro de su destino,
Verá que el cielo divino
Vida les dió trabajosa.
¡Oh muger! ¡cuál es tu estrella! .....
Un desierto árido y triste

Miras, si fea naciste;
Un abismo, si eres bella.
El cielo en tu frente sella
Sentencia que has de llevar
De devorante pesar;
Pues se hicieron, ¡oh muger!
Tu alma para padecer,
Tus ojos para llorar.
De Eva recibiste en dote
Maldicion de eterno lloro;
Eres un ídolo de oro,
De la humanidad azote;
A quien infiel sacerdote,
Cuando lo ve en su apogeo,
Cubre de espléndido arreo,
Y adora humilde y abraza;
Y despues lo despedaza
Para su lujo y recreo.
¿Quién comprenderá tu suerte?—
Eres esclava y señora,
Cordero y sierpe traidora:
Das la vida y das la muerte.
Con asombro en tí se advierte
Que eres fuente de consuelo,
Que eres manantial de duelo,
Que eres un ángel caído
En los aires suspendido
Entre el infierno y el cielo.
Si al hombre oprime el pesar,
Vuela por los campos luego,
O se precipita ciego
Por los desiertos del mar,
O en zambras va á disipar

El tormento que lo agita;
Mas la muger se marchita
Como aprisionada flor,
Y solo ve su dolor
La cámara donde habita.
  Cuando el hombre en su pasion
Se sumerge delincuente,
Halla en el hombre prudente
Ya olvido, ya compasion;
O ve con satisfaccion
Que aplaude y tiene en gran precio
Sus estravíos el necio;
Mas ¿qué es lo que llega á ver,
Si delinque, la muger?
¿Qué, sino infamia y desprecio?
  ¡Pobre muger! que has nacido
Para juguete del hombre;
¡Pobre muger! cuyo nombre
Fué del cielo maldecido;
¡Pobre muger! que has venido
A la tierra para ser
Cristal que puede romper
Un niño que se divierte;
¡Pobre muger! es tu suerte
Infeliz..... ¡Pobre muger!.....

[*Inclina la cabeza como desfallecida.*]

II.

MARIANA, BOSCAN (*por la izquierda*).

BOSC.—Allí está...—¡Cuán hermosa!...—Su semblante,
Cual rayo melancólico de luna,

Tristeza inspira al corazon....—¿Su mente
Tal vez vaga perdida en las regiones
De mentidas visiones;
O ve de Dios el trono refulgente,
Y de arcángeles puros las legiones?

[*Pausa.*]

¡Oh muger! los espíritus del cielo,
No envueltos en el velo
Que ciega á los mortales,
Leerán tus pensamientos vagarosos,
Y darán de placer vivas señales......
¿Quién pudiera vivir en tu alma pura?
¿Quién ver tu corazon? ¿quién un recuerdo
Imprimir en tu mente?.....

MARI.—[*preocupada.*]
¡Infeliz!

BOSC.—[*sorprendido.*] ¡Qué oigo!

MARI.—[*viéndolo.*] ¡Cielos!

BOSC.—[*yéndose.*] ¡Imprudente!.....

MARI.—Don Lope, ¿os retirais?

BOSC.— Sí: no querria
Molestaros.

MARI.— ¿A mí?

BOSC.—[*en ademan de irse.*] Guárdeos el cielo.

MARI.—Id con Dios.

BOSC.— ¿Mandais algo?

MARI.— No; tan solo
Que desterreis esa habitual tristeza.

BOSC.—¡Imposible!

MARI.— ¿Por qué?

BOSC.— No está en mi mano.

MARI.—¿Por qué, si os esforzais?

BOSC.— Porque es en vano
Oponerse á la igual naturaleza.
MARI.—Muy abatido estais.
BOSC.— Crudo martirio,
Aquí donde me veis, rompe mi seno.
MARI.—Lo que os persigue ¿es tedio?
BOSC.— Es un delirio.
MARI.—Sin duda padeceis.
BOSC.— Más que os parece.
MARI.—¿Sois desgraciado?
BOSC.— Mucho.
MARI.— ¿Por qué causa?
BOSC.—Es tan vil, que ocuparos no merece.
MARI.—Decidla sin embargo.
BOSC.— No es posible.
MARI.—Pues no me la digais.
BOSC.—[*con dolorido acento.*] ¡Trance terrible!
—Adios.
MARI.— Adios.
BOSC.— Os ruego
Que no guardeis rencor.
MARI.— Ninguno os guardo.
BOSC.—¡Ah!
MARI.— Compasion me dais.
BOSC.—[*indeciso entre irse ó quedarse.*] ¿Qué es lo que aguardo?
MARI.—¿Qué teneis?—Acercaos.
BOSC.— ¿Yo?
MARI.— Vos mismo.
BOSC.—¿Es cierto, ú es engaño del abismo? . . . . .
¿Es cierto lo que oí?
MARI.— Temblais, don Lope.
BOSC.—Tiemblo, es verdad.

MARI.— ¿Por qué? ¿De alguna fiera
Veis ante vos los afilados dientes?
BOSC.—¡Oh! no.
MARI.— ¿Pues qué?
BOSC.— Yo tiemblo cual si viera
De un arcángel las alas relucientes.
¡Ay! ¡Mariana!....—Dios mio,
Ten lástima de mí!......
MARI.— ¡Boscan!
BOSC.— ¡Mariana!
Cuán desgraciado soy!.....
MARI.— ¿Soy yo dichosa?
BOSC.—¿Padeceis vos tambien? ¿vos? ¿tan hermosa?
MARI.—Hermosa ó no, en el mundo
Persigue á la muger hado iracundo.
BOSC.—Pues que sois infeliz, ya nada temo.
Dos almas que padecen, al instante
Se hablan y se comprenden.—Mas la vuestra
Aborrece, detesta á los que España
Miró nacer. ¿Por qué tan cruda saña?
¿No hablais la misma lengua? ¿no es la misma
Su religion tambien que la que reina
En vuestro corazon? ¿y sus costumbres
No son las vuestras?
MARI.— Sí; pero en mi seno
Ellos vertieron infernal veneno.
BOSC.—¡Mariana! ¿qué decís?
MARI.— Era mi padre,
Como vos, español; y yo vivia
Contenta y retirada en Zacatecas,
Donde ví, por mi mal, la luz del dia.
Por mi mal vine á México, arrastrada

Del deseo imprudente
De ver la capital de nuestro reino.—
Desacordada idea:
¡Oh si nunca pasara por mi mente! .....
BOSC.—¿Mas qué fatalidad. .....
MARI.— Mi padre quiso
Que de don Juan Manuel fuera yo esposa.
BOSC.—¿No os casásteis con él por vuestro gusto?
MARI.—No.
BOSC.— ¡Muger infeliz!
MARI.— Bien desdichada.
BOSC.—¿Víctima fuísteis de avaricia loca?
MARI.—Mi ya difunto padre oro tenia,
Y sus arcas henchia
Con ricas minas. Mas la negra idea
De que cubre el oprobio á los que vieron
La primer luz en Nueva-España, su alma
Obcecada tenia,
Y á hundirme en la desgracia lo impelia.
—Cuatro años ha don Juan de mí prendóse;
Y mi padre notando
Cuánto era su poder, cuánto su influjo,
A entregarme en sus manos se redujo.
BOSC.—¿No os opusísteis?
MARI.— ¿Yo?
BOSC.— Vos.
MARI.— Imposible.
BOSC.—¿Por qué?
MARI.— ¿Lo preguntais?
BOSC.— No me acordaba
Que es la muger. ....
MARI.— —Esclava.
BOSC.—¡Oh destino cruel!

MARI.— ¡Destino horrible!
BOSC.—¡Mariana!
MARI.— Tengo orgullo, y al mirarme
Vendida y humillada
Cual bruto irracional, pensé en vengarme.
BOSC.—¿Es posible? .... ¿Y un vaso tan luciente
Puede en sí contener ponzoña ardiente?
MARI.—No os asusteis: fué idea
Que un instante no mas pasó en mi mente.
—Mas don Juan.... su carácter.... Si es honrado;
Si tiene un corazon digno de un ángel;
Si en casa del virey, y con doña Ana
Es afable y cortés.... si allí sonrie......
Es diferente acá.—Nube sombría
Su faz envuelve, adusto y pensativo
Se manifiesta siempre; y si habla, poco
Deja escuchar su voz.
BOSC.— Mas ¡cuánto os ama!
¡Cómo os busca!
MARI.— Es verdad: mas aunque anhela
Amable parecer, no lo consigue.
Espanta su cariño; sus halagos
Hacen temblar, y su sonrisa yela.

[*Cúbrese el rostro, y llora.*]

BOSC.—¡Cómo ese llanto el corazon destroza!
¡Mariana! .... yo tambien llorar quisiera.....
Gime mi pecho, y vuestra suerte fiera
En manto de dolor mi alma reboza.
—Si la opresion os hizo desgraciada,
La libertad, que á todos alboroza,
De nada sirve á mi existir.
MARI.— ¿De nada? .....

BOSC.—Yo en la pobreza y el dolor vivia,
Presa infeliz de mi destino incierto;
Y libre como el aire en el desierto
Por los campos de España discurria.
El tedio me seguia;
Y de guerrero ardor llena mi alma,
Volé tras las banderas españolas
Para ahogar mi miseria, y mi agonía,
Y mi inquietud sombría
De la batalla en las hirvientes olas.
—¡Oh recuerdo de horror! . . . . Corriendo ciego
Y vibrando mi espada, entre las selvas
De brilladoras lanzas combatia;
Y mi pecho se hinchaba
De regocijo vil, y vivo fuego
Animaba mis ojos
Cuando sangre mi acero destilaba
Y mi alazan hollaba
De muertos enemigos los despojos.
MARI.—¡Oh criminal furor!
BOSC.— ¡Furor terrible!
Del triunfo la embriaguez me conmovia;
Mas pasado el calor, me paseaba
Por el teatro del combate horrible,
Pensativo y convulso,
Cubierto de sudor, latiente el pulso.
Los tristes alaridos
De infelices heridos;
Los palpitantes cuerpos, despojados
De ropa y sepultura;
Y los abiertos cráneos y los pechos
En el sangriento polvo revolcados,
Mi corazon llenaban

De horror, de compasion y de amargura,
Y en lágrimas mis ojos se arrasaban.
MARI.—¡Oh! . . . . .
BOSC.— ¡Recuerdos funestos!
¿Quién contener pudiera sus gemidos
Al ver los canes acudiendo prestos
A devorar entre hórridos gruñidos
Del banquete infernal los tibios restos?
MARI.—Basta, Boscan. . . . ¿Y siempre
De alegría dilatan vuestro seno
Tales escenas?
BOSC.— No, que ya detesta
Mi corazon de la bombarda el trueno.
MARI.—¿Qué buscábais en ellas?
BOSC.— ¿Qué buscaba?—
Un enemigo al tedio, sensaciones,
Un no sé qué que á mi vivir faltaba.
MARI.—¿Lo encontrásteis?
BOSC.— ¡Oh! no. . . . tan solo hastío,
Y en mi pecho aridez y hondo vacío.
—Engañóse mi mente: no la guerra,
No la sangre, el rencor ni los estragos
De inhumanas batallas, en la tierra
Mi corazon buscaba. La ternura,
Las suaves caricias, los halagos
Necesitába yo de la hermosura.
Una vida apacible, sosegada,
Que de la eternidad al oceano
Bajara con blandura
Cual ave que desciende á su morada.
Y que desta belleza
Reclinada en el hombro mi cabeza,
Ni de un amigo falso la perfidia,

Ni de vendidos jueces la fiereza,
Ni de vil corazon la negra envidia,
Ni de bastardo amor el necio encanto,
Ni los azares de la varia suerte,
Ni la agitada guerra, ni la muerte
Me pusieran espanto.—
Encontré esta muger. Mi estrella impía,
Al presentarme en México, delante
Me puso su semblante;
Y de entonces acá mi fantasía
Mansamente en las auras se remece
De ilusiones traidoras,
O vaga arrebatada
Del aquilon sañudo
En las tendidas alas voladoras.
—El brillo de sus ojos me estremece,
La triste palidez de su semblante
En vagas ilusiones me adormece.
Su voz es para mí como al cautivo
Cántico nacional que las delicias
De su niñez le representa al vivo.

MARI.—¿Dónde está esa muger? con ella uníos
Y sed felices ambos.

BOSC.— Ay! ¿felices?
Si tal pudiera ser, ¿no fuera mia,
Yo suyo para siempre? yo! que ansioso
Por un desierto de arenal ardiente
Pasara por mirarla solamente!.....

MARI.—¿Pues quién puede impedir.....

BOSC.— ¿Ya no os lo dije?
¿Aun no me comprendeis? ¿Nada en el alma
Os revela mi amor?.....

MARI.—[*con imperio.*] ¡Boscan!

BOSC.— Mandadme
Que pase mi existencia recostado
Sobre insepultos muertos,
Mas no mostreis el rostro tan airado.
MARI.—Idos de aquí, Boscan; si alguno viene,
¿Que pensará de vos?
BOSC.— ¿Qué? .....
MARI.— Conteneos.
BOSC.—Si el volcán reventó, ¿quién lo contiene?
Ya os dije la verdad, ya á vuestra vista
Mi corazon os presenté desnudo.
Ahora, si quereis, dadme la muerte,
Mas no me hareis callar, ¡no! que mi labio
Estar no puede ya, cual antes, mudo.
MARI.—Llamad á la virtud.
BOSC.— ¡Virtud maldita! .....
¿Quién me habla de virtud, cuando amor solo,
Amor, hirviente amor mi pecho agita?
MARI.—[*yéndose.*]
Adios quedad.
BOSC.— ¿Y me dejais?
MARI.— El cielo
Tenga piedad de vos.
BOSC.—[*tomándola de un brazo, y deteniéndola con resolucion.*]
No! deste punto
No os dejaré partir, si vuestro labio
No me dice que me ama ó me desprecia.
Hablad, resuelto estoy.
MARI.— (Oh muger necia!
Oh femenil debilidad! .....)
BOSC.— Amadme,
Amadme por piedad, ó solamente,
Por compasion, odiadme.

¿No me veis? ¿no sentís mi mano trémula?
¿No veis cuánto padezco?
¿Y en premio de mi amor nada merezco?
MARI.—Olvidais quién soy yo.
BOSC.— Todo lo olvido.
Obligacion, virtud, honor, decoro,
Todo, todo me es ya desconocido......
Menos que eres un ángel, que te adoro,
Que renuncio á la dicha, si me amas,
Que por solo un suspiro de tu seno,
Si lo mandaras tú, de gozo lleno
Me arrojara en un mar de vivas llamas.

[*Mariana se cubre el rostro con un pañuelo.*]

—¿Pero bajas la faz, y me la ocultas?.....
¿Qué miro?... ¿será cierto?... Sí, tus ojos
Arrasados están en llanto ardiente.....

[*Tomándola una mano.*]

—¿Tiemblas?... Ya soy feliz, ya nada quiero..
—Gracias, gracias te doy, cielo clemente!...

[*Quedan silenciosos por un momento, Boscan apoya un brazo en el hombro de Mariana.*]

MARI.—Lope!....
BOSC.— Mi bien, mi amor.... Alza el semblante.
Déjame verte á mi placer: mis ojos
Fijarse necesitan en los tuyos....
Quiero escuchar tu voz, tu voz amante!....
—No me engañaba mi pasion tirana:
Nunca creí que tú me aborrecieras.
Para vivir unidas, el Eterno
Nuestras almas creó, y á desunirlas
No fuera poderoso el mismo infierno!....
—Tú me amas: ¿no es verdad?... Si yo me engaño,
No disipes mi error.... Tan venturoso

En este instante soy!.... Mas yo deliro....
Sí, tú me amas: lo sé, lo oigo, lo miro!....
¿No es verdad?... ¿No es verdad? Habla, Mariana.
¿Lloras? ¿lloras, mi amor?... Dulce es el llanto!....
¿No ves? lloro tambien......

MARI.—[*ocultando su rostro en el pecho de Boscan.*]
¡Boscan!

BOSC.— Tú me amas.

MARI.—Y no lo conocias.

BOSC.— ¿Qué me importa
Si al fin lo descubrí.... si al cabo unidos
Estamos hoy, si siente
Mi corazon del tuyo los latidos!

MARI.—Lope!.....

BOSC.— Llora, mi bien. El lloro tierno
Es un licor que el cielo nos concede
Para enervar nuestro dolor eterno.
Clemente es Dios, pues que mi suerte impía
Me sonrie por fin, y tú amorosa
En fuego celestial mi pecho inflamas.
Soy feliz, muy feliz, Mariana mia.
¿Eres feliz tambien?.....

MARI.— ¡Ay!

BOSC.— Tú me amas.

[*Quedan silenciosos y abrazados por algunos momentos; de súbito se aparta Mariana, y se va precipitadamente por el fondo. Boscan queda inmóvil y como sin sentido.*]

III.

BOSCAN.

[*Se pasea agitado y cabizbajo, luego se para como aturdido y se agarra con ambas manos la cabeza.*]

¡Pobre cabeza humana!....—Mi cerebro
Es plomo liquidado....

[*Paseándose apresuradamente.*]

Yo quisiera correr. . . .

[*Parándose.*]

—Llorar quisiera. . . .

—El aire que respiro arde abrasado.

[*Derribándose en una silla.*]

—¡Qué fatigado estoy! . . . . Vapor espeso
En torno me circunda,
Y siento en mi pulmon horrible peso. . . .

[*Silencio.*]

¡Cómo anhelo un amigo, un solo amigo
Que gozara conmigo
De mi felicidad! . . . . ¡Soy tan dichoso!. . . .
—Ahora estrecharia entre mis brazos
A un asesino atroz, á mi enemigo!

[*Moviendo agitadamente la cabeza y sonriendo.*]

—Si en el cielo se siente lo que siento,
¿Hay ángel que no sea venturoso?
—¿Dó hallaré oidos que escuchar quisieran
La historia de mi dicha?
¿Dó un cuello que estrechar? ¿dónde unos ojos
Que con placer mi regocijo vieran? . . . .
¿Dó un amigo sincero? . . . .
¿Dónde? . . . . ¡Infeliz de mí! soy estrangero! . . . .

Lleva una mano á la frente, y alza la cabeza y la deja caer como un hombre agobiad
[*de sueño; luego fija la vista en un lugar, luego se pone la mano en el corazon.*]

¡Cómo me pesa el corazon! . . . .

[*Apoyándose en la silla se levanta desfallecido y alza los ojos al cielo.*]

—Dios mio,
Da fuerzas á mis miembros. . . .

[*Cruza los brazos y se pasea lentamente.*]

—¡Oh miserias! . . .

[*Agitado se acerca á la mesa y se apoya en ella.*]

—Ya revientan convulsas mis arterias,
Ya siento de la muerte el calofrio!....

[*Respirando con mucha fuerza.*]

El aposento estrecho
Es para mí.....

[*Paseando la vista y como con estremada agitacion.*]

—Estoy lóco....

[*Vacilando desvanecido, con semblante aterrado, y pasando sus manos ya á la cabeza ya al corazon.*]

—¡Ay! mi mente se pierde!..... Aquí en mi pecho....

[*Con acento terrible.*]

—¡Oh! qué horrible calor! yo me sofoco!

[*Corre precipitadamente al balcon, lo abre de golpe y se apoya en la baranda.—Algunos momentos despues sale don Juan por la izquierda.*]

IV.

BOSCAN, DON JUAN.

JUAN.—En el balcon está....—¡Cuán distraido!....

[*Quítase ferruelo, sombrero y espada, y los pone en una silla.*]

—¡Lope!.... ¡Lope!....—No me oye....

[*Párase mirando al balcon.*]

—Noche oscura
Como mi corazon.......

[*Sentándose junto al bufete.*]

—¡Boscan!... ¡Don Lope!....

[*Boscan aparece demudado, y permanece cercano al balcon.*]

BOSC.—Señor.....

JUAN.— Tengo que hablarte.

[*Para sí, y como distraido.*]

—Fiera lucha
Traban las penas en mi triste pecho,
Y por hundirme en el abismo pugnan.

A pesar de los puestos y del oro
Que el virey generoso en mí acumula,
Ni un momento de paz y de delicia
Avara me concede la fortuna......

[*A Boscan, despues de un instante de silencio.*]

—Acércate.

[*Boscan se pone á un estremo del teatro.*]

—¿Tan lejos?

[*Boscan se acerca.*]

—Quiero verte
Sentado aquí conmigo.—(Se demuda.)

[*Boscan se sienta á cierta distancia.*]

—Junto á mí.

[*Boscan acerca su silla.*]

—Junto á mí. ¿Me tienes miedo?

[*Boscan se pone á su lado sin levantar los ojos del suelo, y permanece inmóvil.*]

—Para soldado tu modestia es mucha.

BOSC.—Señor......

JUAN.— Un hijo me negó el Altísimo;
Y mi esperanza, Lope, en tí se funda.
Te he sacado del polvo en que yacias,
Y te abro á la grandeza holgada ruta.
Serás lo que no he sido:—conde, duque,
Virey.... ¿Qué mas? En tu memoria busca
Si ha existido en el mundo quien al solio
Desde humilde solar rápido suba.
¿Qué no puede alcanzar discreto jóven
De ardido corazon y mente astuta
En un país abandonado y nuevo,
Si una suerte feliz le presta ayuda?
A veces en la noche silenciosa
Mil fantasmas de gloria me circundan,

Y luciente vision ante mi vista
Llega, me ve, sonrie y me saluda.
¿Qué te dice tu pecho? ¿Tu alma siente
De elevada ambicion la llama oculta?
¿Mil deseos de fama y de grandeza
En tu lozana mente no se agrupan?....
—Un encumbrado puesto te preparan
El virey, mi desvelo y tu fortuna:
Mañana mismo tu carrera empieza,
De la corte prepárate á la lucha ....

(Silencio.)

—Qué piensas, hijo mio? ¿no respondes? ....

BOSC.— [*despues de algunos instantes, y como volviendo de un profundo letargo.*]
Verdad decís, señor, ¿pues quién lo duda?

JUAN.—¿Durmiendo estás? ¿No atiendes? Alza el rostro.
Pues sellaré mi labio si no escuchas.

BOSC.—Atento estoy.

JUAN— El hombre que posee
Talento no comun, alma robusta,
Jamas hunde en el polvo la cabeza,
Por mas que haya nacido en baja cuna,
Por mas que altiva suerte lo desdeñe
Y le persiga la miseria cruda;
Que solo á Dios se dobla la rodilla,
Y solamente su palabra augusta
Sin exámen se atiende, y sin exámen
La razon debe obedecerla muda.
—Tú mozo todavía, tú discreto,
Tú que de mi poder en la columna
Un apoyo encontraste, abre la mente
Y un porvenir dichoso te asegura;
Que si te aduermes hoy, quizá mañan
Tengas que mendigar favor y ayuda,

Y obedecer sumiso los mandatos
De un amo vil, y de su faz adusta
Sufrir medroso el altanero ceño,
Devorando tu cólera y tu angustia.
BOSC.—¡Generosa bondad! .... (De mi conciencia
Espíritus siniestros se aseguran.)
JUAN.—¿Qué dices?
BOSC.— (Claramente estoy mirando
De mi infiel corazon la llaga inmunda.)
JUAN.—¡Cuán demudado estás! ¡cuán pensativo!
¿Acerbas penas tu vivir enturbian?
Tu padre soy, tu padre que te adora:
Descarga en mí el pesar que te atribula.
Mira que con callar rompes mi seno,
Y mas que á tí me mata la amargura.
—Franco seré contigo: yo confio
Que tú conmigo lo serás sin duda.—
Aunque en lugar me ves alto y potente,
No soy feliz, Boscan, mi voz lo jura.
Mi corazon ha tiempo que un amigo
Candoroso y leal con ansia busca;
Pues tú sabrás que el corazon no vive
Si en otro corazon puesto no ocupa.
De todos desconfio, pues que en todos
Me parece notar traidora astucia,
Y que acechando están para robarme
Riquezas y honra con la vida juntas.—
Tú llenas el vacío de mi pecho,
Tú, cuyo hidalgo pensamiento nunca
En la traicion se recogió ni el crímen
Que en los palacios imperando triunfa.
Serás mi único amigo: tú naciste
Modelo de amistad y de ternura.

BOSC.— [*levantándose con estremada agitacion.*]

¡Basta ya! . . .—¡Corazon, muéstrate todo!....
—¡D. Juan! un monstruo soy!—Oh negras furias,
¿A dónde me arrastrais? . . . .—Nada deseo,
Nada quiero, don Juan....—¡Ah suerte injusta!...

JUAN.— [*levantándose.*]

No comprendo.... ¡Boscan! ¿qué es lo que dices?
Declárate por Dios.

BOSC.—[*como insensato.*] Mi alma es impura;
Soy un traidor. . . . .

JUAN.— ¡Boscan!

BOSC.— Aleve, ingrato . . . .

JUAN.—¡Boscan!

BOSC.— Merezco muerte.

JUAN.— ¿Tú?

BOSC.— Muy justa.

JUAN.—¿Por qué? ¿cuál es tu crímen?

BOSC.— ¿Habeis visto
Alguna vez mi frente taciturna?
¿Mi mirar triste, pálido mi labio,
Tardo mi paso, mi memoria oscura?

JUAN.—Sí.

BOSC.— ¿Lo notásteis?

JUAN.— Sí. . . . que sí, te digo.

BOSC.—¿Y ninguna sospecha. . . . . .

JUAN.— ¿Qué?

BOSC.— ¿Ninguna? . . .
¡Oh ceguedad! . . . .

JUAN.— Declárate.

BOSC.— Yo infame,
En manto de traicion el alma oculta,
Procuraba robarle de su amada
La fe y el casto amor. . . . .

JUAN.—[*tomándole furiosamente un brazo.*]

¿Y tal pronuncias?
¿No sabes que firmando tu sentencia
Estás, Boscan, y que mi mano busca
La espada ya con que rasgar tu seno?
¿Y que la sangre mia que circula
Por tus venas no basta, miserable,
A contener de mi rencor la furia?
Huye de aquí, perverso; de mis puertas
Mi indignacion, mi cólera te empujan.

[*Lo repele con fuerza y corre agitado á sentarse.*]

BOSC.—[*despues de algunos instantes, como despertando de un sueño, y acercándose pausadamente á don Juan.*]

A hombre que delinquió, no desa suerte
Se le arroja cual fétida basura;
Antes se le confunde, y á su vista
Sus maldades se cuentan una á una;
Que es dar lugar á que al salir publique
La bárbara sentencia y absoluta....
—Me voy, don Juan.... En mi lugar os dejo
Memoria que será vuestra tortura,
Un interior disgusto, un ángel malo
Que, con acento sordo y como en burlas,
Siempre os diga al oido:

[*Apoyando una mano en el respaldo de la silla de don Juan, é inclinándose á él confidencialmente.*]

"—Era inocente;
Una accion cometísteis bien injusta....
Mientras gozais de honores y riquezas
El va por sendas caminando incultas
Solo, triste, abatido, sudoroso,
Destrozadas sus pobres vestiduras,
Cansado, enflaquecido, endeble, hambriento,
Lánguido su mirar, su faz difunta,

Esperanzado en Dios, que al infelice
Un pan de compasion no le rehusa,
Y al cabo de sus dias fatigosos
No le niega modesta sepultura."

[*Boscan quiere irse, don Juan se levanta y se arroja en sus brazos.*]

JUAN.—No mas, cruel, no mas.... ¡Lope! ¡hijo mio!
BOSC.—Mi padre sois.... Me amais....
JUAN.— Más que presumas.—
Quien no ama es criminal, ó ya del crímen
Pisa impasible la sangrienta ruta.
BOSC.—Cuántos, amando, criminales fueron!
JUAN.—Los malos la virtud en vicio mudan.
—Mas ábreme tu pecho.—¿Por qué ahora
Te dejaste arrastrar desa locura?
Algo me escondes, Lope; si me amas,
A tu padre, á tu amigo, nada encubras.
BOSC.— [*afectando indiferencia.*]
Necedades de niño, ensueños locos;
Sanguinarias visiones que me abruman;
Fantasmas que me cercan y me acosan,
Y rompen mi alma y mi razon ofuscan.—
Vos no me entendereis, pues que yo mismo
Tan solo alcanzo opacidad confusa.
JUAN.—Mas ¿cuál tu crímen es? ¿qué es lo que has hecho?
¿Qué iniquidad tu corazon enluta?
BOSC.—(*sorprendido y con una agitacion que va creciendo.*)
¿Iniquidad?
JUAN.— ¿De un crímen, de una infamia,
Tu conciencia no dices que te acusa?
BOSC.—¿Mi conciencia?
JUAN.— No ha mucho lo dijiste.
BOSC.—¿Yo?
JUAN.— ¿Me lo niegas?

BOSC.— ¿Yo negarlo? ¡Nunca!

(*Distraido.*)

Soy criminal.... mas ella....

JUAN.— ¿Quién es ella?

BOSC.—¡La razon! ¡la razon! que no me alumbra!

—Oh cerebro infeliz! ¿de qué me sirves,

Si es mi cabeza tenebrosa gruta!

JUAN.—Las bastardas pasiones solamente

Son los demonios que los pechos turban.

Los vicios embrutecen las potencias;

Los vicios, Lope, tu vivir enturbian.

BOSC.—No, que inocente soy.

JUAN.— ¿Tú?

BOSC.— Sí.—(¡Mentira!)

JUAN.—(Algun pesar el desdichado oculta.)

BOSC.—Dejar quisiera la ciudad....

JUAN.— ¿Qué dices?

BOSC.—Un año, poco mas.... Quizá la holgura

Del campo, y la fatiga del camino

Borrarán el dolor que me atribula.

JUAN.—¿A dónde piensas ir?

BOSC.— A Zacatecas.

(Allí el lugar veré que fué su cuna.)

JUAN.—Lo pensaré..... —Retírate....—Un instante....—

Dí á mi esposa que venga.

BOSC.— [¡Oh Dios!]

JUAN— ¿Qué dudas?

[*Vase Boscan por el fondo.*

V.

DON JUAN.

¡Insensato mancebo!.... ¿Quién pudiera
Iluminarme en tan fatales dudas?
Es presa su alma de pasiones crudas,
Y trastornada su razon está.
Su rostro macilento.... sus palabras
Sin ninguna ilacion, interrumpidas......
Siempre con las miradas escondidas.....
¿Cuál arcano su pecho ocultará?
Yo no comprendo.... Al abrazarle ahora
Su corazon sentia palpitante....
Quien baja á tierra el pálido semblante
Y los ojos encubre, es criminal.
Mas ¿cuál su crímen es?.... ¡ Crímen! tan jóven!
Yo vĭ llanto en su rostro, no enjugado.—
Hombre que vierte lloro no es malvado,
O arrepentido está, si hizo algun mal.
¡Juventud! ¡juventud! es tu existencia
Mezcla risible de placer y luto;
Es por de fuera sazonado fruto
Que vil gusano roe en lo interior.—
Por la noche un festin—por la mañana
Recuerdos, y delirios, é ilusiones,
Que á la tarde trocándose en pasiones,
Braman, se hinchan, revientan de furor.

[*Aparece por el fondo doña Mariana, y se detiene.*]

—¿Qué queda en la vejez?—un árbol seco,
Que no impide del sol el fuego ardiente,
Y meciéndose está pesadamente

Al anunciar el viento al huracán;
Y á la noche consuenan en su copa
El ruido de sus ramas taciturno,
El graznido del cárabo nocturno,
Y las alas que agita el gavilan.

[*Mariana se acerca.*]

VI.

DON JUAN, MARIANA.

MARI.— ¿Me buscábais, don Juan?
JUAN.— Sí, te buscaba.
MARI.—¿Qué me mandais, señor?
JUAN.— Menos respeto
Y mas amor.
MARI.— Pues yo....
JUAN.— [Soy indiscreto.]
MARI.—[Temblando estoy.]
JUAN.— [¿Por dónde comenzar?]
Yo el lenguaje no sé de los galanes:
Ignoro cómo hablar á mi consorte;
Ocupado en negocios de la corte,
Solo sé entre varones conversar.
Mas cuando la tristeza se apodera
Del corazon del hombre y lo desgarra;
Cuando siente en su pecho aguda garra
Que lo aferra colérica y tenaz,
Entonces el mas rudo es elocuente:
No es él quien habla, mas su suerte impía.—
Yo soy ese hombre ¡yo! Mariana mia;
Ausentóse de mi ánima la paz.

MARI.— [¿Cuál será su designio?]—No comprendo....
Esplicaos, don Juan.
JUAN.— Buscaba ansioso
Un corazon que fuera mi reposo;
¿Mas dónde un desdichado lo hallará?
Yo tan solo encontré frívolas hembras
Que un corazon podrido me vendian,
Y con cándido mármol lo encubrian
Como á cadáver corrompido ya.
MARI.—Don Juan!.... ¿Y tal escucho?... ¿Quién creyera?...
¿Os atreveis á hacerme tal agravio?
JUAN.—Si por acaso te ofendió mi labio,
No lo intentó jamas mi corazon.
Yo te conozco bien—sé que eres pura.
Te amo como á mi padre, como al cielo;
Vanamente buscaras en el suelo
Quien te adorase con igual pasion.
Mas tú de mí te esquivas desdeñosa:
Triste, abatida, retirada, inquieta.....
Más pareces anciana recoleta
Que esposa del privado del virey.
¿Pues qué te falta? Libertad, honores,
Placeres, todo está, todo, en tu mano;
Por mí te reverencia el cortesano,
Por mí tu voz, tu voluntad es ley.
MARI.— Pues que vos lo decís, ¿cómo dudarlo?
Me colmais de favores, que agradezco.
Yo infelice muger nada merezco,
Ni aun que fijeis en mí vuestra atencion.
Mas siempre por carácter recogida,
Y áspera de carácter, si no de alma,
Solo gocé de apetecible calma
Retirada en mi triste habitacion.

JUAN.— Algo te falta.

MARI.— No.

JUAN.— Me engañas.

MARI.— ¿Cómo?

JUAM.—Ves sobre tí pasar horas marchitas.—
Un corazon ardiente necesitas,
Y los años al mio entibian ya.

MARI.—¡Don Juan!

JUAN.— ¿Adiviné?

MARI.— ¡Plática estraña!

JUAN.—¿Me comprendes al fin?

MARI.— Me atemorizo.

JUAN.—De tu belleza con el dulce hechizo
¡Qué contraste mi rostro formará!

MARI.— ¿Para esto me llamais? ¿A esto he venido?
Los que hablar os oyesen ¿qué dirian?
Cosas decís, don Juan, que el alma enfrian
Y aterran el cuitado corazon.
Nunca me hableis así:—tales palabras
Harán que tema yo vuestra presencia.
Hiere mas vuestra falsa indiferencia,
Que una dura y severa reprension.
Huérfana soy. Mis padres al sepulcro
Uno tras otro á descansar bajaron,
Y sola y sin amigos me dejaron.....
¿Sabeis lo que es ser huérfano tal vez?
Es caminar á oscuras; y abatido,
Con mústios ojos que el dolor empaña,
Cual mendigo que vuelve á su cabaña
Acercarse al umbral de la vejez.
El que pierde á sus padres, se consuela
Derramando en su yerta sepultura

Lágrimas de afliccion y de ternura
Entre sollozos que hasta el cielo van.—
Una cosa os diré como á mi amigo.
JUAN.—Díla; tu amigo soy.
MARI.— Así lo creo.
A Zacatecas ir es mi deseo.
¿Me negareis este favor, don Juan?
JUAN.—[*sorprendido.*]
¿Tú tambien? ¿tú tambien?
MARI.— ¿Y qué os sorprende?
Mucho tiempo há que mi país no he visto.
JUAN.—[*agitado.*]
(¿De acuerdo están los dos? ¡los dos! ¡por Cristo!..)
MARI.—¿Que respondeis?
JUAN.— (¡Idea singular!
No es posible.... ¡Don Lope!... No es posible....)
MARI.—¿Callais?
JUAN.— Pensaba.....
MARI.— ¿Qué decis?
JUAN.— Decia.....
MARI.—Temblando estais, don Juan.
JUAN.— (Por vida mia.....
¿Ni siquiera sabré disimular?)
MARI— ¿Qué os desazona?
JUAN.— (Puede....)—Irás con Lope.
MARI.—[*sorprendida.*]
¿Con él?
JUAN.— (Se alegra.) Sí.... con él.
MARI.— (¡Qué escucho!)
JUAN.—El mismo me rogaba no hace mucho
Que á Zacatecas le dejase ir.
Mi posicion me impide acompañarte.
Con él irás.

MARI.— (¡Necia de mí! ¿que hice?)

JUAN.—Tu pretension, Mariana, satisfice;
¿Qué otra cosa me tienes que pedir?

MARI.— No mas.

JUAN.— ¿Ya estás contenta?

MARI.— Sí.

JUAN.—[*irônicamente.*] Lo creo.
¿Cuándo partes?

MARI.—[*pensativa.*] (—No voy.)

JUAN.— (Misterio estraño!)
—¿Cuándo partes?

MARI.— Iré.... dentro de un año.

JUAN.—[*sorprendido.*]
¿Dentro de un año?

MARI.— Sí, señor.

JUAN.— (Por Dios!....)
[*Muy distraido y fijos los ojos en tierra.*]
—Cuando quieras.—(Sospechas infundadas....
Me aluciné.....)

MARI.—[*yéndose por el foro, sin que lo advierta don Juan.*]
—(¿Qué tiene, Dios Eterno?....)

JUAN.—[Pensamiento abortado del infierno.....
¿Pudieran engañarme ambos á dos?....]

VII.

DON JUAN, (*pensativo.*)

A los hombres, indiscreto,
Pensaba yo conocer;
Hoy me fatigo inquiëto,

Y no adivino el secreto
De un jóven y una muger.
  En tan negra confusion
Luz buscaré.... ¿Pero dónde?....
O el humano corazon
Detrás de un muro se esconde,
O no existe la razon.
  Doble vista concedió
A los hombres Dios clemente.
Un sol á los ojos dió,
Mas su luz nos retiró
Dejando á oscuras la mente.
  Y caminamos sin ver
Qué signo nos acompaña.
Feliz quien llega á tener
Un amigo, una cabaña
Y una amorosa muger;—
  Que somos en este mundo
Gotas que las nubes traen,
Y sueltan en son profundo:
Unas sobre flores caen,
Otras sobre fango inmundo.
  —Pero á mi esposa olvidé
Por mis ideas....

[*Volviendo el rostro.*]

—Perdona....

[*Tristemente.*]

—Me dejó.... Bien hizo á fe,
Que un marido que razona.
Siempre fastidioso fué.



VIII.

BOSCAN, DON JUAN, [*por el fondo.*]

JUAN.— ¿Eres tú? por fin consigo
Quien oiga el mal que me aqueja.
A la fortuna bendigo,
Pues si una amiga me deja,
Viene en mi busca un amigo.
BOSC.— ¿Padeceis vos?
JUAN.— En la tierra
¿Quién es el que no padece?
BOSC.—Nadie.
JUAN.— Haciéndose la guerra
Nace el hombre, y vive, y crece....
Para el bien los ojos cierra.
BOSC.— ¿Quién os ofendió?
JUAN.— Mi estrella.
BOSC.—Mas por medio de algun hombre?
JUAN.—No lo sé.
BOSC.— ¿Vuestra querella?
JUAN.—Tener una muger bella.
BOSC.—¿Qué decís?
JUAN.— Nada te asombre.
Quien tiene á su cargo esposa
Que guardar y vigilar,
Ya pasa vida afanosa;
Pues el que la tiene hermosa,
¿Podrá reposo encontrar?
BOSC.— ¿En qué os ofendió la vuestra?
JUAN.—Claramente te demuestra
Que no sé de cierto nada.

El notar que esta mi diestra
No está en su sangre bañada.
Yo juzgo á mi esposa pura;
Empero ¿quién me asegura
Que algun audace galan,
Llevado de su hermosura,
No la sigue con afan?
Te lo digo con dolor:
Ya suspenden y sujetan
Los años mi antiguo ardor;
Y los hombres no respetan
De ningun hombre el honor.
BOSC.— Verdad decís. (Su verdad
Me pone en duros suplicios.)
JUAN.—Los mancebos desta edad
Hacen gala de los vicios
Y gala de la maldad.
Al hombre que su honra vela
Burlará cualquier villano,
Si firme no se desvela
Y es de su honor centinela
Con un puñal en la mano.
BOSC.— Mas quien tiene honrada esposa
Debe dormir sin afan.
JUAN.—El hombre nunca reposa
Si tiene muger hermosa,
Que al fin es muger, Boscan.
¿Por qué esa negra tristeza
Que marchita la belleza
Y los dias de Mariana?....
Se pierde ya mi cabeza
Tras de una vision villana....
—Piensa á Zacatecas ir.

BOSC.—[*sorprendido.*]
¿A Zacatecas?
JUAN.— [Se inmuta.]
BOSC.—[*tristemente.*]
[Quiere de Boscan huir.]
JUAN.—Pronto tomará la ruta.
Me lo acaba de pedir.
Irás en su compañía.
BOSC.—[*gozoso.*]
¡Es posible!—(¡Oh dicha!)—¿Yo?
JUAN.—Sí.—[Muy viva es su alegría.]
BOSC.—[*meditabundo.*]
[Mas. . . .no debo. . . .¡Oh suerte impía.!]
JUAN.—Irás con ella.
BOSC.— No.
JUAN.—[*sorprendido.*] ¿No?
BOSC.— Jóven soy, ella es hermosa;
Y la lengua maliciosa
Al que está en puesto eminente,
Mas encarnizadamente
Y con mas furor acosa.
JUAN.— Tienes razon.—[¿Me engañé?]
BOSC.—[¡Oh virtud, ¡cuál es tu imperio! . . . .
Ví el cielo abierto, y no entré.]
JUAN.—(No comprendo este misterio.
¿La ama? ¿la odia? . . . . No lo sé.)
—¿Mas quién la acompañará?
Yo soy franco . . . . tengo zelos.
BOSC.—Infundados.
JUAN.— Claro está.
BOSC.—Es un ángel, que en los cielos
Un asiento tiene ya.
JUAN.— No dudo de su virtud;

Empero ella está en la flor
De lozana juventud;
Yo, aunque no en la senectud,
Soy viejo ya, y tengo honor.
Y si alguno lo amancilla....
¡Qué horror!....
BOSC.— ¡Idea siniestra!....
JUAN.—¡Oh, no! que á mi izquierda brilla
Una afilada cuchilla,
Y hay robustez en mi diestra.
¿Qué digo? No sufriria
Que á relatarme viniera
Nadie la deshonra mia......
Al que la nueva me diera,
Mi puñal le clavaria.
Porque eso de que un amigo
Me grite: "Estás sin honor!....."
Pongo al cielo por testigo
Que ni á mi mas enemigo
Matara con mas furor.
BOSC.— (¡Cuál se estravia su mente!)

(Oyese música de harpas á la derecha.)

JUAN.—¡Qué oigo!
BOSC.— ¡Música!
JUAN.— (¡Dios mio!)
BOSC.—(Si acaso......)
JUAN.— (Seré prudente.)
BOSC.—(La rabia me pone frio.)
JUAN.—(¡Honor! ¡honor!....)
BOSC.— ¡Insolente!....

[La agitacion de ambos va creciendo, y como que quieren ocultársela mútuamente.—La música continúa.]

JUAN.—[*con estudiada indiferencia.*]

Algun ocioso estudiante
Da á su dama este concierto.

BOSC.—¡Ojalá!

JUAN.— ¿Quién el amante
Podrá ser?

BOSC.—[*distraído y fuera de sí.*]

¡Pereira!

JUAN.—[*como herido de un rayo.*] ¡Cierto!

BOSC.—(¿Cómo salir al instante?)

VOZ DENTRO (*canta*).

Ya he dado al olvido
por tí Andalucía;
llorando te pido
tu amor, vida mia.
De noche y de dia
desde tu ventana,
villana
tirana,
me miras aquí.
Hermosa Mariana.
duélete de mí.

[*La música para á veces, y vuelve á continuar hasta el fin de la jornada.*]

[*Don Juan y Boscan han escuchado atentamente los versos.*]

BOSC.— Ya no puedo sufrir mas!
[*Yéndose.*]
¡Muera por su atrevimiento!
¡Insolente!

JUAN.—[*severamente.*] ¿A dónde vas?

BOSC.—[*reportándose.*]

(¡Loco estoy!)—Voy un momento
A ver á Armendia.

JUAN.— No irás,
Porque la noche está oscura,

Y las diez han dado ya;
Esta calle es insegura......

BOSC.—Llevo espada.

JUAN.— ¿Y bastará
Esa contra diez?.... ¡locura!

BOSC.— Pero de Armendia la casa
Está contigua á la nuestra.

JUAN.—Es deshora, y se propasa
Quien fuera de tiempo pasa
A dar de su afecto muestra.

BOSC.— (¿Y quedará sin castigo
Su descarada osadía?.....
¡Oh fortuna, te maldigo!)

JUAN.—(Si acaso salir consigo,
Probará la espada mia.)

[*Voces y ruido á la izquierda.*]

GARC.— [*dentro.*]
¡He de entrar!

VOCES.—[*dentro.*] ¡No!

GARC.— Sí!

VOCES.— Atrevido!

JUAN.—[*á Boscan, que quiere irse por la izquierda.*]
¿A dónde vas?

BOSC.— Oigo ruido!

GARC.—[*dentro.*]
¡Villanos!

VOCES.—[*dentro.*] ¡Fuera!

GARC.— No!

VOCES.— Sí!

BOSC.—Voy á ver qué ha sucedido.

JUAN.—Iré yo. Quédate aquí. [*Váse por la izquierda.*]

IX.

BOSCAN.

Es la voz de Garcerān.
¡Quē ā tiempo viene ā impedir
Que me detenga don Juan!
¿Mas por dōnde he de salir?
Guardado tengo el zaguan.

[*Muy preocupado.*]

¿Por dōnde?... ¡Por el balcon!
¡Imposible! ni un cordel.....
¡Oh detestable prision!
¡Oh cielo, cielo cruel!
Se rompe mi corazon.
Dios, en tus manos me entrego!....

[*Registrando la pieza.*]

Por esta ventana......

[*Lleno de júbilo.*]

—Ciego!—
A la azotea se pasa,
Luego de Armendia ā la casa,
Y ā la calle Nueva luego.

[*Salta precipitadamente por la ventana.*]

X.

MARIANA, DON JUAN, GARCERAN.

MARI.—[*Sale recatadamente por el fondo.*]

Cesō el ruido.....

[*Registrando la pieza.*]

—Nadie está.....

¡Qué silencio! nadie alienta.
Mi corazon se amedrenta.

[*Suena la música, Mariana se sorprende.*]

¡Música! ¡Oh Dios! ¿Qué será?

JUAN.—[*por la izquierda.*]

¿Qué buscais, señora, aquí?

MARI.—Nada busco.

JUAN.—[*con imperio.*]—Despejad.

[*Va á sentarse junto al bufete; y dice á Garcerán.*]

—Mendigo, al instante hablad.

MARI.—[*yéndose por el fondo.*]

Nunca tan secó le ví.

XI.

DON JUAN, GARCERAN.

Don Juan sentado junto al bufete; Garcerán en pié á poca distancia, registrando cautelosamente la pieza.]

JUAN.— ¿De cuándo acá tan grosero
Viene con esa insolencia
Armando grita y pendencia
Á mi casa un pordiosero?

[*Garcerán calla; don Juan continúa.*]

JUAN.— ¿Qué quieres?
GARC.— Matarte.
JUAN.— ¿A mí?
GARC.—Sí.
JUAN.— Mentira.
GARC.— ¿Y si lo vieras?
JUAN.—¿Va de veras?
GARC.— Va de veras.

JUAN.—¿Tú matarme?
GARC.— Yo.
JUAN.— ¿Tú?
GARC.— Sí.
JUAN.— Eres atrevido.
GARC.— Un poco.
JUAN.—¿Cansado estás de vivir?
GARC.—Un poco.
JUAN.— ¿Quieres morir?
GARC.—Despues de vos.
JUAN.— ¿Estás loco?
GARC.— A la puerta del sepulcro
Vos y yo vamos á entrar:
Primero debe pasar
El mas rico y el mas pulcro.
El mas rico de los dos
Sois vos. No seré grosero:
Os dejaré entrar primero,
Y yo entraré tras de vos.
JUAN.— ¿Quién te ha dado tal audacia?
GARC.—Vuestra negra ingratitud;
Y me prestan juventud
Mi pobreza y mi desgracia.
JUAN.— Al punto dí lo que quieres,
Que tengo quehaceres hoy.
GARC.—Ya, don Juan, sabeis quién soy
Tiempo hace.
JUAN.— No sé quién eres.
GARC.— Viven los cielos divinos,
Que bien conocéisme.
JUAN.— No:
Jamas he tenido yo
Tratos con los asesinos.

GARC.— Pues que memoria tan muerta
Teneis, la reviviré;
Y un cuento os relataré
Que os instruya y os divierta.

JUAN.— Con brevedad.

GARC.— A eso voy.
—Es una bien triste historia
Que aun fresca está en mi memoria.

JUAN.—Presto, que ocupado estoy.

GARC.— Hay lloros y risotadas,
Muchos gritos á lo lejos;
Y á los pálidos reflejos
De la luna, cuchilladas.
Hay ronda, hay reja, hay maton
Que la honra de un hombre asedia....
En fin, es una comedia
De don Pedro Calderon.

JUAN.— Bueno estoy para comedia
Cuando rabio y pierdo el seso.

GARC.—No reñiremos por eso;
Si quereis, será tragedia.
[*Don Juan da muestras de impaciencia.*]
En Burgos pasa la escena;
Y Juan se llama el galan.....
No habiendo Félix ó Juan,
Ya la comedia no es buena.
Mas sale un indio fatal.....
¿Indio en comedia?... Es apuro:
No es comedia, de seguro.....
Vaya auto sacramental.

JUAN.—[*dando una palmada en la mesa.*]
¡Por Dios! Fastidiado estoy
De tus gracejadas frias.

GARC.—¿Qué quereis? son como mias.
JUAN.—Habla.
GARC.— Comenzando voy.—
En Burgos, siendo soldado,
Una noche á mi cuartel,
Pensando en mi suerte infiel,
Me dirigia estasiado.
Cuando oigo gritar:—"Socorro!
—Muera!—Viles!—Fementido!"
Y, de las armas al ruido,
Saco mi tizona, y corro.
¿Y qué pensais que encontré?
Un hombre á quien atacaban
Tres, y matar procuraban.....
Yo al débil luego auxilié.
Uno de ellos me habló así:
"Hidalgo, no le ayudeis,
Que es un traidor el que veis."
—"Pero solo," respondí.
Y grito: "En nombre de Dios,
Adentro!"—Mi compañero
A uno mata. Yo ligero
Ahuyento los otros dos.
Y voces el aire atruenan
De "¡La justicia!—Ladrones!"
Y ventanas, y balcones,
Y armas, y pasos resuenan.
No os pintaré el pormenor
De aquel revolver de gentes,
Porque son cosas corrientes
En este siglo de honor.
Las calzas de Villadiego
Tomamos presto nosotros,

Y corriendo como potros,
A una casa entramos luego.
  Mi compañero me abraza,
Me llama libertador,
Padre, querubin, señor
Dél y de toda su raza.
  Don Juan Solórzano afirma
Que se llama. Yo no sé
Que fuera suyo ese *de*
Ni ese *Manuel* que hoy se firma.
  El caso es que á una muger
Quitó el honor; y el marido
Fué aquel desdichado herido
A quien muerto hizo caër.
  Despues de tan noble hazaña
Anduvo prófugo, hambriento....
Y empujado por el viento,
Halló puerto en Nueva-España.
  Con su sobrino Boscan
Milité bastantes años;
Y tras muchos desengaños
Ante vos vengo, don Juan.
  Que quien fué un traidor, seria
Un ingrato, no preví,
Ni que á quien la vida dí,
Despues se la quitaria.
  Me tratásteis como amigo
Cuando érais un desdichado,
Y hoy, que os mirais ensalzado,
Ni aun cual mísero mendigo.
  Agobiado por la suerte,
Os grité mil veces: "Pan!"

No me escuchásteis, don Juan;
Pues bien, yo os daré la muerte.

[Hasta aquí don Juan ha estado escuchando cabizbajo.—Garcerán continúa.]

—En nadie refugio hallé
Sino en el cielo divino.

JUAN.—¿Luego tú eres asesino
Porque tienes hambre?

GARC.— ¿Y qué?
Aunque por hambre os matara,
¿No he de buscar el sustento?
Bueno era que el alimento
Que vos tomais, me llenara.
Si hambre no teneis, ¿está
Repleto mi vientre acaso?....
Come el rico, y no hace caso
De si el pobre comió ya.
—Su honor en vuestro poder
Una muger vió perdido;
Matásteis á su marido.....
Mirad que teneis muger.
Y que Dios Omnipotente
Ya su cólera desata;
Porque quien á hierro mata,
A hierro muere.

JUAN.— ¡Insolente!

GARC.—*[empuñando un puñal.]*
Con la muerte en matrimonio
Os va mi puñal á unir......
(Dando un paso.)
—Tan solo podeis morir.

JUAN.—*(Sin moverse de la silla, toma una pistola de debajo de unos papeles, la que habia empuñado desde antes disimuladamente, y le apunta á Garcerán.]*
Y defenderme.

GARC.—*(dando un paso atrás y quedando inmóvil.)*

¡Demonio!
Ya veo que estais alerta.
Yo, que contaros pensé—
Una historia, no os maté
Al pasar por esa puerta.—
Vivís por una memoria,
Porque soy un charlatan;
Mas no os descuideis, don Juan,
Que ya os referí la historia.

JUAN.— Indio, ¿qué pensando estás?
¿Vienes por ventura loco?
¿No ves que dentro de poco
A mis manos morirás?

GARC.— ¿Vos me matareis? ¿vos?

JUAN.— Yo.

GARC.—Bobera.

JUAN.— ¿Cómo?

GARC.— Patraña.

JUAN.—¿No te matará mi saña?

GARC.—No.

JUAN.— ¿No?

GARC. No! mil veces no!
¿Qué dirian los vecinos?
No me matareis, por Dios,
Pues nunca tuvísteis vos
Tratos con los asesinos.

JUAN.— Bien; la vida te perdono:
Nada te quedo á deber.
—Sabes ler?

GARC. Y si sé ler,
¿Que resultará en mi abono?

JUAN [*dándole dos pliegos.*]

Toma, y vete.

GARC. [*despues de leer uno de ellos.*]

¡Oh Dios, qué veo!

Que se me cele y castigue

Manda el rey.

JUAN. Eso consigue

Quien por hablar se hace reo.

Tu desenfrenada lengua

Puede llevarte á prision.

GARC. [*despues de leer el otro pliego.*]

En este otro una pension

Me señalais, por mi mengua.

He sido injusto con vos.

No la merezco.

[*Dejando los papeles en la mesa.*]

Tomad.

JUAN. Llévalos.

GARC. ¡Jamas! Obrad

Como os parezca y adios.

[*Al irse Garcerán se suspende, oyendo de nuevo la música, y estos versos que cantan.*]

Tu talle ligero,
tu cabello escuro,
de mi alma de acero
rompieron el muro.
No han visto, lo juro,
moza mas galana
Triana,
Guadiana,
Pisuerga y Genil.
Hermosa Mariana,
duélete de mí.

[*Don Juan se levanta; Garcerán le observa.*]

GARC.— Se irrita ya.
JUAN.— ¡Montalvan!
¡Montalvan!

XII.

DON JUAN, CARCERAN, MONTALVAN.

MONT.—[*Saliendo por la izquierda.*]
Señor.
JUAN.— (¡Oh cielo!)
Dame espada y ferreruelo.
[*Pónele Montalvan ambas cosas.*]
GARC.—¿Qué, vais á salir, don Juan?
JUAN.— ¿Qué os importa? Idos de aquí.
GARC.—No salgais.
JUAN.— Bien.
GARC.— No salgais,
O en la calle muerte hallais.
JUAN.—Consejo no te pedí.
GARC.—Contad, si quereis, conmigo.
JUAN.—¿Me vendes tu proteccion?
GARC.—Don Juan, en esta ocasion
Faltaros puede un amigo.
[*Vase por la izquierda.—Mariana asoma cautamente por el fondo.*]

XIII.

DON JUAN, MONTALVAN.

JUAN.— ¿Salió Lope?
MONT.— No señor.

JUAN.—Que no salga.
MONT.— ¿Os acompaño?
JUAN.—No.—(Pereira, un desengaño
A darte va mi valor.)
—Nadie pase del zaguan.
Aunque tarde, no me esperes.
Ya sé que discreto eres.
[*Vase precipitadamente por la izquierda.*]
MONT.—Mucho, señor.
MARI.—[*Desde el fondo, dice en voz recatada.*]
—Montalvan!
[*Mariana y Montalvan entran por la puerta del fondo.*]

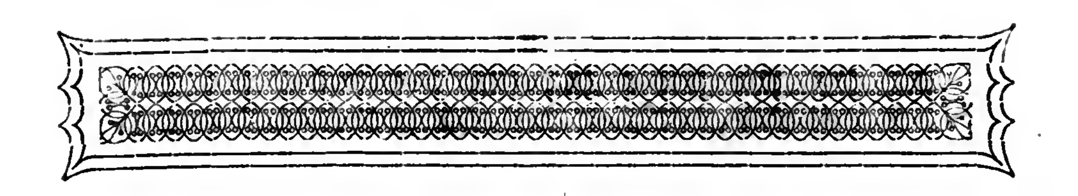
Fin de la jornada segunda.



JORNADA TERCERA.



—¡Triste dama!—¡Pobre honor!
ALARCON.—*El Tejedor de Segovia.*—Parte primera.



El estremo oriental de la calle Nueva (*hoy* calle de don Juan Manuel.)—*En el fondo casas por concluir y andamios.*—(*Noche oscura.*)

I.

ESPINEL.

[*Oyese música á la izquierda.—Espinel aparece sentado en unos palos de los andamios con un mosquete sobre las piernas y casi dormido.—Bosteza, se santigua, y luego canta con voz desmayada.*]

Ay, ay, ay.
Taralay, taralay, taralay.
Ah, ah, ah.
Taralá, taralá, taralá.
[*Recitando.*]
Baila conmigo, Mandulga
piés de pulga,
baila por vida de san,
como Rodrigo bailaba
con la Cava
y el vejete don Julian.
[*Cantando.*]
Ay, ay, ay.
Taralay, taralay, taralay
Ah, ah, ahaaa.....

[*Bosteza, se santigua y representa.*]

—¡Con cinco mil de á caballo!
Que ya durmiéndome estoy;
Y por mas que espanto el sueño,
Me sigue como moscon.—
Pero, Espinel, vamos claros,
No tienes tan mala voz,
Pues se parece tu canto
Al ton-ton de un esquilon.
Mas Pulgar te tapa el monte,
Solo porque es hablador,
Que no oye Dios á quien no habla;
Y él habla por veintidos....

[*Quédase como dormido, y luego dice.*]

—¡Espinel! te estás durmiento....
Espinel! ¡qué dormilon! ....

[*Gritando.*]

—¡Centinela, alerta!—¡Lindo!
Mucho el grito me gustó!
Mejor lo haces de soldado,
Amigo, que de cantor.
Y, con todo, no me gusta
Nadita esta comision
De estar guardando la espalda
Al amo galanteador.
Y luego ser ya tan tarde:
Diez y media dió el reloj,
Y estar esto tan oscuro,
Y haber tanto temeron,
Tantos duendes y fantasmas,
Tanto diablo tentador.....
Y la ronda.... ¡Otra te pego!
La rondita!.... Vive Dios!.....

Pues, para mi santiguada,
Tengo chula posicion.
Pero ¡qué! .... el amo es alcalde
Del crímen, y hombre de pro.

[*Gritando.*]

—Centinela, alerta!

PULG.—[*á la izquierda.*] ¡Alerta!

ESPI.—[*levantándose sorprendido.*

Ta, ta.... Tiene eco mi voz.
Si algun espíritu malo
Querrá echarla de burlon.....
¿Conmigo chanzas?...¡Zambomba!
¿Quién vive?, le diré yo.
Sí.

[*Gritando.*]

—¿Quién vive?

PULG.—[*dentro.*] El que no ha muerto.

[*Sale Pulgar por la izquierda, y se va acercando poco á poco.—Espinel se encara á la derecha.*]

II.

PULGAR, ESPINEL.

ESPI.—Miren qué bien respondió!
Tiene razon el zanguango;
Mas yo tengo otra razon.

[*Apuntando á la derecha.*]

—Hágase atras, ó le tiro.

[*Pulgar le da una palmada por detras; él suelta el mosquete.*]

—¡Caramba! ¿Quién me tentó?
¡Ah! que eres tú, Pulgarcillo.

PULG.—¿Tienes miedo?
ESPI.— No, temor.
PULG.—Qué un hombre tal cosa diga!
ESPI.—No me falta corazon;
Pero solo, y más de noche,
Siento en la panza un dolor......
Una cosa.... así.... ¿Me entiendes?....
Una cosa.... ¡pues!.... si..... no.....
¿Me entendiste?
PULG.— Lindamente.
Te esplicas como un lechon.
ESPI.—Pues eso digo.... Mas oye:
Estando contigo yo,
Menos contra almas en pena,
Me meto como el leon.
Pero solo, no es posible;
Necesito un director,
Una cabeza, un.... ¿Me esplico?
PULG.—Tú piensas con el talon.
ESPI.—Con la mano. En la montaña
El mas alzado señor
No con palabras responde,
Sino con un pescozon.
Y no nos falta cabeza,
Que estando de buen humor,
Me echo para atras un poco
Y sobre un poste me voy,
Y tras de diez embestidas
No me sale ni un chichon.
PULG.—Buena cabeza!
ESPI.— Soberbia!
A tí, andaluz, de una coz
Un potro te la partia.

PULG.—Si la tengo de mamon.
Pero dejando la paja,
Al grano vamos.
ESPI.— Estoy
En corriente. ¿Qué hay de nuevo?
¿Salió Mariana al balcon?
¿Está don Juan enojado?
¿Lo has hecho bien de cantor?
Cuenta, cuenta: mis orejas
Prestando están atencion.
PULG.— Don Lope Gil de Boscan
Al amo desafió.
ESPI.—¿El sobrino? ¿Quién demonios
Se acordaba dese arroz?
Tiene trazas el don tieso
De ser acometedor.
PULG.—Manda el amo que, apostados
Con recato y atencion,
Cuidemos de si el don Lope....
¿Eh?
ESPI.— Sí; al buen entendedor
Pocas palabras.
PULG.— Si acaso....
Ya me entendiste.
ESPI.— ¿Pues no?
Que cuidemos no se escape
Es lo que manda señor.
PULG.—No es eso.
ESPI.— Pues si no es eso
No alcanzo qué....
PULG.— Voto á briós!
Si pierde terreno el amo,
Nosotros....

[*Hácele seña de que han de matar á Boscan.*]

ESPI.— ¡Ah! sí....ya.... Oh!...
Aquí traigo una daguilla
Que le hará bien al pulmon.
PULG.—Tras de aquella palizada
Pondremos ojo avizor.
ESPI.—¿Pero por qué tardan tanto?
Las once ya casi son;
Y los ojos se me cierran
En cuanto se pone el sol.
PULG.—Boscan, por una ventana,
De su casa se escapó,
Y por la de don Prudencio
De Armendia bajó veloz.
La oscuridad y la prisa,
La zozobra y el furor,
Hicieron que resbalara,
Y.... abajo....
ESPI.— Zas! se mató!
Requiescat in pace. Pobre!
Era un robusto infanzon.
PULG.—¿Qué hablas? La mano derecha
Tan solo se dislocó.
ESPI.—Mira cuánto sube y baja
Por ese diablo de honor,
Trasto inútil con quien nunca
He tenido relacion.
PULG.—No quiso que Armendia viese
Que bajaba, y se llegó
A nosotros así manco.
Un músico es el doctor
Que le ha de curar.—ahora
Están en la operacion.

ESPI.—Pues de manejar el harpa
Y cantar coplas de amor,
A componer una mano,
Hay su diferencia.
PULG.— No.
Ambas cosas tienen cuerdas.
ESPI.—Convengo.
PULG. Y suenan las dos
Hiriéndolas con los dedos.
ESPI.—Soy de la misma opinion.
PULG.—Y poner en armonía
Los sonidos y la voz,
O los huesos de una mano,
Son cosas iguales.
ESPI.— Son.
PULG.—Luego si dices que un músico
No es lo mismo que un doctor,
Dices disparate, y eres
Un asno.
ESPI.— Tienes razon.
Mas seré tambien un asno,
Y asno de marca mayor,
Si por servir á Pereira
Voy á dar á una prision.
Si no es que groseramente
Al simplazo espectador
Le saco tamaña lengua
Colgado de algun balcon.
PULG.—¿Y por qué?
ESPI.— Porque don Juan
Manuel es hombre de pro,
Es amigo del virey,
Es potente señoron,

Con valimiento, opulencia
Y mucho del pundonor.
Esta aventura en nosotros,
Ni es gala ni diversion;
Y ó nos cuesta un tabardillo,
O una cuchillada atroz.
PULG.—Nada temas. Ya la estrella
Del valido se eclipsó.
Vamos bien: cierra los ojos,
Y sigue mi direccion:
Estamos bajo de un árbol
Que erguido se levantó.
ESPI.—En el árbol mas excelso
Ceba el rayo su furor,
Y, aunque herido, muchas veces
Quedar en pié se le vió;
Mas quien se acoge á sus ramas,
Perece sin remision.—
Así mi párroco dice.
PULG.—Pero morir al fragor
Del rayo, es dulce morir,
Pues llama uno la atencion.
ESPI.—Bueno: si acaso me ahorcan,
Por venturoso me doy
Si enfrente de mí te cuelgan.
PULG.—Gracias.
ESPI.— No es adulacion;
Así, pues, segun tus gestos
Yo gesticulando voy.

III.

PULGAR, ESPINEL, PEREIRA, (*por la izquierda.*)

PULG.—¿Quién va?
PERE.— Yo soy.
ESPI.— ¿Es el amo?
PERE.—El mismo.—¿Espinel?
ESPI.— Señor.
PERE.—A la puerta de don Juan
Al punto marcha veloz.
Presto debe salir della
Garcerán Tezozomoc.
Ya le conoces.
ESPI.— El indio
Aquel muy rezongador....
PERE.—Le llevas contigo á casa,
Por distinta direccion
Que esta.
ESPI.— ¿Si se resiste?
PERE.—Dile que lo mando yo.
[*Vase Espinel por la izquierda.*]

IV.

PEREIRA, PULGAR.

PERE.—En casos como el presente,
Estorba todo miron.
Don Juan Manuel habrá muerto;

Que vaya el sobrino en pos.
—Pulgar, á tu puesto.

PULG. [*ocultándose tras de la palizada.*]
Al punto.

PERE.—Alerta.

PULG.—Soy un azor.
Ponedle por este lado
Y pedirá confesion.

PERE.—Mucho tarda.

PULG.— Se prepara
Para las vistas con Dios.
El viage es largo.—¿Y los músicos?

PERE.—Fuéronse ya.

PULG.— ¡Qué dolor!
Tocaran en el entierro
Dese inocente.—Mas voy
Un tanto á rogar por su alma,
Aunque humilde pecador.

PERE.—Silencio! que álguien se acerca.

PULG.—Ya preparo mi oracion.

V.

PEREIRA, PULGAR, BOSCAN, (*por la izquierda.*)

[*Sale Boscan muy pensativo, amarrada la mano derecha con un pañuelo. Se adelanta al proscenio. Pereira le observa desde el fondo.*]

BOSC.— Se hiere y disloca con choque ligero
La mano que debe la espada blandir:
Es signo de sangre, tristísimo agüero....
El cielo me anuncia que voy á morir.
La mano que supo robusta y flexible

De espadas y lanzas los muros romper,
Se torna ya débil.... y en trance terrible....
Apenas la daga podrá sostener.
¡Mariana! se apaga mi vida.... Mariana!
La vida que solo me es dulce por tí.
¡Oh, si ver pudiera cadáver mañana
Tus lánguidos ojos llorando por mí!
Mas no, que en los mios fatídico velo
La pálida muerte sonriendo pondrá.
A encontrar, empero, muy pronto en el cielo
A la tuya mi alma gozosa saldrá.
¡El cielo!.... ¡insensato!.... sus puertas de oro
Acaso cerradas están para tí....
Acaso el infierno.... De un ángel el lloro
Me queda en la tierra pidiendo por mí....
Si alguno en el mundo se acuerda de un triste
Que va so la tumba tranquilo á dormir,
Si un alma tan solo de luto se viste,
Entonces es grato, muy grato morir.
¡Muger! tú naciste, y el cielo su hechura
Aplaudió y el mundo tembló de placer....
De lo alto infelice lanzada criatura
Custodio del hombre, yo te amo, muger!
Y á tí á quien adoro, ¿no vuelvo ya á verte?
En vano mi oido tu voz buscará.
A ser va la tierra mi lecho de muerte;
El hombre mañana mi sangre hollará.

[*Quédase inmóvil y pensativo.*]

PULG.— Bastante ha rezado, y al tal soliloquio,
De sueño los santos ¡qué boca abrirán!
PERE.—[*adelantándose.*]
¡Silencio! Ya le hablo.

PULG.— Tantillo coloquio,
La espada en la diestra, y adentro.
PERE.— ¡Boscan!
[*Pónese Pereira de manera que quede Boscan del lado de Pulgar.*]
BOSC.— ¿Quién me habla?
PERE.— Pereira.
BOSC.— Tu voz en mi seno
Sonó como suena del buitre la voz.
PERE.—Mi voz, de mi rabia terrífico trueno,
Anuncio es de muerte, de muerte feroz.
BOSC.— La busco.
PERE.— En mi espada verásla temblando.
BOSC.—Temblando en la mia tambien la verás.
PERE.—Anhelo tu sangre.
BOSC.— La tuya buscando
Estoy hace tiempo.
PERE.— Pues muerte hallarás.
Tu mano está débil y herida.
BOSC.— No importa.
PERE.—Yo tengo ventaja.
BOSC.— Mejor para tí.
PERE.—No aguanta tu brazo.
BOSC.— La espada soporta.
PERE.—¿Te pesa la vida?
BOSC.— Viviendo tú, sí.
PERE.— Diránme mañana que yo te asesino,
Que estabas enfermo, que no te esperé.
BOSC.—Aislados estamos; y el cielo divino
Entolda sus luces:—ninguno nos ve.
PULG.— Bien dicho:—la noche mirar no me deja.
PERE.—Desnuda la espada, pues quieres morir.
Mas oye primero: mi honor te aconseja
Que esperes en tanto que puedas reñir.

BOSC.— Si honor tú tuvieras, aquí no estarias,
Ni la honra de un hombre quisieras manchar;
Si honor tú tuvieras, por nada querrias
A un hombre á su puerta venir á insultar.
Mas eres de tantos que á Méjico Hesperia
Cual fétida escoria despide de sí,
Y henchidos de orgullo, de audacia y miseria,
Con almas de cieno se vienen aquí.
PERE.— ¿Tú no eres de España?
BOSC.— Mirad qué arrogancia!
Honrado me juzgo con ser español.
Entre yo y Pereira, ¡qué luenga distancia!
Mi honor está puro cual rayo de sol.
PERE.—[*empuñando la espada.*]
Desnuda tu espada.
BOSC.—[*empuñando.*] La miras desnuda.
PERE.—Tiempo ha que tu pecho deseaba rasgar.
BOSC.—Tambien hace tiempo que mi alma sañuda
Desea de malos la tierra purgar.

[*Acuchíllanse.*]

PERE.— Defiéndete.
BOSC.— Hiere.
PERE.— Mi espada es centella.
BOSC.—¡Ay! [*Deja caer el brazo.*]
PERE.— Cedes.
BOSC.— [*riñendo.*] No cede mi esfuerzo viril.
PERE.—¿De qué te lamentas?
BOSC.— De ver que mi estrella
Me pone á combate con hombre tan vil.
PULG.— Por causa del golpe batalla con mengua.

[*Boscan vuelve á dejar caer el brazo.*]

PERE.—Las fuerzas te faltan.

BOSC.—[riñendo.] Me sobra rencor.
¡Ay triste!
PERE.— Te quejas.
BOSC.— No yo, que es mi lengua.

[Se le cae la espada.]

—Faltōme la espada.
PERE.—[hiriéndole.] Pues muere.
BOSC.— ¡Traidor!

[Vacila un instante, y cae.]

PERE.— Pulgar, presto vamos.
BOSC.— ¡Un hombre escondi do
PULG.—¿Ha muerto?
PERE.— Sí ha muerto.
PULG.— De nada serví.
—Se mueve.
PERE.— No importa.—Ven.
PULG.— Voy.

[Vánse por la derecha precipitadamente.]

BOSC.— ¡Fementido!
Que caiga mi sangre, traidor, sobre tí.

VI.

BOSCAN, DON JUAN, [*por la izquierda.*]

JUAN.— Saliendo á la calle,—destino enemigo!—
Diviso unos hombres que huyendo se van.
Les grito: no paran; volando los sigo
Por calles, por plazas, cual rápido can.
Los pierdo de vista; me vuelvo cansado
Buscando al que excita mi ciego furor;

No encuentro á ninguno: me juzgo burlado....
Cuando oigo á lo lejos terrible clamor.
Por este paraje las voces sonaron.....
Mas reina silencio.... ¿Quizá me engañé?....
¿Quizá?... No es posible, que espadas chocaron,
Y el golpe de un cuerpo despues escuché!
Si paso adelante.... No, no, ¿qué consiguen
Mis ansias? Las casas terminan aquí.
Tan solo pantanos y páramos siguen,
Que ni aun con el sol á andar me atreví.
En noche tan negra buscar es en vano,
En vano si luces no traigo veloz.....
Se yelan mis venas.... ¿Es miedo villano?....
Mas gente se acerca.....

MARI.—[*dentro.*] ¡Don Lope!
JUAN.— ¡Qué voz!

VII.

BOSCAN, DON JUAN, MARIANA, y MONTALVAN, [*por la izquierda.*]

BOSC.— ¡Mariana!
MARI.— ¡Lope!
BOSC.— ¡Bien mio!
JUAN.—¡Qué escucho! ¡Válgame Dios!

[*Mariana y Montalvan incorporan á Boscan.*]

MARI.—Herido estás.
BOSC.— ¡Ay!
JUAN.— Los dos
Me engañaban.... ¡Signo impío!

MARI.— ¿Quién te dió el golpe fatal?
¿Quién, Lope? Dime su nombre.
Siento en mí fiereza de hombre
Para clavarle un puñal.
¿Nada dices, alma mia?
¿No respondes á tu amante?
Maldito el horrendo instante
En que ví la luz del dia.
No halle tu asesino fin
A su existencia marchita,
Y con sangre lleve escrita
La maldicion de Caïn.
Sentado en banquete infame,
Al beber, de ardor sediento,
Un esqueleto sangriento
Sangre en su copa derrame.
Este grito de venganza
Escucha, potente cielo;
Y pues que muero de duelo,
El muera sin esperanza.
JUAN.— ¿Murió Boscan?...No habla ya.
Mátale, fortuna mia;
Si respira todavía,
Aquí mi puñal está.
MONT.— Señora, vamos de aquí.
Llamemos gente.
MARI.— Respiras.....
Ardiendo estás.
BOSC.— Ah!
MARI. Suspiras......
¿Pero suspiras por mí?.....
BOSC.—[*delirando.*]
Hincada en mi sepultura

Allí está.—Mariana mia,
Yo que me amabas creia,
Mas no con tanta ternura.
MARI.—¡Lope!—Delirante está.
JUAN.—Apenas oigo.... ¿Callaron?....
BOSC.—Tus suspiros evocaron
Mi alma, que reposa ya.
MARI.— ¡Cuánto su fiebre prolija
Mi pecho llena de espanto!
BOSC.—Si vieras cómo tu llanto
Mi corazon regocija!
Cuando la noche su velo
Estiende llena de estrellas,
Y trémulas sus centellas
Brillan en el hondo cielo;
Y que de la aura el respiro
Apenas turba la calma,
Sale del sepulcro mi alma
A buscarte en tu retiro.
JUAN.— Horrendo delirio.
MARI.— Cierra
El labio, ó no hables así.
BOSC.—Huye, Mariana, de mí,
Pues ya no soy de la tierra.
MARI.— No, que delirando estás.
JUAN.—Si yo pudiera acercarme....
BOSC.—En vano quieres tocarme:
Lo que ves sombra es no mas.
Mas ya se acerca la luz....
Fuerza es separarnos..... Llora.....
Que no te encuentre la aurora
Postrada frente esa cruz.

¿Por qué me miras así?
De mí no vengas en pos.

MARI.—¡Oh cielos, piedad! . . . .

BOSC.— Adios!
Velando estoy sobre tí. [*Muere.*]

MONT.— Ya espiró!.... ¡Pobre Boscan!
—Señora, no le abraceis,
Que ya es cadáver.... ¿Qué haceis?....
¡Oh! si esto viera don Juan!

JUAN.—¿Qué es lo que me pasa, honor?
Cálmate, corazon mio. . .
—Abraza ese cuerpo frio,
Llora, muger sin pudor;
Que en medio á tu pena tanta
Así estarás satisfecha. . . .
Ya una serpiente te asecha
Para anudar tu garganta.
¿Por qué mi mano vacila? . . . .
Muera pues. . . .

[*Da un paso, y se detiene oyendo á Mariana.*

MARI.— Ya te perdí:
Huérfana quedo sin tí;
Y estoy, con todo, tranquila.
Nada en mi desdicha acerba
Encontraré que me asombre. . . .
Con el dolor nace el hombre,
Como la flor con la yerba.
Perdono á tu matador,
Pues Cristo lo manda así;
Mas huya, huya de mí,
Que aun hay en mi alma rencor.
Uno para otro los dos
Nacimos. . . . yo te adoré:

Ante el mundo lo diré
Y ante el tribunal de Dios.
  Mi vida, en pena tan grave,
Será de hoy mas, sin tu amor,
Como sin riego la flor,
Como sin plumas el ave.
  Ni lágrimas de afliccion
Tributaré á tus despojos,
Que secos están mis ojos
Y seco mi corazon.
  Mas ¡ay! me lamento en vano!
No oyes tú la queja mia. . . .
Estrecho tu mano fria,
Y tú no estrechas mi mano.
JUAN.— Basta ya, muger infiel!
Sella ese labio perjuro,
O vas á morir! . . . . Lo juro!
MARI.—¿Quién habla?
MONT.— ¡Don Juan Manuel! [*Huye.*]

VIII.

BOSCAN, DON JUAN, MARIANA.

MARI.— ¿Sois vos?
JUAN.— Por tu mal.
MARI.— Mirad:
Apagóse su existencia. . . .
JUAN.— [*furioso.*]
¿Y aun hablas en mi presencia,
Muger sin honestidad?

Tú cuyo pecho sin fe
En noche horrenda me obliga
A que el cadáver maldiga
De quien viviendo, adoré!
Tú, de cuyo labio inmundo
Palabras salen de horror,
Que oye el cielo con furor,
Y son escándalo al mundo!
Tú, víbora venenosa,
A quien si quizás oyera
Tímida vírgen, huyera
Avergonzada y medrosa!
Tú hablas ante mí!... Buen Dios,
Si es tanta ya la insolencia
Del criminal, la inocencia
Vaya del crímen en pos!

MARI.— ¿Por qué tal ira, don Juan?
JUAN.—¡Silencio!
MARI.— Si yo consigo
Calmaros.....
JUAN.— Silencio, digo!
MARI.—Mirad que han muerto á Boscan.
JUAN.— Debiera el acero mismo
Que le hirió, matarte á tí.
MARI.—¡Ojalá!
JUAN.— Juntos así
Bajárais al hondo abismo.
MARI.— ¡Blasfemais! Está Boscan
Juzgado por Dios Eterno.
JUAN.—Y á tí en el profundo infierno
A juzgarte va Satan.
MARI.— Debeis al cielo pedir
Que alumbre vuestra razon.

JUAN.—Implora tú su perdon;
Híncate: vas á morir!
MARI.— ¡Don Juan!
JUAN.— ¡De rodillas!
MARI.— Cielo!
JUAN.—¡Se resiste la muger!
MARI.—¡Quereis mas sangre verter,
Y la pisais en el suelo!
JUAN.— Mézclese tu sangre impura
Con la sangre del infiel. . . . .
¡Que cupiera tanta hiel
En tan perfecta hermosura!
¿Cómo hallar la diferencia
Del bueno y el criminal,
Si ya se reviste el mal
Con túnica de inocencia?
[*Empuña la daga.*]
MARI.— No el crímen cometereis;
A pedir auxilio corro. . . . .
JUAN.— [*deteniéndola.*]
¡No! vas á morir!
MARI.— Socorro! . . . .
—Mirad, don Juan, que os perdeis
¿Así los hombres oprimen
A la muger?
[*Oyense pasos á la derecha.*]
JUAN.— ¡Suerte impía!
Gente viene.
MARI.— Dios la envia
Para impedir vuestro crímen.

IX.

BOSCAN, DON JUAN, MARIANA; *y por la derecha* PEREIRA, PULGAR, LA RONDA (*con luces.*)

MARI.—Es la ronda!
PERE.— Por aquí.
Armado está el asesino.
EL CAPITAN DE LA RONDA:
¡Un cadáver!
PULG.— Su sobrino!
MARI.—¡Qué escucho!
PERE.— Prendedle.
JUAN.— ¿A mí?
CAPI.—[*adelantándose.*]
Amigos, favor al rey!
JUAN.—[*tirando la daga y empuñando la espada.*]
Castigaré tu malicia.
CAPI.—Ved que atacais la justicia.
[*á la ronda.*]
—¡A él!
JUAN.—[*tirando la espada á los piés de la ronda.*]
Obedezco á la ley.
Pero no quedará impune
Este insolente atentado.
PERE.—No: presto sereis juzgado:
Ya la audiencia se reüne.
JUAN.— ¡Oh suerte, cuánto me humillas!
[*A Pereira.*]
—Ganais la partida vos;

Pero yo os juro por Dios,
Que os he de ver de rodillas.
Alcalde ó gefe del crímen,
Bien cumplís vuestra mision;
Mas tengo yo corazon,
Y mato á los que me oprimen.

PERE.— Ya sé que sabeis matar,
Ya sé que sois asesino.
Mirad á vuestro sobrino,
Miradle, pues, sin temblar.

MARI.— Mi corazon lo decia.
Aleve sois y traidor: [*A don Juan.*]
Habeis arrancando en flor
Una vida que era mia.
Honor busca en la muger
El hombre, y la agravia infame;
Honor no en otros reclame
Quien no lo sabe tener.

JUAN.— ¡Eh! basta ya!—Gente impía,
Conducidme!.... apresuraos!....
—Señor alcalde, acordaos
Que vuestra existencia es mia.

[*Oyense las once.*]

PERE.— ¡Las once!.... Llevadle!....

JUAN.— Sí,
Llevadme, gente villana.
—Cuando oigais esa campana,
Pereira, pensad en mí.

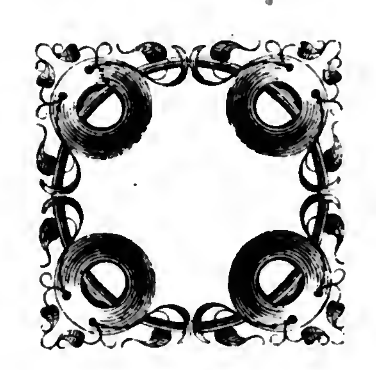
PERE.— Nunca os temí.

JUAN.— Ni yo á vos.
Yo desprecio vuestra audiencia.

Conducidme á su presencia:
Quiero verla, vive Dios.
Que no es la primera vez
Que entre bandidos me veo:
Pues lo es aquí, segun creo,
Cada noble y cada juez.
Nada me resta que ver:
No hay nada ya que me asombre.

PERE.—[*á la ronda.*]
Llevad al muerto y á ese hombre;
Me encargo de la muger.

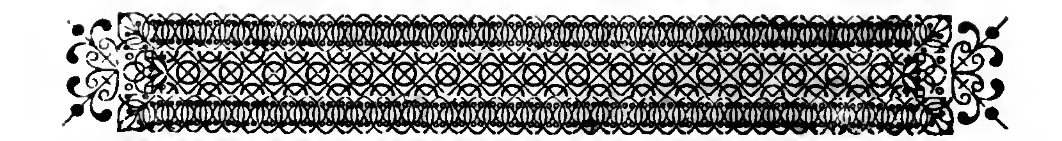
Fin de la jornada tercera.



JORNADA CUARTA.



En abriendo el pecho ál vicio,
el mas pequeño resquicio
da puerta franca al error.
ALARCON.—*Don Domingo de don Blas.*



[*Pieza de tránsito en la casa de don Juan Manuel, como en la jornada segunda. —Todos los muebles en desórden.—Luces.—Noche.*]

I.

PULGAR, ESPINEL, MONTALVAN, *y otros criados.*

[*Están Pulgar y Espinel sentados á una mesa jugando, con una bota cada uno de ellos entre las piernas;—los otros criados se entretienen bebiendo de otras botas.*]

ESPI.— Rey loco.
PULG.— Al rey.
ESPI.— ¡Lindo!—al foso.
PULG.—Sota mala.
ESPI.— Banderilla.
PULG.— Copa.
ESPI.— Tres.
PULG.— Caballo.
ESPI.— Ensilla.
PULG.—No.
ESPI.— ¿Por qué?
PULG.— Me voy al coso.
ESPI.— Tengo basto.

PULG.— Yo tengo oro.
ESPI.—Cinco al as.
PULG.— Ya no me voy.
ESPI.—Barajaré.
PULG.— No: yo doy.
MONT.—¿A qué están jugando?
ESPI.— Al toro.
MONT.— No lo sé.
PULG.— ¿Quiere aprender?
MONT.—Sí.
ESPI.— Pues arrime su silla.
PULG.—Juego limpio.
ESPI.— Dá.
PULG.— Golilla.
MONT.—Muchachos, vamos á ver.

[*Acércanse los criados.*]

PULG.— El buen duque de Escalona
Tiró á Cadereita ya.
ESPI.—Echando chispas irá.
PULG.—Un réquiem al pobre entona.
Nada le valió su maña.—
¿Qué les importa en Castilla
Que haya fundado una villa
Con su nombre en Nueva-España?
ESPI.— ¡Cuántas cosas en un año
Pasaron!
PULG.— Nunca creí
Que estuviéramos así
En casa don Juan, ogaño.
ESPI.— Virey nuevo.
PULG.— Y con poder.
ESPI.—Preso don Juan se la pasa.
PULG. Dueño el amo de su casa.

ESPI.—Y dueño de su muger.
MONT.— Yo, viendo preso á don Juan,
Dije: A Pereira me acojo.
ESPI.—Corres bien.
MONT.— Sí, no soy cojo.
PULG.—Lo mismo hizo Garcerán.
MONT.— Pues que mató á su sobrino,
Páguela.
ESPI.— Sí.
PULG.—[*bebiendo.*] A la salud
Del alcalde.
ESPI.— Al ataúd
De don Juan el asesino.

[*Beben todos.*]

MONT.— Doña Mariana quizá
Nos escucha.
ESPI.— ¿Qué me importa?
PULG.—Si nuestra charla soporta,
El cielo le pagará.
ESPI.—Desde que dió en que beata
Ha de ser á trochemoche,
En su cuarto dia y noche
Metida está como rata.
PULG.— Despues que en goce y embuste
Los hombres su vida emplean,
Con el diablo se pelean,
Y entran con Dios en ajuste.
ESPI.— Al hablar del Dios Eterno,
Pienso.... reflexiono.... digo......
Porque, hablemos claro, amigo,
¿Hay infierno ó no hay infierno?
MONT.— ¿Acaso lo duda alguno?
ESPI.—Pues bien: segun se me alcanza,

Han de echar en la balanza
El bien y el mal de cada uno.

MONT.— Sí.

ESPI.— Nosotros hemos hecho
Mucho mal y ningun bien.

MONT.—Cierto.

ESPI.— Y es cierto tambien
Que en el cielo no hay cohecho.

MONT.— Pues.

ESPI.— Aunque ande sin zapatos,
Y otros en mi puesto engorden,
Dejo al amo en su desórden.
Me voy. [*yéndose.*]

MONT.—[*y otros siguiéndole.*]
Vamos.

PULG.—[*dando una palmada en la mesa.*]
¡Mentecatos!
El amo más que nosotros,
Tiene saber, tiene ciencia:
Pues bien, cargad la conciencia
Sobre su espalda vosotros.
Hacemos lo que nos manda,
Y aunque manda iniquidades,
Veis que entre paternidades
Y usías honrado anda.
La inquisicion, que es amiga
De las almas, lo consiente;
Y así lo juzga inocente
Puesto que no lo castiga.

ESPI.— El con ella bien se guisa
Porque es rico; pero un pobre.....

PULG.—Da á la iglesia lo que sobre
Y oye en las fiestas su misa.

ESPI.— ¡Vaya! sirviendo me quedo
A Pereira; mas quisiera
Que en su casa me tuviera
Y no aquí.
PULG.— ¡Bah! ¿tienes miedo?
ESPI.— A los muertos, no á los vivos.
Porque ¿quién un alma en pena
Verá con frente serena
Y sin perder los estribos?
PULG.— ¿Crees en eso?
ESPI.— ¿Pues no?
Si lo he visto.
PULG.— ¿A quién?
ESPI.— Al muerto.
MONT.—Y yo tambien.
PULG.— ¡Qué!
ESPI.— De cierto:
Lo he visto, lo he visto yo.
MONT.— Por toda esta calle Nueva,
Dando las once......

[*Da la media á lo lejos. Los criados se miran aterrados.*]

ESPI.— Me alegro.
Diez y media.... El Bulto Negro
Vendrá á las once......
PULG.—[*fingiendo serenidad.*]
¿Aunque llueva?
ESPI.— No te burles: yo le ví
Envuelto en su negro manto;
Y, lleno de horror y espanto,
Con la vista le seguí.
Yo estaba de centinela
Cuando pasó por la calle.
Es de magestoso talle......

PULG.—(¡Ay! la sangre se me yela.)
—Miedo tuyo....¡qué!...no....¿Y luego?.....
ESPI.—Taciturno parecia;
Y donde los piés ponia
Dejaba rastro de fuego.
Parôse frente de mí,
Clavôme su vista ardiente,
Y despues pausadamente
Fuése yendo, y le perdí.
[*Oyense pasos á la izquierda.*]
PULG.—[*temblando.*]
¡Pasos!
MONT.— ¡Ay Dios!
ESPI.— Si será
El Bulto Negro.....
PULG.—[*corriendo á la puerta izquierda, y torciendo la llave.*]
Cerremos.
[*Llaman.*]
MONT.—Está llamando.... ¿Qué haremos?
ESPI.—Háblale, á ver si se va.
PULG.— En nombre del Dios de Abran
Vuelve al sepulcro, alma ô diablo.....
GARC.—[*dentro.*]
Abre, Pulgar.
PULG.— [*abriendo.*] Guarda, Pablo! [*Los criados rien.*]
ESPI.—Ha! ha! ¡El indio Garcerán!

II.

PULGAR, ESPINEL, MONTALVAN, LOS CRIADOS, y GARCERAN (*con un buen trage.*)

PULG.— Mal tigre á todos os coma.
ESPI.—Pulgar, ¡qué miedo tenias!

PULG.—[*irritado.*]
¡Necio! ¿pues no conocias
Que no era mas que una broma?
Miedo no, voto al abismo.
[*Poniendo la mano en la espada.*]
Con esta probarte puedo
Que nunca he tenido miedo
Ni á tí, ni al demonio mismo.
ESPI.— Cabalmente reñir quiero.
PULG.—Verás si te sé sangrar.
ESPI.—Con tanto y tanto adular,
Has aprendido á barbero.
PULG.— Mala fiebre te consuma.
ESPI.—Mal rayo te abra la crisma.
GARC.—¡Dos de una familia misma
Jurando y echando espuma!
Hoy hace un año completo
Que preso don Juan está.—
Alegraos! ¿no os dí ya
Licores con ese objeto?
Dénse la mano. [*Lo hacen.*]
ESPI.— ¿Conservas
Enojo?
PULG.— Ni por asomo.
ESPI.—¡Viva nuestro mayordomo! [*Bebe.*]
PULG.—Tantos años como hay yerbas.

[*Bebe, y los demas tambien.*]

GARC.— Gracias.

[*Los criados beben repetidas veces hasta embriagarse.*]

PULG. Va por el amor.
ESPI.—Por el alcalde.

MONT.— Con gana.
PULG.—Este por doña Mariana.
ESPI.—Del nuevo virey á honor.

[*Siéntase Garcerán á un lado observándolos.*]

GARC.—¡Bien! opacad la linterna
De la razon luminosa. . . . .
El mundo no es otra cosa
Sino una vasta taberna.
Bebiendo, el que da tributo
Y el monarca, iguales son;
Y perdida la razon,
Ambos se igualan al bruto.
Para el cuerpo anhelan todo,
Para el alma nada exigen. . . . .
No olvida el hombre su orígen,
Y se revuelca en el lodo.
PULG.—Antes de perder el tino,
Brindemos por los placeres.
ESPI.—Este va por las mngeres.
PULG.—Por las mugeres y el vino.
MONT.—Echemos á un lado miedos;
Bebamos hasta la aurora.
ESPI.—En menos de un cuarto de hora
He crecido cuatro dedos.
PULG.—No hay mejor cosa, á mi ver,
Que entre amigos y fregonas
Alegres y mocetonas,
Estar beber y beber.
Las fregonas faltan.
ESPI.— Cierto;
Mas no las llamemos hoy,
Que entre hombres solos estoy
Mejor, y mas me divierto.

Tenemos mas libertad,
Mas contento, mas holgura.
¿De qué sirve la hermosura?
De nada.—¿Verdad? ¿verdad?
PULG.—Es vieja la cantinela
De decir: "¿Mugeres yo?"
—Y la muger: "¿Hombres? ¡oh!
Ni verlos."—Pero no cuela.
Si en un convite de machos
Salen con esa cancion,
Es porque hacen corazon
De tripas, y están borrachos.

[*Canta tocando en la bota como si fuera guitarra.*]

Sin mugeres,
ni placeres,
¿qué es la vida
del mortal?
—Comida
sin sal.

[*Aplauden todos; él representa.*]

—Una cosa me alborota.
ESPI.—¿Qué, Pulgar?
PULG.—Que con presteza
Va engordando mi cabeza,
Y enflaqueciendo mi bota.
ESPI.—Parece que desde arriba
Alguno quiere subirme.
Cantaré por divertirme.
MONT.—¡Viva Espinel!
TODOS.— ¡Viva! ¡viva!
ESPI.—(*Canta, imitando á Pulgar.*)

Echa mi pitanza
sin derramar gota,

hasta que la panza
se me vuelva bota.
Estemos de noche
y al amanecer,
á trochemandoche
beber y beber.

TODOS—[*repiten.*] Beber y beber.

III.

PULGAR, ESPINEL, MONTALVAN, LOS CRIADOS, GARCERAN, y PEREIRA CON OTROS CRIADOS (*por la izquierda.*)

PERE.—¡Borrachos todos!.... Muy bien....
Y allá el zaguan sin un alma.
PULG.—Yo, señor excelentísimo....
ESPI.—Merezco una bofetada.
MONT.—Perdon pido de rodillas.
PERE.—Salga fuera la canalla.
(*Vánse por la izquierda los criados, escondiendo botas y naipes.*)

IV.

PEREIRA, GARCERAN.

PERE.—Muy bien, señor mayordomo;
Mucho esta escena me agrada.
GARC.—Velando estos infelices,
Se desesperan y enfadan.
Hoy, porque se cumple el año

En que don Juan fué á la jaula,
Les he repartido vino
A vuestro nombre.
PERE.— Esto marcha.
¿Y quién vela en tanto?
GARC.— Yo.
PERE.—Un hombre solo no basta.
GARC.—Viendo ellos el Bulto Negro,
Volverán luego la espalda.
PERE.—¿Tambien tú?
GARC.— Señor, ni vivos
Ni muertos á mí me espantan.
Al Bulto Negro veré
Como si no viera nada.
PERE.—Dí que le suelten un tiro.
¿No tienen mosquetes?
GARC.— Faltan
Animos, mas no temais:
En el zaguan doy palabra
De que el dicho Bulto Negro
No ha de poner una planta.
PERE.—Tengo muchos enemigos;
Y aunque la audiencia me ama,
Y el marqués de Cadereita
Ya no es virey, y que manda
Hoy el duque de Escalona,
Que no me mira con saña,
Sin embargo, mis rivales
Quieren perderme, y me matan,
Si descuidado viviendo,
No sé prevenir su audacia.
GARC.—[¿En qué país los malvados
Tranquila tienen el alma?]

PERE.—Con los criados que traje
Zaguan y puertas resguarda.
GARC.—[Que estorbo á su señoría,
Quiere decir esto en plata.]
PERE.—En tu discrecion confio:
Sé honrado y fiel, y me basta.
Traicion, vileza y perfidia
La vida ofuscan y manchan.
GARC.—(El mono le dice al hombre,
Que no es bueno hacer monadas.)
[*Váse por la izquierda.*]

V.

PEREIRA.

Los hombres dos veredas ven delante
Cuando en la tierra gimen:
Una conduce á la virtud radiante,
Otra conduce al crímen.
Si seguí la peor, ¿es culpa mia?....
Es culpa de mi estrella.
¿Por qué es tan triste la que al bien nos guia?
¿Por que la otra es tan bella?....
¿Bella la senda de maldad?....¡Mentira!....
Que lo diga mi pena
Cuando en mi oido aquella voz suspira
Que en mi pecho retruena....
Haber malos y buenos, es decreto
Que rige al universo:
A esta ley—hombre soy—vivo sujeto....
Tocóme ser perverso.

Falta es de mi fortuna, que no mia.
¿Por qué mi signo oscuro
Hizo de mí un demonio, si podia
Hacer un ángel puro?....

[*Aparece doña Mariana por el fondo: registra la escena con la vista, y luego se adelanta pausadamente.—Viene desfigurada y pálida. Su trage es negro.*]

VI.

PEREIRA, MARIANA.

PERE.— Mariana!.... Iba á tu encuentro.... Te adelantas.
Tanto favor!.... no á fe, no lo merezco.
MARI.—Pereira! ¿me burlais?.... Os aborrezco:
Mil ocasiones os lo dije ya.
PERE.—En otro tiempo....
MARI.— Ya pasó!.....
PERE.— —Me amabas.
Fuiste mia!....
MARI.—¡Callad!
PERE.— ¡Cuán otra eres!
Pobre de aquel que fia de mugeres!
MARI.—¡Ay!
PERE.— Esa palidez ¡cómo te está!
MARI.— En el desierto mar de mi existencia
Errando sin cesar triste y perdida,
Las escarpadas costas de la vida
Tan solamente ¡infortunada! ví.
Por venganza á la senda de la infamia
Me arrojé criminal.... ¡caro me cuesta!....
Si Lope desde el cielo me detesta,
Yo me detesto y me desprecio aquí.
PEREI.— Aparta de tu mente esas visiones.

MARI.—Me engañásteis, Pereira, me engañásteis! ....
Vos á Lope, traidor, vos le matásteis,
Y arrojásteis el crímen á don Juan!
PERE.—¿Quién dice tal?....
MARI.— Ante el Señor ya sube
El Arcángel que vela á la inocencia....
Pide vuestro castigo con vehemencia....
¿Sordos los cielos á su voz serán?
PERE.— ¿Mas quién ....
MARI.— Oidme.
PERE.— ¿Quién así calumnia?...
MARI.—Libertar á don Juan me prometísteis
En premio de mi honor....¿Y lo cumplísteis?...
PERE.—Mas yo....
MARI.— Bien lo mereces, muger vil.
¿No esperabas traicion, siendo traidora?....
Antes morir debiste en potro impío,
Que consentir jamas....—Corazon mio,
No una muerte mereces, sino mil!
PERE.— ¡Mariana!
MARI.— Vano hablar!....Bien lo conozco.
¿Pero cómo acallar el crudo grito
Que lanza, arrepentida del delito,
Esta, si mancillada, alma inmortal?
PERE.—Declamaciones sin valor. ¿Erraste?
¿Qué mal has recibido en tu destino?....
¿Escrúpulos?....¡Locura! desatino!....
MARI.—¿Muerta está tu conciencia, hombre fatal?
PERE.— Tantos que mucho son, nada serian,
Si á la conciencia hubieran escuchado;
Y Hernan Cortés con ella, y Alvarado
¿A Méjico lograran conquistar?

El guerrero en combates, el monarca
En festines aduermen su conciencia.
Ya en la tierra no habita la inocencia,
¿Y nosotros la habremos de encontrar?

MARI.— La buscaré en el claustro.

PERE.— En él te veo
Como águila en prision, que, llena de ira,
El hondo espacio dilatarse mira,
Y abre las alas sin poder volar.

MARI.—En la otra vida fijaré mi mente.

PERE.—Gocemos lo presente:—es lo seguro. . . .
Es un arca cerrada lo futuro.—
¿Sabemos lo que adentro hemos de hallar?

(Oyese la algazara de los criados á la izquierda.)

MARI.— No, no me tentareis. Vuestras palabras
Son negro aborto del profundo infierno.
Oigo en mi corazon acento tierno—
De mi ángel es la resonante voz.
Idos de aquí, Pereira, ó bien dejadme;
Determinada estoy de ir á un convento.
Calmad de vuestra víctima el tormento.

PERE.—¿Tormento?

MARI.— Sí: vuestra presencia atroz;
Y esa turba ademas de bandoleros
Que ha asaltado con vos esta mi casa,
Y que, henchida de vino, se propasa
A insultarme sin freno ni pudor.

PERE.—¿A insultarte?

MARI.— Sus pláticas impuras
Me cansan los oídos; sus canciones,
Sus juramentos, gritos, maldiciones,
Mi alma lastiman, y me dan horror.
Del infeliz las lágrimas se cuentan

Allá en el solio del Eterno. ¡Ay triste
Del que un alma inmortal hiera y contriste!...
Ved en mi faz los surcos del dolor.
¿Temblais?

PERE.— ¿Yo?

MARI.— Sí, temblais: ¿pues cuándo ha visto,
Sin temblar, á su víctima el malvado?.....

PERE.—Calla, Mariana, ya, que estoy cansado.....

MARI.—[*resuelta.*]
Callad vos. Soy el juez y el vengador!

PERE.— Bien te desquitas. Pero no me ofendo.
Entrégame tu amor, y soy dichoso.
Oye, querida mia, estoy zeloso
Hasta dese ángel que te viene á hablar.
¿Quieres mas ángel que mi tersa espada,
Y el oro, mis sirvientes, mi grandeza,
Y este amor que ha perdido mi cabeza,
Amor que no he podido desterrar?

MARI.— ¡Amor! ¿y osado profanais tal nombre?
Amor no me teneis, que es imposible.

PULG.—¿Pues lo dudas?

MARI.— Lo niego. No es creíble
Que vos, Pereira, me tengais amor.—
El amor es reflejo de la dicha
Que los ángeles gozan en el cielo,
Amor trajo á Jesus al triste suelo.....
¿Y amor llamais al criminal furor?....
—Cáncer voraz el corazon os roe.
Por vuestro bien curadlo:–os lo aconsejo.

PERE.—¡Que una muchacha se nos meta á viejo!.....
Me duermo ya, Mariana, en el sermon.

MARI.—Esta casa dejad.

PERE.— Buena salida!

MARI.—Ved que el cielo prepara su venganza.
PERE.—Dicen que cuando al mundo rayos lanza,
No defiende muralla ni bastion.
Esta casa y la calle son iguales
Para quien nada teme.
MARI.—[*yéndose.*] Adios.
PERE.—[*siguiéndola.*] Hermosa!
MARI.—Dejadme por piedad.
PERE.— ¡Cuán desdeñosa!
Mas de tus pasos me verás en pos.
MARI.—No me toqueis, ó con mis uñas mismas
Hago tiras mi rostro.
PERE.— ¡Qué locura!
¡Despedazar así tanta hermosura!
MARI.—Bien. [*Váse hácia el fondo.*]
PERE.— Hasta luego.
MARI.—[*con acento terrible.*] Para siempre adios!
[*Cierra la puerta.*]

VII.

PEREIRA, (*queriendo abrir la puerta.*)

Eso no. ¡Para siempre! No, mil veces!
¡Mariana! Tiene corazon de fiera.
¿Te he de perder? ¡Jamas! Si lo creyera,
Matara....¿á quién?.... Oh cólera!.... Don Juan!.....
Tengo poder....¿y tiemblo?.... Cobardía,
No así mi corazon llenes de miedo.....
Si con mis solas fuerzas nada puedo,
En mi socorro llamaré á Satan.

[*Durante esta escena, habrá entrado don Juan Manuel por la ventana, envuelto en una gran capa negra, y habrá estado observando á Pereira.*]

VIII.

PEREIRA, DON JUAN.

PERE.— [*queriendo forzar la puerta.*]

¡Por vida de Belcebú!
Pues la puerta tirarán.
¡Hola, Pulgar! Garcerán!
¡Espinel! ¿Quién eres tú?....

[*Al volverse para llamar á los criados, encuentra con don Juan, y da un paso atras.—Don Juan permanece inmóvil, sin desembozarse, y fijando los ojos en Pereira.*]

—Bueno para chanzas soy!
Habla, ó te mando azotar.
¡Por Dios ¿no quieres hablar?
Pues para farsas estoy!
Ya corre en mi sangre hiel.
Responde; que no me pasma
Duende, vision ni fantasma.
¿Quién eres?—¡Don Juan Manuel!.....

[*Don Juan se desemboza dejando caer su capa al suelo, y entonces le reconoce Pereira.—Aparece pálido y muy barbado, con un vestido miserable, dos pistolas al cinto y espada.—Auméntase la algazara de los criados, y se oye de cuando en cuando música, gritos y aplausos.*]

—¿Dejásteis vuestra prision?
A ella os mandaré de nuevo.
Puedo hacerlo.... ¡qué! lo debo.
No hay para el reo perdon.

[*Don Juan saca la espada. Pereira hace lo mismo.*]

—¿Qué haceis?..... Cómo!—¡Garcerán!
[No viene nadie.]—¡Espinel!
¡Aquí está don Juan Manuel!
¡El asesino! ¡don Juan!

[*Quiere irse: don Juan se le atraviesa.*]

JUAN.— De aquí no habeis de salir
Antes de satisfacer
Mi rabia.
PERE.— ¿Qué debo hacer
Para aplacaros?
JUAN.— ¡Morir!
PERE.— Morireis primero vos.
JUAN.—Eso lo vamos á ver.
PERE.—No, que os mandaré prender.
JUAN.—¿Y lo podeis?
PERE.— Vive Dios! ....
JUAN.— Os han informado mal,
Señor Pereira, de mí;
Que si honra y bienes perdí,
Me quedan brazo y puñal.
Moriré sin el placer
De vengarme cual quisiera.
Pese á mi fortuna fiera.....
¡Oh si tuviéseis muger!
PERE.— ¿Y qué con que la tuviera?
JUAN.—¡Ea! reñid y callad.
PERE.—¿Yo con vos?
JUAN.— Pues no!
PERE.— Mirad.....
[¡Oh si Garcerán viniera!]
JUAN.— Sabeis al pueblo oprimir,
Y embriagaros en placeres,
Sabeis deshonrar mugeres,
Mas no sabeis combatir.
Me habeis quitado, sin ley,
Bienes, libertad, riqueza;
Pedísteis ya mi cabeza
A la audiencia y al virey.—

Todo mi pecho lo olvida:
Perdono vuestro rencor....
Mas empañásteis mi honor:
Esto os costará la vida.
Defendeos.

PERE.— Yo, don Juan,
No lidio con asesinos.

JUAN.— Solamente con sobrinos
Que están mancos.

PERE.—[*riendo á Garcerán.*] ¡Garcerán!

IX.

PEREIRA, DON JUAN, GARCERAN.

[*Sale Garcerán por la ezquierda, y tuerce la llave.*]

PERE.—[*á don Juan.*]
¡Temblad!
[*A Garcerán.*]
—Desarmad á ese hombre.

GARC.—[*quitando á don Juan las pistolas.*]
Vengan acá estas canales.
Las espadas son iguales.

PERE.—[*viendo que se va Garcerán.*]
¿Qué es eso?

GARC.— Nada os asombre.

PERE.— ¡Como!—En nombre de la ley
A la cárcel llevarás
A ese criminal.—¿Te vas?....

GARC.—Ni pongo ni quito rey.

PERE.—¡Traidor! ¿me vendes así?
¿No sabes que la traicion

Es la mas infame accion
De un hombre? ¿lo sabes?
GARC. — Sí.
PERE.— ¿Y que venganza mortal
Al traidor llega á perder?....
GARC.—Mirad que ya Lucifer
Da lecciones de moral!
—¿Y vos me hablais de traicion?
¿Vos, asesino cobarde,
En cuyas entrañas arde
Hoguera de maldicion?
¿Vos, de don Lope asesino,
Seductor de la muger,
Traficante del poder,
Horror del cielo divino?
No soy un traidor con vos;
Vengador sí, justiciero!
Teneis en la diestra acero:
Sois hombre, vibradlo.—Adios.
PERE.— He de hacer yo que el virey,
Si tu alma la fe quebranta,
Mande tajar tu garganta.
GARC.—Ni pongo ni quito rey.
[*Vase al aposento de doña Mariana.*]

X.

PEREIRA, DON JUAN.

PERE.—La cólera me sofoca.
JUAN.—Está vuestra suerte echada.
Vamos: preparad la espada,
Poned un sello á la boca.

PERE.—(No sé qué presentimiento....)
Mi error conozco, don Juan.
JUAN.—Es tarde ya.
PERE.— ¡Garcerán!
¡Ah traidor!
JUAN.— ¿Os falta aliento?
¡Qué mucho! pues que el delito
Es de sí mismo verdugo.
Yo os entregara á su yugo....
No! no! sangre necesito!
¡Sangre!....¿Y tengo de lidiar
Con quien cobarde asesina?
Sangre tan vil y mezquina
Mi espada no ha de manchar.

[Envaina la espada.]

PERE.— No sufro....
JUAN.— ¡Callad!....—Arriba
Hay un Juez inexorable.
A él te entrego, miserable.
PULG.—*[dentro.]*
Viva Pereira!
VOCES.—*[y aplausos.]* ¡Que viva!
JUAN.— No es mi corazon de bronce:
Sé sentir, y aun perdonar.....
A tí apenas despreciar.

[Al dirigirse á la ventana, suenan las once.]

—¿Qué hora dá? ¡Cielos! las once!....

[Queda inmóvil y pensativo.—Oyese la voz de Pulgar, que canta.]

Ya he dado al olvido
por tí Andalucía;
llorando te pido
tu amor, vida mia.

De noche y de dia
desde tu ventana,
villana
tirana,
me miras aquí.
Hermosa Mariana,
duélete de mí.

JUAN.—*furioso.*]
¿Qué cancion.... Recuerdo impío!....
Ha un año....¡Honor!....¡Ah, recuerdo!....
El cielo me habla.... Me pierdo!....
No saltes, corazon mio.
[*Sacando la espada como insensato.*]
¡Sangre! ¡sangre! ¡sangre quiero!
—Defiéndete.

[*Riñen.*]

PERE.— Está furioso.

JUAN.—¡Oh corazon venenoso,
Va á visitarte mi acero!
—Que esta tu pecho reciba. [*Le hiere.*]

PERE.—[*cayendo.*]
¡Ay!... Confesion!.... confesion!....
Perdon ¡ah, don Juan, perdon!.....

PULG.— [*dentro.*]
¡Qué viva Pereira!

VOCES.—[*y aplausos.*] Viva!

JUAN.—[*abriendo la puerta izquierda.*]
¡Un sacerdote! ¡Socorro!....

PERE.—Dios mio, perdon!.... Ay!....yo.....
Me arrepiento.... Ay! [*Muere.*]

JUAN.— [*mirando á Pereira, y vagando de una á otra parte.*]
Espiró!....
¿Dónde sin aliento corro?....

[*Párase á contemplar el cádaver con los brazos cruzados, y permanece inmóvil hasta el fin de la jornada.*]

ESPI.— [*dentro.*]

Por aquí es la gritería.

JUAN.—Mirad la soberbia humana!

GARC.—[*saliendo.*]

No salgais, doña Mariana.

El horror os mataria.

[*Salen los criados, ébrios: unos con vasos, otros con botas, y otros con naipes en la mano.*

XI.

PEREIRA, DON JUAN, GARCERAN, ESPINEL, PULGAR, MONTALVAN, Y CRIADOS.

PULG.— Al amo han muerto.

ESPI.— ¿Quién fué? . . . .

PULG.—[*examinando el cadáver.*]

¡Una estocada!

ESPINEL, (*Montalvan y los demas criados.*)

¡Qué horror!

PULG.—Busquemos al matador.

JUAN.—[*inmóvil, á los criados, que tratan de irse.*]

Mirad que yo le maté!

Fin de la jornada cuarta.

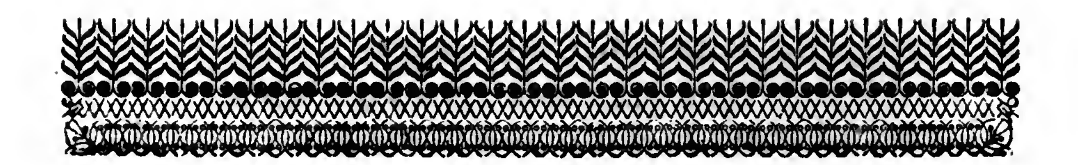


JORNADA QUINTA.



Y es usar de este término conmigo
inhumana venganza y no castigo.
ERCILLA.—*La Araucana.*

TOM. II.—P. 40.



(Cárcel.—Dos puertas laterales y una en el fondo: la de la derecha da á un aposento; la de la izquierda á la calle; la del fondo, al interior de la cárcel.—Una lámpara colgada en la pared.—Noche.)

I.

EL CARCELERO, PULGAR, ESPINEL.

Al levantarse el telon, óyense golpes y la voz de Pulgar á la izquierda. Sale por fondo el carcelero.]

PULG.— [*dentro.*]
Abra, señor carcelero.

CARC.—(*saliendo.*)
¡Jesus! ya mi frente suda.

PULG.—Abra.

CARC.— Voy. Tenga pachorra
Su magestad andaluza.

[*Toma una llave de varias que lleva al cinto, abre la puerta izquierda, y la vu cerrar, despues que han salido por ella Pulgar y Espinel.*]

PULG.—¡Qué paciencia!

CARC.— Necesito
¡Pobre carcelero! mucha

Para sufrir esta carga
Que ya mis hombros abruma.
ESPI.—Ha tres dias que la tiene,
Y ya se queja.
CARC.— Con justa
Razon, que no hay un momento
Que no baje, y corra, y suba
Como un azacan; y luego
Esté siempre alerta, acuda
A que un preso no se vaya,
Y su cabeza lo sufra.
PULG.—El anterior carcelero
Hubiera dado la suya
A no haber desparecido.
CARC.—¿Pero cuál era su culpa?
El salir don Juan las noches
Sin que él lo supiera nunca.
ESPI.—¿Cómo no? Sí lo sabia.
PULG.—Y recibió muchas sumas
De don Prudencio de Armendia,
Que es con don Juan carne y uña.
CARC.—Y sus mercedes ¿qué hicieron
Cuando en Pereira la punta
De su espada hundió don Juan?
ESPI.—¿Nosotros?.....
PULG. No es cuenta suya.
Somos honrados, y nadie
De nuestra inocencia duda.
Don Bermudo Sayavedra,
Que el puesto del muerto ocupa,
Y es nuestro alcalde del crímen,
Leales quizá nos juzga,
Pues nos hace sus criados.

CARC.—¿A todos?
ESPI.— Hizo renuncia
Montalvan.
PULG.— Y Garcerán
Entró á servir á la viuda.
CARC.—La viuda!
ESPI.—Lo será pronto
Doña Mariana Laguna.
CARC.—Cosas se ven en nuestra era
Que obras parecen de brujas.
PULG.—Nosotros callar debemos,
Y no entrar en conjeturas.
CARC.—Dicen que al nuevo virey
Doña Mariana Laguna
Fué á pedir la libertad
De don Juan Manuel.
ESPI.— No hay duda.
CARC.—Y que él con gran cortesía
Le ofreció proteccion suma.
ESPI.—Si fuera el de Cadereita,
Tal vez; pero la fortuna
Nos dió al duque de Escalona
Marqués de Villena, y nunca
Entrada dará en su pecho
A supercheria alguna.
PULG.—Bravo! Espinel, adelantas.—
Muy bien parlado: me gusta.
ESPI.—El marqués de Cadereita
Era de Don Juan columna,
Porque..... Que diga por qué
Doña Mariana Laguna.
CARC.—(¡Calumniador!)
SAYA.—(*dentro.*) ¡Carcelero!

[*Vase corriendo el carcelero por el fondo.*]

PULG.—Don Bermudo es.
ESPI.— ¿Conque ajustan
Hoy el dogal á don Juan?
PULG.—Mas será la cosa oculta.

II.

PULGAR, ESPINEL, SAYAVEDRA, (*por el fondo.*)

ESPI.—¡Don Bermudo!
SAYA.— ¿Qué hay de nuevo?
PULG.—La gente en voz baja rumia
Vuestra subida..... y la nuestra
SAYA.—*Audaces fortuna juvat.*
¿Entendiste?
PULG.— Por supuesto:
Sí..... [*á Espinel.*] Me he quedado en ayunas.
ESPI.—Yo tambien.
SAYA.— Pero ¿qué dicen
De don Juan Manuel?
ESPI.— ¡Oh! muchas
Cosas.
SAYA.— Las quiero saber.
Vamos, Pulgar, desembucha.
PULG.— Cual si lo hubiera visto, dice el vulgo
Que de zelos don Juan se consumia,
Zelos que el diablo en su interior sembraba
Para coger despues buenas espigas.
SAYA.—(¡Infatigable cosechero!)
PULG. — Al diablo
Don Juan evoca del abismo un dia....

ESPI.—Una noche, Pulgar, de noche solo
De sus amigos el solar visita.
PULG.—Ello es que lo evocó, puesto que el nombre
De quien su honor manchaba no sabia.
Satán le dijo que era su enemigo
El que á las once por su calle misma
Encontrara......
ESPI.— Esas once que tú dices,
Que son las once de la noche olvidas.
PULG.—Se entiende.—Pues señor, todas las noches
Por su calle á rondar don Juan salia.
Dando las once, al hombre que encontraba,
Con voz de miel y emponzoñadas miras,
"¿Qué hora es, amigo?" preguntaba. Oyendo
"Las once" responder, "Feliz," decia
"Voacé que la hora de su muerte sabe."
Y al mismo tiempo se le echaba encima,
Con un puñal le traspasaba el pecho,
Y á su casa despues rápido se iba.
ESPI.—Lo engañaba el demonio.
PULG.— Sí; no era
Rival suyo ninguna de sus víctimas.
Siendo privado del virey y amigo,
No sospechaba dél la policía;
Mas el alcalde Vélez de Pereira
Le sorprendió una vez—la noche misma
En que el sobrino de don Juan, don Lope,
Fué el desdichado que morir debia.
SAYA.—Eso la gente dice; mas vosotros
¿Qué decís?
PULG.— Que es verdad.
ESPI.— Que no es mentira.
PULG.—El alcalde del crímen don Francisco

Puso preso á don Juan; pero salia
El pérfido de noche desta cárcel
Para hacer sus maldades favoritas.
En una dellas le encontró Pereira
Al dar las once, y le tocó la china.
Le asesinó don Juan con mas contento,
Por ser quien descubrió sus fechorías.

SAYA.—Así el vulgo lo dice; mas vosotros
¿Qué decís?

PULG.— Que es verdad.

ESPI.— Que no es mentira.

SAYA.—Bien está.—Por sus crímenes infames,
Esta noche á don Juan de un palo cuelgan
Los ángeles.

ESPI.— ¿Los ángeles?

SAYA.— ¿Lo dudas?

ESPI.—¡Qué! No señor. Los cielos me defiendan
De dudarlo jamas.

PULG.— Por él respondo.

SAYA.—El padre franciscano que confiesa
A don Juan, sus maldades ponderando,
Le mandó, como leve penitencia,
Que tres noches rezando á la horca fuese;
Y van dos que á las doce sale fuera
Para ir á la horca, con rosario en mano,
A orar por los que vil hundió en la huesa.
Mil visiones ha visto.—Hincado estaba
En profunda oracion, llena la idea
De la horca y de sus crímenes; y mira
Lejana claridad amarillenta
De trémulas antorchas que alumbraban
Una gran procesion; y arca funesta,
Cual fúnebre ataud, atras seguia.

Y oye luego el clamor de una trompeta
Que atronaba los aires, y unas voces
Misteriosas, opacas, tremulentas,
Que cantaban un *Requiem*, y decian:
"El alma de don Juan dejó la tierra.
"Rezad, rezad por él un *Padre nuestro.*"
Y un triste doble compasado suena.
PULG.—Se me eriza el cabello.
ESPI.— A mí las carnes
Se me horripilan, y aun me da jaqueca.
SAYA.—¿Conservarás el lance en la memoria?
PULG.—Pero mucho, señor de Sayavedra.
Aunque juzgo imposible que yo imite
La gracia y.... ese aquel con que lo cuenta.
SAYA.—¡Adulador! tú mientes.—Esta noche
A la horca va don Juan por vez tercera.
Con él ireis vosotros, pues le aguardan,
Para ahorcarle, los ángeles en ella.
PULG.—Está bien.
ESPI.—[*á Pulgar.*] Yo no voy.—Con los vivientes,
Cuanto quieran, amigo, cuanto quieran;
Con espíritus, no.
SAYA.— ¿Qué estás rumiando?
PULG.—Dice que ver los ángeles desea.
SAYA.—Pronto será. Mas si tu mala vista
Sin alas y sin luz ángeles viera,
Y sin espada de luciente fuego
Con relámpagos, rayos y centellas,
De tus pésimos ojos en castigo
Te cortaria un ángel la cabeza.
PULG.—Nada temais, señor, por él respondo;
Por él veré.

SAYA.— Muy bien.—Vayan afuera
Ordenes á esperar.
ESPI.— (Si de aquí salgo,
No me vuelven á ver en esta tierra.)

[*Pulgar y Espinel se van por el fondo, y salen luego con el carcelero, que les abre la puerta izquierda. Todo esto pasará durante el siguiente soliloquio.*]

III.

SAYAVEDRA.

¿Y estudié las sagradas escrituras
Para inventar leyendas sin sustancia?
¿No es burlase de Dios y sus decretos?
¿No es profanar la Biblia sacrosanta?....
Mas el crímen, monarca de la tierra,
Mi corazon á la maldad arrastra,
Y me dice y me muestra que los buenos
De los malos están bajo la planta.
Estoy arriba ya; quien detenerme
Pretenda osado, á lo profundo caiga.
Esta colonia mísera es herencia
De los hijos audaces de la España.
Goce yo, y mueran los demas.... ¿Qué importa?
Sus sollozos y lágrimas no empañan
Mi blason.... Si la tierra es un banquete,
Toca á ellos sazonar con penas y ansias
Los manjares, que al labio solo llevan
Despues que el amo su apetito sacia....—
Pero ¿y la muerte? ¿y la fatura vida?
¿Y esta alma?.... Jesucristo dijo: "Nada
Es imposible para Dios".....—Sentencia
Que nos abre del cielo una ventana.

—Quiere á don Juan Manuel salvar el duque.
Mas á mí y á la audiencia, si lo salva,
Se nos sigue perjuicio.... Del proceso
No están á fe las actuaciones claras;
Y si don Juan sus bienes nos pidiera,
Nuestra fortuna el viento se llevara.

IV.

SAYAVEDRA, EL CARCELERO.

SAYA.—[*al carcelero, que cierra la puerta.*]
¡Carcelero!
CARC.— Señor.
SAYA.— ¿A don Juan viste?
CARC.—Sí señor.
SAYA.— ¿Qué hace?
CARC.— Se confiesa.
SAYA.— Basta.

(*Quiere irse el carcelero.*)

—Abre esa puerta. [*Señalando la izquierda.*]
CARC.— [*abriendo.*] Voy, señor.
SAYA.— Seis hombres
Dentro de un rato llegarán con armas,
Y á don Juan llevarán. Vendré con ellos.
CARC.—Señor, sé ejecutar cuanto me mandan.
SAYA.—Oir, ver y callar.
CARC.— Seré discreto.
SAYA.—Los pecados de lengua, el cuello paga.

[*Vase por la izquierda.*]

V.

EL CARCELERO.

Los pecados....¡caramba!....Los pecados.....
—Sabré callar, sabré callar....¡No es nada!....
¡Pobre don Juan! tan opulento y grande,
Y hoy su fortuna pérfida cambiara
Con la del pobre carcelero.... Y cierto
Que no es digna mi suerte de alabanza.

[Aparece Garcerán, receloso, por la derecha.]

VI.

EL CARCELERO, GARCERAN.

GARC.—¡Carcelero!
CARC.— ¿Quién me llama? *[sorprendido.]*
¿Por dónde entraste, camueso?
—No en balde el vulgo pregona.
Que este indio es un hechicero.
GARC.—Aquí traigo dos alhajas.—
Este puñal.... *[Lo saca.]*
CARC.— Te lo cedo.
GARC.—Y esta sortija preciosa,
Que vale cinco mil pesos. *[Se la enseña.]*
Escoge.
CARC.— Pues.... la sortija.
¿Y te he de dar? .....

GARC.— Tu silencio.
CARC.—¿Sabes que puede costarme
La tramoya mi pescuezo?
GARC.—Huyes de aquí, como huyó
El anterior carcelero.
CARC.—Es dura cosa......
GARC.— ¿Pues quieres
Ganancia sin ningun riesgo?
CARC.—Mas.....
GARC.— Si no, debo matarte,
Pues ya sabes mi secreto.
CARC.—Tienes razon....(Pecho al agua....)
GARC.—¿Por fin?.....
CARC.— La sortija acepto.
GARC.—Toma (*se la da.*) De aquí no te irás
Hasta que me lleve al preso.
CARC.—Que por don Juan vienes tú,
Ya lo adivino y lo entiendo;
Mas dime por dónde entraste.
Si no es por el agujero
De la llave, yo no alcanzo......
GARC.—O eres malicioso ó necio.
En ese cuarto que ves

[*Señalando el de la derecha.*]

Hay un estante ó ropero......
CARC.—¡Cómo que le hay! mis andrajos
En él encerrados tengo.
GARC.—Detras hay un boqueron......
CARC.—[*Santiguándose.*]
Santiago me valga!....¿Y luego?!...
GARC.—Por él don Juan se salia
Todas las noches.....

CARC.— Muy bueno.
¿Pero por qué Sayavedra
No persigue tu gargüero?
GARC.—Porque soy pobre. A los ricos
Persigue no mas.
CARC.— Comprendo.
Pero natural seria
Que te dijera: "Mostrenco,
"Tú morir viste á Pereira,
"Quizá tambien con tu acero...."
GARC.—¿Pero él alcalde seria
Si el otro alcalde no ha muerto?
CARC.—Tienes razon. Soy un topo.
Pero.....
GARC.— Dime.....
CARC.— Pero....pero.....
¿Quién pues te dió esta sortija?
GARC.—Basta: perdemos el tiempo.
¿Dónde está don Juan Manuel?
CARC.—Se está confesando adentro.
GARC.—Vete pues; y cuando acabe,
Le dices que hablarle quiero.

[*Vase por el fondo el carcelero.*]

VII.

GARCERAN.

¿Y querrá reconciliarse
Con su consorte?.... Lo dudo.....
Erró Mariana, es muy cierto:
Su corazon está impuro....

Pero ¿con qué artes y embustes
El pérfido la sedujo!....
Es la muger sensitiva:
El tacto la impone susto.....
¿Pues será suya la culpa
Si yo en mis manos la estrujo?.....

Aparece don Juan por el fondo con cadena al pié. Viene muy preocupado. Se detiene en el fondo con los brazos cruzados y los ojos bajos.]

Ahí está!....¡Pobre don Juan!.....
Todo él va diciendo: "Luto!....."

VIII.

GARCERAN, DON JUAN.

JUAN.—*Homo natus de muliere, breve vivens tempore, repletur miseriis.* ([a])

Palabras de aquel justo, que el sacerdote pio
Recuerda á mi memoria para consuelo mio,
Alivio de las almas en la tribulacion.
Cuando el mundo se cierra del hombre á la esperanza,
Y el pecho atormentado fúnebre grito lanza,
Mas pura entónces brillas, angusta religion!

GARC.— Don Juan.

JUAN.—[*viéndole.*] Amigo mio! ¿Conque mi triste suerte
Un amigo me deja en la hora de mi muerte?......
Cuando el término llegue, te abrazaré al partir.
—Es larga la jornada.

GARC.— Muy triste estais.

JUAN.— Muy triste!
De tenebroso duelo mi corazon se viste.

[a] El hombre nacido de muger vive poco tiempo, y henchido está de miserias. —*Job.*

GARC.—El mismo Jesucristo se entristeció al morir.
JUAN.— El eco postrimero de una flauta entristece,
Muy tristes son los brindis de festin que fenece,
Triste la luz incierta de moribundo sol!.....

[*Abrazando á Garcerán.*]

—Descansaré en tu seno; y dí, mi buen soldado:
"Viviendo entre españoles, hasta el sepulcro helado
"Un indio acompañaba tan solo á un español!...."
GARC.— Del indio la cabeza cual su existencia es ruda:
Vano es en vuestro alivio que su razon acuda;
Lágrimas, no discursos, os puede dar no mas.
JUAN.—Muy mas que las palablas una lágrima vale,
Cuando del corazon sinceramente sale;
Y un recuerdo es muy dulce. No me olvides.
GARC.— ¡Jamas!
JUAN.— Un recuerdo, un suspiro hasta el cielo se eleva,
Cual se alza de los prados vapor que aroma lleva,
Y el alma que allá mora, retiembla de placer.
GARC.—(Está muy entregado á sus meditaciones.
¿Romperé con un soplo sus dulces ilusiones?
¿Diréle: "Vuelve al mundo, te espera una muger?....")
JUAN.— Al tocar el sepulcro, la mente se ilumina,
Y animada parece de inspiracion divina,
Y tras nieblas los siglos apareciendo van.
Del porvenir los años ante mí se levantan
Bajo formas horribles que el corazon espantan....
—Mis últimos acentos escucha, Garcerán.—
Se hundirá esta colonia, de aventureros presa,
Donde mas el dinero que las virtudes pesa,
Donde por un empleo trueca un hombre su honor;
Donde su voto vende un torpe magistrado,
Y la honra de una vírgen se compra en un estrado,
Y es casa de comercio el Templo del Señor!

Y donde hambriento el pueblo se arrastra en la miseria,
Y es en las artes rudo, mucho mas que el de Iberia,
Y es la hinchada ignorancia de nobleza señal.
Donde la mano misma que alza el cáliz sagrado,
Atiza las hogueras, do el justo es abrasado,
Y bajo el Evangelio esconde su puñal!
Se hundirá esta colonia, de crímenes al peso,
Cual ebrio á quien derriba de vinos el exceso,
Y á los padres los hijos furiosos lanzarán.
Y tras la tiranía vendrá el libertinaje:
El déspota es el mismo, si con diverso traje.—
Donde un señor habia, diez mil se encontrarán.
Hijos de tales padres, por las sendas impuras
De avaricia y torpeza caminarán á oscuras,
Y en fiestas crapulosas los hallará la luz.
Y habrá tras vino, sangre en lucha de esterminio:
Torpes en sus placeres, torpes en su dominio,
Enlazarán profanos la espada con la cruz.
A robo y muerte espuestos los buenos ciudadanos;
Devorándose ansiosos padres, hijos, hermanos!
Cada año un gobernante, cada mes un motin.
Ingratos, y traidores, y vanos, y salvajes,
A la virtud humilde agobiarán á ultrajes,
Hasta que Dios colérico los anonade al fin!

[*Queda sumergido en la meditacion.*]

GARC.—(En los espacios del tiempo
Robusta su mente vaga....
Haré que ponga en la tierra
De nuevo su yerta planta.)

[*A don Juan.*]

—Señor, podeis libertaros.
Mejor destino os aguarda;

Salvaros quiere el virey;
Burlemos la vigilancia
De Sayavedra y la audiencia,
Que solo claman venganza.
—Lima traigo;

[*Saca una lima, y pónese á limar la cadena.*]

—Vuestros hierros
Débiles son. . . .

JUAN.—[*apartándose de Garcerán.*]

Basta! basta!
Debo morir. En el mundo
Nada me detiene, nada!
Todo lo he perdido! . . . . Lope
Murió ya, doña Mariana. . . .

[*Cúbrese el rostro.*]

GARC.—Si arrepentida y sumisa
Se pusiera á vuestras plantas;

[*Asoma doña Mariana por la derecha.*

Si con el llanto en los ojos
Y con palabras cortadas
Por sollozos y suspiros
Sus tormentos os pintara,
Y "Perdon! perdon!" dijera,
"Para esta desventurada!
"Perdon! perdon! Jesucristo
"Hasta en la cruz perdonaba!...."

JUAN.—¡Ay! ¡el corazon me partes! . . . .
Garcerán amigo, ¿qué hablas?....

GARC.—[*á doña Mariana.*]

¡Venid! Venid!—Sola os dejo.
Cuidaré la retaguardia.

[*Don Juan está con la espalda vuelta á Garcerán, y con las manos en el rostro, sollozando. Doña Mariana se pone á sus piés abrazando sus rodillas. Garcerán se va por la derecha.*]

IX.

DON JUAN, MARIANA.

JUAN.— ¡Mariana... ¡Qué audacia!....¿Qué buscas?....
MARI.— ¡Esposo!
JUAN.—¿Te atreves, infame?.... ¿Qué quieres?
MARI.— Perdon!
JUAN.—¿Perdon?... No lo esperes... ¡Por Dios poderoso!....
¿Perdon?.... no! recibe fatal maldicion!....
MARI.— ¡Oh cielos!....
JUAN.— Levanta! [*Levántase doña Mariana.*]
MARI.— Soy bien desgraciada.
Muy caro me cuesta mi pérfido error.
—Don Juan, sois de bronce.
JUAN.— Muger deshonrada,
Tu aspecto me aumenta la rabia y furor.
Adúltera esposa!.... ¿Mas cómo resisto
Mi cólera justa, mi justo rencor?....
MARI.—Adúltera esposa voló á Jesucristo,
Y "Estás perdonada," le dijo el Señor.
JUAN.— ¿Me tientas?... Oh! cierto... ¿Y el hondo martirio
Que un año sin treguas mi pecho enturbió?....
¿La furia, el tormento, la rabia, el delirio
Que mi alma sin treguas un año sufrió?
MARI.— Tormentos horribles tambien yo sufria,
La voz de mi crímen oyendo tronar.
Inquieta de noche, inquieta de dia,
Mi sombra, mis pasos me hacian temblar.
Y aislada en los brazos del crímen horrendo
A darme socorro ninguno llegó.

De justa vergüenza su rostro cubriendo
El ángel de guarda de mí se apartó.
Y no se cansaba mi pérfida suerte,
Volando enconosa de mi ánima en pos.
Gritaba mil veces: "La muerte! la muerte!...."
La muerte era sorda, sí, sorda cual vos!
"¿Pues todos son buenos," grité en mis dolores,
"¿Tan solo hay manchado mi infiel corazon?
"Si hubiera en el mundo, cual yo, pecadores,
"Los brazos me abrieran clamando: Perdon!"

JUAN.—[*para sí, muy agitado.*]

Mi crímen recuerdo... En Burgos... oh! cielo!....
Tambien á un esposo, falaz deshonré....
Maldad sin castigo no queda en el suelo....
En sangre inocente mi brazo empapé!
Parece que duerme de Dios la pupila,
Y á vida perversa se entrega el mortal;
Mas vela constante, y apenas cintila,
Recorre á la tierra venganza fatal!

MARI.— No es vuestro pecho de acero;
Al fin me perdonareis;
Y tras de vos me vereis
Sumisa como un cordero.
No levantaré los ojos,
Callada siempre estaré,
Y de calmar trataré
Vuestros disgustos y enojos.
Mas si á mi remordimiento
Entregada me dejais,
Si vos no me perdonais
Por tanto arrepentimiento,
¿Qué será de mí? ¿ni quién
Lo que sufriré sufrió?....

¡Ah! vos sabeis, como yo,
cuán grato es hacer el bien!
Dios se cubre con un velo,
Si el hombre al hombre abandona;
Empero cuando perdona,
Da su bendicion el cielo.

JUAN.— ¿Para engañar, blanda miel
En tus labios puso el mal?
¿Y para el crímen mortal
Bañó tu pecho de hiel?....
Si mover mi corazon
Quieres, astuta serpiente,
Yo diré: "Tu labio miente,
Y miente tu corazon."
Yo solo por tí vivia,
Por tí busqué la riqueza,
Por tí ambicioné grandeza,
Por tí en un cráter me hundia!
Solo exigí en recompensa
Un suspiro, una caricia;
Mas era esa tu malicia,
Como mi bondad, inmensa.
Una lágrima rodaba
Por mi semblante, y ardia....
¿Quién á enjugarla venia?....
La lágrima se secaba!....

MARI.— Ah, don Juan!....

JUAN.—[*fuera de sí.*] Quiero el suplicio
Antes que el horrible aspecto
Deste miserable insecto
Encenagado en el vicio!
—¡Carcelero! ¡carcelero! (*Gritando.*

MARI.—Callad.
JUAN.— Venid!
MARI.— Os perdeis.

[*Sale Garcerán por la derecha y el carcelero por el fondo.*]

X.

DON JUAN, MARIANA, GARCERAN, EL CARCELERO.

GARC.—Silencio, don Juan: ¿qué haceis?
JUAN.—[*como insensato.*]
La muerte! la muerte quiero!
Sayavedra! Sayavedra!
La víctima pide muerte!
Venga á gozarse en mi suerte
Vuestro corazon de piedra!
CARC.—Nos pierde.
GARC.— Callad.
MARI.— Don Juan!

[*Oyese á la izquierda ruido de pasos y golpes á la puerta.*]

JUAN.—La llave! la llave!
CARC.— Pero.....

[*El carcelero se resiste á darla, don Juan se la arrebata.*]

GARC.—Huye al punto, carcelero.

[*Vase el carcelero por la derecha.*]

JUAN.—Huye tambien, Garcerán.

GARC.—Pues no teneis esperanza,
Moriré
MARI.— La causa soy!
SAYA.—[*dentro.*]
Abre, carcelero.
JUAN.— Voy. [*Abre.*]
MARI.—Tremenda es, Dios, tu venganza!

[*Entran precipitadamente Sayavedra, Pulgar, y cinco hombres.*]

XI.

DON JUAN, MARIANA, GARCERAN, SAYAVEDRA, PULGAR y CINCO HOMBRES.

SAYA.— ¡Traicion!
JUAN.—¡Cobarde! ¿traicion,
Y aquí me veis? .... Disponed
Presto mi muerte.
SAYA.—[*A los hombres.*] Poned
A Garcerán en prision.
JUAN.—[*Abrazando á Garcerán.*]
¡Garcerán! Premio te espera
Por tu virtud en el cielo.
Adios!
GARC.— Adios!
JUAN.— En el suelo
Tan solo el crímen impera.

(*Llévanse dos hombres á Garcerán por el fondo. Don Juan hace ímpetu de irse por la izquierda. Doña Mariana se hinca.*)

MARI.— Don Juan! tened compasion!
Hincada aguardo mi suerte.

SAYA.—[*á los hombres.*]

¡Llevadle!

JUAN.—[*en ademan de irse.*]

Vamos. ¡La muerte!

MARI.—Por Dios! por Dios, el perdon!
¿Y vais de la muerte en pos
Con ese feroz encono? ....

[*Tendiendo los brazos hácia don Juan.*]

Ah! don Juan! ....

JUAN.—[*Que habrá estado vacilante, dice por fin.*)

Yo te perdono:—
Así me perdone Dios!

[*Abre los brazos. Doña Mariana se pone en pié precipitadamente, y se arroja en ellos.*]



INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

